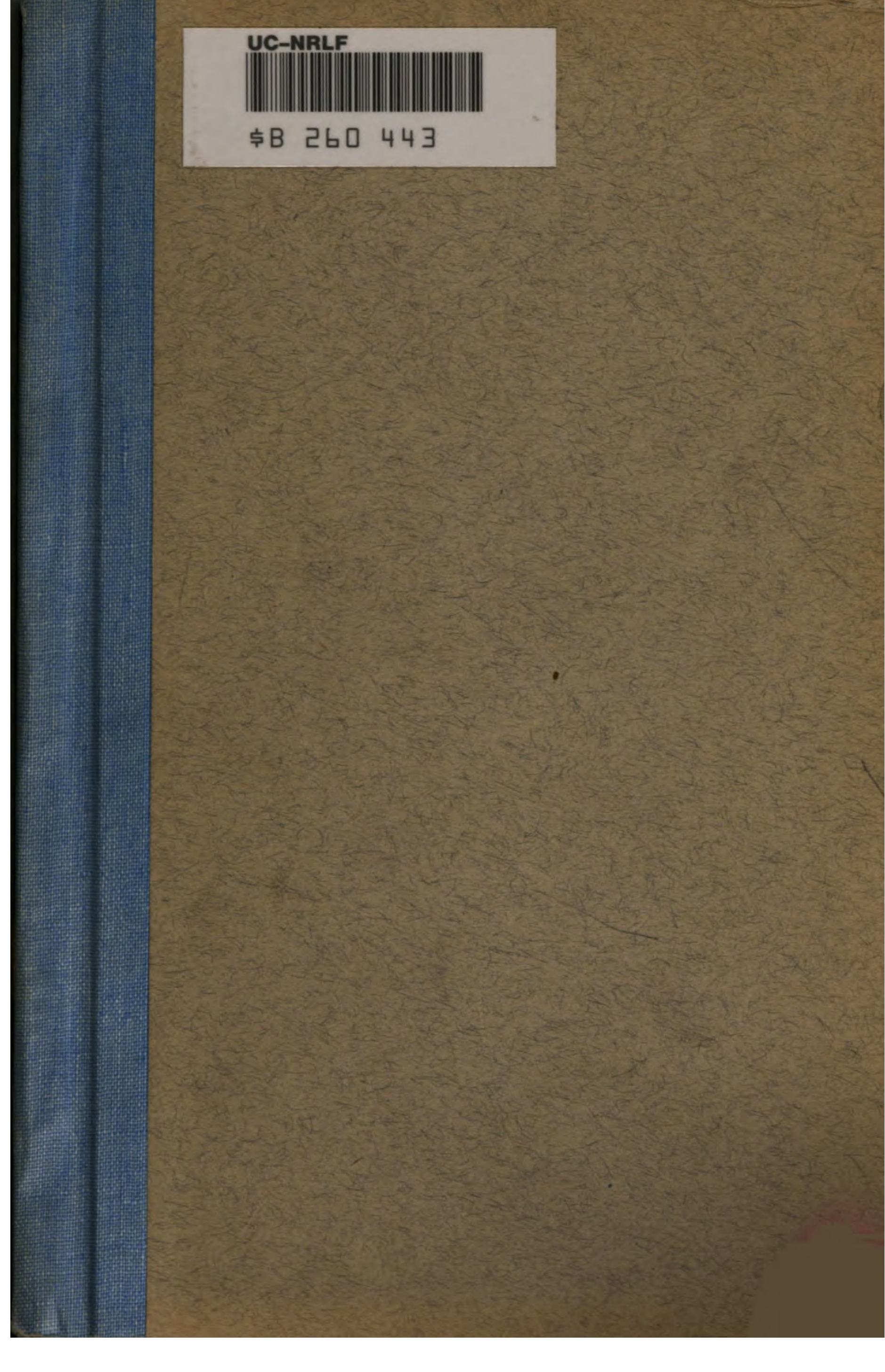
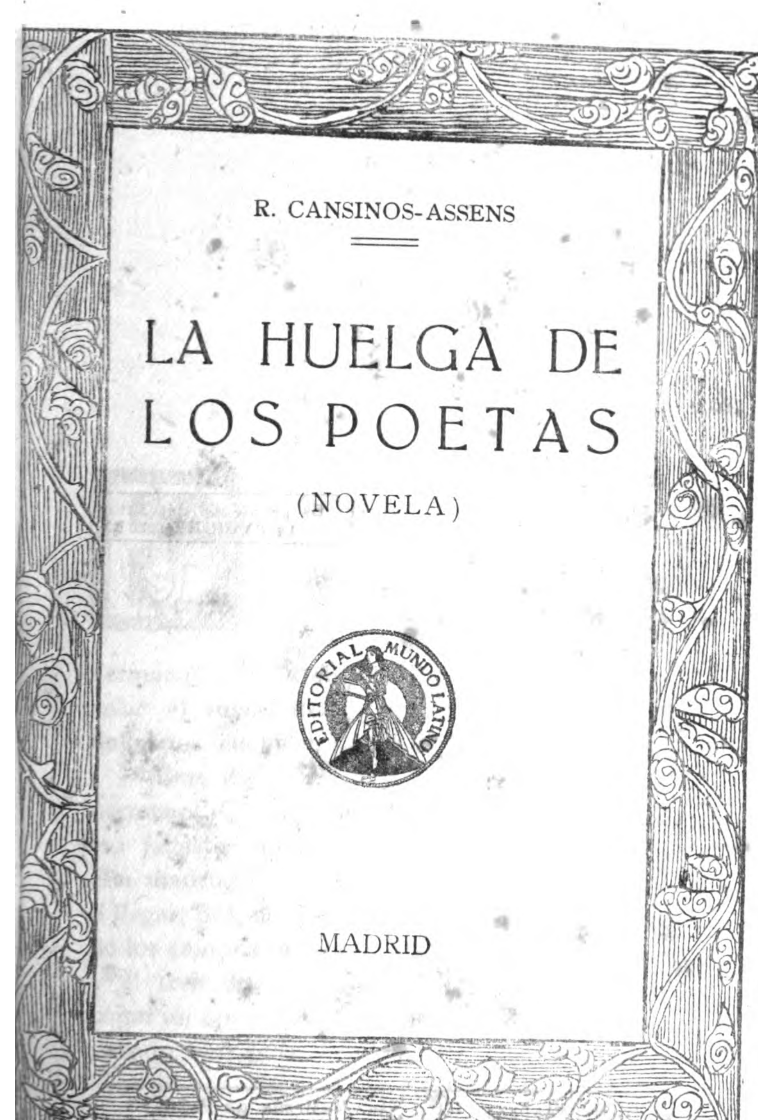

UC-NRLF
$B 260 443


LA HUELGA
DE LOS
POETAS
(NOVELA)
R. CANSINOS
ASSENS
Editorial Mundo Latino.--Madrid.



R. CANSINOS-ASSENS

LA HUELGA DE LOS POETAS

(NOVELA)

MADRID

G. HERNÁNDEZ Y GALO SÁEZ.—MESÓN DE PAÑOS, 8

EL DOMINGO ROBADO

I



L Poeta levantábase tarde, en la tarde de domingo. El bello día de fiesta se iba ya, y apenas si algo de él quedaba en los tejados, como ese último fruto que no alcanza a cogerse. Y la hermana, sentada en medio de la estancia, harta de velar el sueño del Poeta trasnochador, sintiendo doloridos sus brazos de tenerlos ociosos, suspiraba:

—¡Otro día de sol y de fiesta que dejas perder, oh hermano! ¿Cómo prefieres las noches a los días? ¿Para eso faltaste hoy al periódico? ¿A qué horas viniste esta madrugada? Muy tarde sería, porque yo te sentí llegar, después de cantar el gallo: todos los perros de los campos próximos habían dejado ya de ladrar, y el tren de madrugada, había partido, silbando, como un aprendiz. Y entonces te sentí llegar, acompañado, sin duda, de tus discípulos. Hablabas con ellos en voz alta, y tu voz sonaba ronca de rocío; ha-

brías recogido en las calles todo el relente de la mañana, como esas flores abandonadas en los balcones. ¿Por qué haces eso, hombre? Luego llegas a casa, transido de frío, y toses; y en tu garganta suenan silbidos semejantes a los de un tren que parte... ¡Cuándo dejarás esa poesía que te está matando!

Hablaba la hermana, sentada en el último rayo de sol que penetraba en la casa, y contemplaba al hermano, transido de piedad, como pesarosa de haber apurado ella sola todo el sol matinal que en las primeras horas llenaba la casa. ¡Pobre hermano, que nunca veía el sol, y que, por su amor a la poesía, vivía en la oscuridad nocturna y vagaba por los más tristes parajes! Veíalo cada día más pálido, no joven ya, pobre y con el porvenir tan cerrado ante él como esa tapia erizada de cristales de ciertos jardines, y volvíase huraña y sentía odio hacia aquella poesía, más fatal para él que una mujer ardiente. Y con un gesto triste y desalentado, se erguía para poner sobre la mesa el blanco mantel, semejante a un sudario, en cuya albura anticipábase la blancura mojada de la madrugada. Era ya casi de noche, y el Poeta, sentado a la mesa, pálido y fino como un nazareno, parecía ir a partir el último pan. La hermana seguía plañendo.

—¿No te corregirás, hombre? Pareces un niño y, sin embargo, ya no lo eres. Tienes canas; te he visto canas, mientras te peinabas esta tarde. Debes pensar ya en ti mismo. ¿Qué sacas de toda esa poesía? ¿De

qué te sirve ese coro de discípulos? No puedes vivir de tu poesía; necesitas trabajar en otra cosa y arriesgas cada día el pan. Por las madrugadas, vuelves a casa como embriagado, peor que un hombre ebrio; vuelves desvaído de soñar, rendido y febril. Yo te oigo revolverte en la cama y buscar tu sueño perdido, mil veces, antes de encontrarlo. Y por las mañanas tengo compasión de ti, y no me atrevo a despertarte y llegas tarde al periódico... Llegas tarde, y a veces no vas, como hoy. ¿Por qué, si luego desdeñas el domingo usurpado? Y un día te echarán; y entonces, ¿qué harás, pobre Poeta, que vives en las estrellas? ¿Qué harás, entonces?... Mas yo sí sé lo que harás, yo sé lo que ha de ser de ti y los ojos se me llenan de espanto...

Y la hermana miraba al Poeta con ojos de terror y de duelo, como si le viese ya del todo desamparado. Muchas veces el Poeta había escuchado aquellas lamentaciones. Pero en aquella tarde de domingo, triste de ver ponerse un sol no gozado en la tibieza de las mejillas, conmovíanle más que nunca las palabras fraternales. Y con las manos pálidas cruzadas sobre el mantel, escuchábala sobrecogido como a una sibila y pensaba, lleno de un sagrado espanto, hacia lo porvenir.

—¡Tiene razón! ¡Tiene razón! La poesía es más funesta que una mujer ardiente y que las embriagueces todas. Y los hombres que nos abstenemos del amor y de la embriaguez, deberíamos abstenernos también

de la poesía. ¿No será acaso la poesía un lujo demasiado grande, al que no tendremos derecho los hombres pobres? —Y por primera vez vislumbraba que podía haber un veto que negase a un hombre pobre la poesía, de igual modo que le negaba las gemas y las cosas bellas y onerosas... y hasta el humilde domingo... Y miraba a la hermana con triste simpatía...

Ya casi de noche, a esa hora en que cree verse ya a cada momento la primera estrella, como esa chispa insegura que sale de unos ojos cansados, el Poeta abandona la casa y se lanza a la calle, con la ilusión de gozar aún un poco del domingo, de poner sus pies sobre esa gran alfombra del domingo, en la que los artesanos han danzado todo el día largamente. Es su intención dirigirse hacia las afueras, hacia las rondas predilectas, donde aún podrá ver algún rostro sonrosado, alguna gran sonrisa que le confirme en su ilusión de haber visto el domingo. Atraviesa con paso ligero las calles suburbanas, esas calles en declive, desde cuyos altozanos se vislumbran las colinas evangélicas de los desmontes. Pero a poco se desanima; no, por mucho que avive el paso, no llegará esta tarde a hollar la última claridad del domingo. Por todas partes luces eléctricas prematuras acribillan el crepúsculo. El gran velario de la noche se ha corrido sobre la ciudad. La muchedumbre de los domingos retorna

en los tranvías. El Poeta afloja su andar y adopta francamente ese aire suyo, reacio y lento, como pesaroso, con que pasa ante los relojes. Camina ya despacio, enarbolando su fina silueta romántica, seguido de su sombra, larga y lacia como un velo de viuda. Siente en las manos y en el cuerpo todo el frío de los trasnochadores que no entibian la carne en las piscinas de la mañana y se hunden en los fangales de la noche; siente en su cuerpo todavía el frío de la madrugada, ese frío que transe los miembros de los que oyen despiertos las campanas de los maitines. Siente un frío antiguo y pueril. Y se enternece al pensar en sí mismo. Y piensa:

—Ya no es joven; tiene canas. La hermana se lo ha dicho; pero él ya lo sabía, porque se las había visto, al mirarse en los espejos alguna vez, con la esperanza de encontrar en ellos su antigua gracia juvenil. Tiene canas ya, terrible posesión. Sus pies le encaminan ya dulcemente hacia la planicie de los cuarenta años, y desciende sin ningún trofeo de las colinas de la juventud. No ha hecho nada, nada positivo que pueda servirle de una piedra para sentar en ella su cuerpo ya cansado. En el mundo sólo posee aquel collar de discípulos que cada noche le desgrana la frialdad matinal, ese mismo soplo helado que extingue las estrellas. En su casa no hay otro tesoro sino libros. Él sigue embriagándose de pensamientos exaltados y líricos, como cuando era un joven de veinte años. Y ahora, en el crepúsculo, al través de la ciu-

dad, camina ignorado, sin que nada le distinga de los hombres prosaicamente pobres. Sí, es peor que un hombre que se embriaga, peor que un hombre que se disipa en los brazos de las mujeres. Y el Poeta siente lástima y enojo de sí mismo. Es monstruoso, es monstruoso. Debe renunciar a la poesía, como renuncia al vino y a los amores venales. La poesía debe estarle vedada, de igual modo que se lo están, desde la infancia, todos los demás lujos. Y empieza a sentir hacia la poesía el mismo despecho que ya siente a la vista de las mujeres hermosas y venales.

Pero, de pronto, alguien le llama. Es un amigo, un compañero de letras. Es un hombre, menos joven que él, con mayor número de canosas gavillas; viste un gaban raído, lleva a la cabeza un sombrero abollado, que parece ese sombrero viejo con que juegan los niños. ¡Otro poeta oscuro y generoso, que vive en un arrabal y tiene una esposa triste y niños que envidiarán los juguetes de los demás niños! El Poeta repara ahora una vez más en el aspecto mixto de asceta y libertino que tiene su colega, que tendrá él, sin duda. Y siente una mezcla de piedad y de indignación a la vista del compañero oscuro. Éste le saluda con gran efusión y le felicita por sus últimos trabajos. El Poeta acoge sus elogios con reserva, como un bebedor escarmentado el primer vaso de vino que le brindan después de una gran embriaguez. El otro no advierte su frialdad y le habla de sus proyectos; está escribiendo una novela, que piensa ha de ser un gran

éxito. Seguramente la crítica discutirá con calor las ideas atrevidas que en ella lanza, y también el estilo, tan moderno, tan personal, será muy discutido.

—Mejor—dice alborozado—; rabiarán los saurios. Pero los artistas puros me felicitarán.

Habla con tal entusiasmo, que parece un hombre ebrio. Y el Poeta ve tan claro en él la puerilidad del arte, que se indigna con aquel hombre canoso, que no se avergüenza de ir mal vestido, de mostrar aquella pobreza que ningún encanto juvenil dora ya. Y movido por la tremenda lucidez de aquella tarde de domingo, le dice con una voz áspera y dura, como si con ella acuchillase a su propia locura, reflejada en el otro.

—¡Pero, hombre, parece mentira que te hagas ilusiones con la edad que ya tienes y la experiencia que debías tener! ¿Por qué engañarse con palabras vanas, cuya falsedad tú mismo conoces? Demasiado sabes que tu libro no asombrará a nadie, que nadie hablará de él, ni más ni menos que no se habla de esa estrella perdida una noche de agosto. El mundo no se conmoverá por él. De sobra sabes que la literatura no interesa a nadie, sino a nosotros mismos, es decir, a unos cuantos. Cuando publiques tu libro, temblarán los divanes de algunos cafés: unos jóvenes cogerán tu libro y lo sopesarán en sus manos desdeñosas o reverentes. Y nada más. Y tú no habrás podido poner ni una sortija en las manos de tu esposa...



Habla con tal desencanto, que el amigo le mira con más pena que enojo. Y con una voz muy natural, sin acritud alguna, le dice:

—Sí, ya sé todo eso; pero ¿y qué? Ya sé que una obra de arte honesto no puede aspirar a la popularidad ni a los platillos colmados de los romances y los folletines. Pero eso, ¿qué importa? ¿No hemos renunciado tú y yo, desde el primer momento, al aplauso y óbolo del vulgo? ¿Por qué asombrarse ahora de ser pobres y oscuros? No tenemos la gran gloria popular, como las matronas rojas, ni el oro de los banqueros. Formamos un mundo singular y pequeño, es verdad. Pero, dime: ¿no ha de valer para nosotros, y no vale, en realidad, más que todo eso, el júbilo y el orgullo de que uno de los nuestros, es decir, uno que sabemos no pertenece al vulgo, nos elogie y felicite por una obra afortunada? Dime: ¿no se te saltan las lágrimas de alegría al oir que yo te felicito por un poema?

Habla con tal dulzura, que el Poeta se siente avergonzado de su dureza, y su alma, un momento ruin, se encoge abochornada ante aquel idealismo. Verdaderamente: aquel hombre habla un lenguaje de santidad. El Poeta le mira con fraternal ternura. Más pobre, más viejo que él, más cargado que un San Cristóbal con sus hijos. Y, sin embargo, he aquí que, repudiando todas las invitaciones de la tarde de domingo, camina por la ciudad como un hombre solo... El Poeta siente que, de nuevo, la generosa locura del

arte se apodera de él, y se siente dispuesto a dar otra vez por el arte su juventud, el porvenir perdido y el buen sueño de la madrugada.

—Tienes razón—le dice al amigo—; era una paradoja.

El otro apenas hace caso de su disculpa; tan innecesaria la halla. Y, cogiéndose de su brazo, le dice:

—Verás, voy a contarte el argumento de mi novela.

Y lo conduce a lo largo de las calles.

De nuevo otra vez la embriaguez generosa. La hermana habrá de aguardar largo tiempo la vuelta del hombre extraviado.

II



L otro día, lunes ya, el Poeta va de nuevo al periódico. Porque es periodista. Un día nefasto de su existencia empujó esa mampara roja del periodismo, que a veces cede tan fácilmente. Porque parece que el periodismo, ese gran reverbero cuya luz brilla con tan rojo y escandaloso fulgor sobre la bruma discreta de las calles empañadas, lo mismo que ese globo rojo de las farmacias, siente afán por coger en sus llamas a las almas trasnochadoras de los poetas para destrozarles las alas. Esa puerta, siempre entornada, de los periódicos semejante a la de las funerarias y las mancebías, suele abrirse fácilmente para los poetas desorientados que, a veces, llaman en ella, confundiéndola con la de la gloria. Un día él también llamó a ella, y se le abrió y quedó preso en la gran jaula,

donde los pájaros cantores sólo pueden servir de trofeo vivo para engañar a los ignorantes acerca de la calidad de la bola estercorácea que en esos negros talleres se fabrica. Recordaba el Poeta, con sonrojo, cómo había ocurrido aquello. Él era entonces muy joven, tanto que, a pesar de su amor a la noche, heredado del ruiseñor, aún llevaba un alba perenne sobre la frente. Era la época, ya remota, en que, ignorante de todo, llevaba sus poemas a los periódicos, en demanda de alas, ¡las alas de papel que pueden dar! Y hubo un director de un rotativo, un hombre cínico y descarado, que parecía haberse propuesto combatir al espíritu, en la peor forma; es decir, desnaturalizarlo, presintiendo vagamente que en aquel joven desconocido, generoso e idealista, había un tesoro.—¿No advierten eso mismo las viejas proxenetas en presencia de una joven?—Si se avenía a deponer su virtud, es decir, su noble anhelo de una gloria pura, arrojando el puro metal de su estilo al horno en que se funde la aleación monetaria, ofrecíale una plaza en su periódico, con el mismo gesto ladino y seductor que si le ofreciera un sillón académico. Recordaba el Poeta cómo, pobre y anónimo, tembló, sin embargo, en todas las fibras de juventud, con un noble sobresalto de náusea, al escuchar la proposición del seductor. Su vocación de poeta estremecióse, amenazada, y se irguió con el noble gesto de la repulsa, como una criatura que, consciente de un alto destino, oye que le proponen una misión

servil. Mas el seductor—¿por qué aquella insistencia?—insistió afable e insinuante, apiadado acaso de la heroica temeridad del joven, que rehusaba un porvenir fácil en aquella nave de corsario en que él se había enriquecido. Y al fin encontró la palabra mágica, la palabra infalible que hiere siempre a un poeta en el corazón. Le habló de la gloria fácil y rápida que aseguran las vertiginosas vueltas de las rotativas, de la pronta difusión que logra un nombre repetido por las mil hojas que salen de las bobinas periodísticas. Y el joven anónimo todavía se dejó seducir por aquella popularidad que se le brindaba inmediata. Y aceptó el sillón periodístico él, que, en su divino orgullo juvenil, hubiera rehusado el académico. Muchas veces preguntóse luego la razón de aquella insistencia con que el director del periódico quiso seducirle. ¿Para qué le quería allí, en aquellos talleres de prosa elaborada a brazo, a él, simple Poeta? ¿Era que, a pesar suyo, la belleza de ser poeta se le imponía y, caudillo de una tropa de hombres burdos y prosaicos, quería tener también a sus órdenes a un poeta, aunque sólo fuera—misterioso sadismo—para torturarlo, como a esa pobre ave a la que se le arrancan las más bellas plumas? ¡Quién sabe! Porque el Poeta recordaba que, a los pocos días de haber aceptado el pacto indigno, el director que le sedujera con el halago de la *firma* rompía ante sus ojos las primeras cuartillas que el Poeta le brindara, arrojándolas al cesto de los papeles inútiles, ese cesto de los

despachos directoriales que inspira a los principiantes tanto horror como el de las guillotinas.

Desde entonces—¡oh, cuántos años ya!—iba todos los días a aquel lugar inmundo donde sufría diariamente la afrenta de codearse con gentes que le eran absolutamente inferiores y a las que nunca, a no ser por eso, habría saludado en su vida, ya que entre aquellos hombres que redactando sucesos y noticias, es decir, amasando la pasta que les brindaba la misma realidad, imaginaban hacer literatura, no había ningún literato ni mucho menos ningún poeta. Por eso, aunque hacía tanto tiempo que pisaba diariamente aquellos umbrales tiznados, con la sensación de pasar bajo un arco de infamia, bajo un arco tan rastrero que amenguaba su estatura, nunca podía evitar el Poeta una mueca de disgusto y repulsa, como si en aquellos umbrales, cada día, bebiese un sorbo amargo. Y necesita acordarse de la hermana y pensar que ya no es joven y que ha perdido el derecho a las cimeras—dentro de poco habrá perdido hasta su cimera natural de cabellos juveniles—para subir aquellas escaleras tenebrosas. Y las sube, aunque con un gesto pesaroso y reacio; y atraviesa el pasillo y llega a la gran sala de redacción, a la gran mesa, donde están los abrevaderos de tinta en que las plumas mojan promiscuas. Al llegar él, los que escribían alzan los ojos hacia el gran reloj que, trofeo pavoroso, corona uno de los testeros. El Poeta sabe lo que significa esa mirada unánime de los grajos hacia el eterno

sol del mediodía, que el gran reloj finge en la sala. Quiere decir que es tarde, que el Poeta ha llegado tarde. Es verdad. Es tarde. El Poeta trasnochó. Se embriagó líricamente con los amigos: llegó a casa transido por el frío de madrugada. Y la hermana, piadosa, no se atrevió a despertarlo demasiado pronto. Y ahora llega tarde a esa oficina que cree ser un laboratorio de literatura. Los compañeros, que sienten como un insulto la singularidad del Poeta, apenas le saludan, para mostrarle su enojo. El director, *Don Criterio*—le llaman así los redactores, porque todo para él es «cuestión de criterio»—, que en aquel instante abre la puerta de su despacho y atraviesa la redacción, le dice irónico:

—¡Buenas noches!

El Poeta le mira desdeñoso. Repara una vez más en sus grandes barbas, que tienen un aire de penacho, en sus anchas espaldas, en sus grandes manos que codician y amagan la presa. Y una vez más se pregunta: ¿pero por qué este hombre dirige un periódico y no una empresa francamente mercantil? Pues yo he visto esa efigie en todos los despachos financieros, detrás de esas grandes mesas donde no se escriben más que números, y añade en su interior:

—Es director de un periódico, diputado, espera ser ministro; arroja fajos de billetes a las mesas de juego, tiene su casa repleta de todo, y, sin embargo... ¡qué pobre!, le hace falta la media hora que yo me retraso. Él ha conocido la miseria en otro tiempo, ha dormi-

do sobre los divanes de los cafés, ha hecho lo que yo no haría nunca, por mísero que me viese, y, sin embargo, ahora que todo lo tiene, le hace falta la media hora que yo me retraso. ¡Oh, qué pobre!

Sonríe el Poeta; pero ¡cuánto no le cuesta esa sonrisa! Lujo suntuoso. Porque para compensar esa media hora, nada de cuanto haga será bastante. Escribirá artículos que la crítica elogiará, hará el trabajo inferior de los repórtes, dará haches y palabras enteras a los compañeros indigentes; pero, a pesar de eso, el director preferirá siempre, antes que a él, a cualquiera de esos repórtes, que son como curas zafios, incapaces de entonar una misa de arte. Y por esa media hora de retraso, será siempre el Poeta el hombre disipado e inútil, la dorada y estéril cigarra. Y el Poeta siente que nunca aquellos hombres le considerarán como a un semejante, a pesar de su voluntad de adaptación; que siempre le mirarán como a un bohemio dorado.

Y al pensarlo así, siente impulsos de lanzarse al vagabundeo franco, con esos pobres bohemios de las letras, o de renunciar de una vez para siempre a la poesía y convertirse definitivamente en un hombre gris.

Porque toda su alma grita en su interior con un grito amargo y sofocado, que esa valoración de su vida es injusta; que él, Poeta, es algo tan útil en la vida como un noticiero, y que, ahora, en la madurez de su vida, el que lo sacrificó todo por un arte puro

y se ciñe en la noche collares de discípulos, debería pesar algo más en la balanza del destino.

Y entonces quisiera tener a su lado al amigo que le decía: «¿No es bastante compensación, para ti, que un hombre como yo te elogie?»

III



En casa del Poeta, la pobreza es absoluta. Es esa casa que él ha descrito en uno de sus poemas, cuyas paredes, desnudas, sólo se adornan de preseas por la noche, cuando las estrellas, traspasando los cristales de los balcones, sin visillos, las constelan de puntos luminosos, como a ese vago cielo de la madrugada. Sólo libros hay en ella; libros por todas partes, con la profusión de una hojarasca importuna; libros en el pico de las mesas, o caídos en el suelo, semejantes a pájaros muertos. Y no puede hacerse un movimiento en la casa, tan pobre y desprovista de muebles oportunos; no puede darse un paso, sin que algún libro se estremezca, conmovido, o cruja pisado, o se caiga al suelo con el triste rumor de un fruto mortecino. Aquellos libros son el único lujo, la única suntuosidad del Poeta pobre, que los recibe dedicados por sus compañeros de letras con aquellas frases pomposas que visten magníficamente su os-

curidad, o los trae de los baratillos donde se calan de agua de lluvia o de humedad, abrigándolos en los bolsillos, que ya han perdido su forma, conservando la huella perenne, el molde de esos pobres libros infortunados. La casa toda está llena de libros. Y la hermana sufre con ellos, pues ya no sabe dónde colocarlos, y estorban sus afanes de limpieza, cuando con un gesto mustio, esgrime, tal un cetro de caña, la larga escoba. Y siente hacia ellos algo así como piedad y encono al mismo tiempo, pues quisiera tenerlos debidamente colocados en sus estanterías, no así, tirados por los suelos en aquella profusión desdeñosa. Y toda ella se sobresalta, cuando, al remover un objeto, algún libro cae al suelo, con ese triste rumor otoñal de un ave muerta o aterida que resbala del nido. Y conjura al hermano:

—¡Oh, hombre! ¿Por qué te empeñas en conservar tanto libro? ¿No ves que no tienes donde tenerlos? ¿Por qué no te desprendes de algunos y te quedas sólo con los más necesarios?

El Poeta la mira tristemente. ¿Los más necesarios? Todos, todos le son igualmente necesarios, porque todos son igualmente queridos a su corazón: los unos, porque son presente de amigos poetas, como él, y están signados por una mano simpática, muchas veces estrechada en la hora de los maitines líricos; los otros, porque él los trajo un día de los baratillos, donde se pudrían al sol o se transían de humedad, calentándolos en sus bolsillos, como si fuesen pajari-

llos ateridos. Sí, todos le son igualmente necesarios, porque todos le son igualmente queridos. Muchas veces, escuchando a la hermana, pensó el Poeta en hacer una selección entre ellos, quedándose únicamente con los más valiosos, y siempre hubo de renunciar a tal espurgo, reconociéndose incompetente para establecer entre ellos valoraciones decisivas, porque todos, en la inminencia de la separación meditada, adquirían un valor precioso, y convertíanse en algo tan querido como esa sombra que se aleja. Y renunció a desprenderse de ninguno de ellos, resignándose a perecer más bien bajo su lírica profusión. Pero la hermana solloza apurada de una piedad que parece encono, contra tanto libro.

—Nos comen los libros—dice—, nos comen como enjambres de moscas, como una lepra. Lo llenan todo, no caben ya en la casa. Cubren los suelos, no puedes dar un paso sin pisarlos. Y con haber tantos en la casa, viene a ser lo mismo que si ninguno hubiera, porque nunca puedes encontrar el que buscas. Alguna vez el anhelo me viene de releer alguno que hizo impresión en mi alma, algún libro de versos, cuya música dulce perdura en mi oído, y me pongo a buscarlo, para precisar esa armonía vaga, como el recuerdo de un piano, y me arrodillo en los suelos y busco y busco en el confuso montón. Pero al punto tengo que renunciar a mi empeño y levantarme, porque el polvo que desprenden estos pobres libros me sofocan, y también la pena de verlos así, tirados

por los suelos, como muertos. ¡Oh, hermano; si no has de poder tenerlos como es debido, en sus estanterías, limpios y ordenados, de suerte que los pueda encontrar la mano que los busca, más vale que los vendas o que los regales!

Pero el hermano se resiste a desprenderse de ellos, y deseando calmar la exaltación fraterna, dice:

—Los ordenaré en montones, los pondré arrimados a las paredes, los tendré así, sin leerlos.

Pero la hermana suspira:

—Y se te llenarán de suciedad, y te los comerá la polilla, y cuando vayas un día a buscar alguno, ya no lo encontrarás. Si no los has de tener en estanterías, más vale que los regales o los vendas...

El Poeta guarda silencio un instante y piensa en las palabras de la hermana; tiene razón en lo que dice. ¿Cuándo podrá él adquirir todas las estanterías necesarias para tanto libro? Porque tiene más libros que hay en muchas bibliotecas. Tiene libros como para compensarle de todos los hijos y todas las mujeres que no tiene. Necesitaría, para albergarlos dignamente, estanterías numerosas. Y, además, servidores que cuidaran de ellos, como en las bibliotecas.

Y el Poeta comprende claramente ahora—porque ahora que ya tiene canas, lo va comprendiendo todo—que es una locura empeñarse, él tan pobre, en conservar aquella suntuosidad de los libros, que siempre serán un estorbo y una pena rodando como témpanos

por los suelos de una casa desmantelada. Y murmura con un despecho pueril y terrible:

—¡Sí, tienes razón! No se puede tener tanto libro. En la casa de un hombre pobre, no está bien que haya este lujo. No tengo derecho a tanta magnificencia.

La hermana, que en el fondo ama los libros, es la que suspira entonces, como si ya se viese privada de ellos. Y suplica:

—No te digo que te desprendas de todos, sino de algunos. Porque, verdaderamente, si en esta casa tan pobre, faltasen también los libros, parecería un desierto. Los libros hacen en nuestra casa el efecto de joyas y llenan de respeto la mirada de los que trasponen nuestros umbrales, porque el libro no está sino en sitios graves, en las escuelas y los templos. Sólo te digo que te desprendas de algunos...

Pero el Poeta, exagerado en todo, insiste ahora:

—No, me desprenderé de todos, porque no quiero afrentarlos con una elección. Me desprenderé de todos, aunque sepa que luego he de andar tras de ellos, buscándolos como un indigente por las bibliotecas. ¿No te acuerdas cuántas veces me hicieron falta para ilustrar algún artículo de crítica, y cómo en la noche, con una vela en la mano, los buscaba e invocaba como a amigos dormidos? Pero no, tienes razón; no tengo derecho a ellos, porque ese mismo artículo nadie me lo pedía ni estimaba. Sí, debo desprenderme de mis libros. Debo vivir como corresponde a mi pobreza, debo hacer lo que el amigo Irisarre. Ese sí

que vive en la verdad. Como el amigo Irisarre debo yo hacer, hermana mía.

La hermana, que sabe lo que esas palabras significan, suspira y nada dice. Se ve ya convertida en una artesana, en una de esas mujeres sórdidas y tristes, que viven en tugurios populares, al lado de un hombre pobre y desconocido, que hace en su casa una labor oscura y que, habiendo sido un poeta a los veinte años, es decir, una criatura predestinada a la gloria y al triunfo, sólo se ciñe hoy a la cabeza la corona de una calva prematura o de ese reflejo cansado de las claraboyas y ni siquiera tiene en su casa un libro.

IV



UANDO el Poeta va a ver a su amigo Irisarre, tiene la sensación de encontrarse frente a la verdad absoluta. El amigo Irisarre es joven todavía, se halla en esa edad en que aún es lícito mecer una esperanza; pero su cara tiene ya la mueca definitiva, esa mueca fría y dura de las cabezas cercenadas que cuelgan de un garfio. Y todo su cuerpo, rígido y envarado, parece la estatua más perfecta modelada por la necesidad. Nada hay en su exterior que parezca una concesión, ni siquiera parca y tacaña, hecha todavía a la ilusión juvenil, un deseo, aunque tímido y desencantado, de enternecer al destino. Su cuerpo se le ha torcido como esas veletas expuestas a los vientos más duros. Lleva la cabeza rapada, como con despecho, como con un deseo de emular a los yermos, como en señal de castigo. El nudo de su corbata parece el de un dogal. Se abrocha todos los botones de la ameri-

cana, con un gesto duro y despiadado, como si quisiese atrancar su corazón. Tiene un arte especial para infundirles a los gabanes un aire hermético y rígido, como si los hubiese calado la lluvia de muchos inviernos. Y se envuelve en ellos de un modo singular, con un estilo hosco y mendicante como el de esos hombres extraños que se nos muestran de pie, sin pedir, silenciosos y terribles, en ciertos umbrales. Vive siempre en casas extrañas, populosas y pobres, en los suburbios, junto a los mercados, donde ocupa, con su mujer, una de esas alcobas estrechas que sirven para todo. Cuando el Poeta llega, le encuentra cenando, sobre la misma mesa en que trabaja: una mesa, como de zapatero, baja y coja, donde la mujer ha extendido unos periódicos a guisa de manteles. Y sobre aquellos periódicos, sobre las noticias del día, sobre las revoluciones y las guerras, sobre los teatros y los semblantes de los hombres célebres, aquel hombre olímpico, terriblemente indigente y soberbio, consume una comida de pobre, sardinas o chuletas de cerdo—esas comidas que las mujeres pobres traen a última hora, en su delantal, de la taberna próxima —. Y come con los dedos, con una delectación despechada en imitar así a los artesanos, como si se vengase de la vida, ofreciéndole ese espectáculo poco estético. La mujer está a su lado, desgreñada, sucia, partiendo los huesos con su mano descarnada para sorberles el tuétano. Y de cuando en cuando beben los dos, sin ceremonia,

en la misma botella. En todo el cuarto no hay un libro. Sólo en un rincón se ve un bastidor, con una cartulina, donde el amigo Irisarre está dibujando un anuncio artístico.

Cuando el Poeta sube a casa del amigo Irisarre, le parece descender a la última sima del arte. ¡He ahí un artista que ha apurado ya toda esperanza engañosa, que ha llegado a descubrir las heces amargas y turbias de una vocación artística! ¡Ahora no es más que un artesano, apenas distinto de los que embadurnan las puertas comerciales! Vive en la verdad, lejos de todas las vanidades de un arte engañoso, vedado para los pobres. Hasta evita hablar de arte, sobre todo delante de la mujer, musa de aspecto de harpía. Al Poeta mismo lo mira de soslayo, con cierto temor, como si viera en él una seducción peligrosa; porque el amigo es todavía el arte. Él consume su comida, en silencio, contestando apenas a la mujer que, de cuando en cuando, con ese amor rabioso de las mujeres pobres, le pregunta: —¿Te gusta la cena?

Y le obsequia con algún buen bocado, muy agradecida de que él acepte su sacrificio. ¡Oh dolor! ¡En otro tiempo, la vista de aquel espectáculo ha escandalizado casi al Poeta como una degradación voluntaria! Pero ahora lo comprende y lo interpreta como una lección. ¡El amigo Irisarre vive en la verdad, en la verdad absoluta, magnífica y despojada como los desiertos! ¡Es un artista divinamente fracasado, que ha aceptado su fracaso como una tiara sun-



tuosa, demasiado orgulloso para imitar a los que regatean junto a las balanzas de la gloria y demasiado grave para prolongar el hechizo de una juventud ya desvanecida! Y el Poeta le admira.

Terminada la cena, salen ambos amigos. El amigo Irisarre frecuenta los cafés baratos, adonde sólo concurren obreros y meretrices humildes, de esas que inspiran piedad. Allí el artista se siente en su ambiente anónimo, vulgar, como uno cualquiera de aquellos hombres que han trabajado todo el día, sin afán de herir más que ellos los borrosos espejos con su imagen. ¡Él, que sería capaz de decorar palacios, se aviene a inscribirse como una imagen humilde en aquel marco popular!

El Poeta le dice:

—Pero, amigo Irisarre, dígame usted la verdad. ¿No siente usted alguna vez la nostalgia de practicar el arte? ¿No siente remordimientos por haber hecho de su arte un oficio?

El amigo le mira con sus ojos azules, en que aún perdura a su pesar juventud. Conservan dulzura sus ojos; pero sus labios están para siempre moldeados en esa mueca terrible de los mendigos soberbios.

—¿Que si siento nostalgia ni pesar?

—Yo, ¿por qué? Un día me presenté a los hombres, brindándoles suntuosidades que nunca pudieron soñar. Ellos me acogieron con una sonrisa amable. ¡Artista!—me dijeron—, si está muy bien. Pero nosotros no podemos poner precio a tus maravillas

Nosotros hemos prescindido de lo suntuoso. Queremos lo útil. Haznos algo útil y te lo pagaremos. Y me he dedicado a lo útil.

—Pero y la satisfacción de crear, ¿no siente usted esa nostalgia?

—Crear una cosa inútil y bella, ¿para qué? ¿Qué gloria se puede cifrar en la creación de lo que no tiene precio? ¿Quién haría rosas de trapo si no tuviesen precio en el mercado? ¡Nosotros somos demasiado pobres para permitirnos el lujo del arte!

—¡Poner precio al arte!

Aquello extraña y escandaliza al Poeta. ¿No es eso un acto venal y reprobable, impropio de la generosidad del artista? Pero el amigo Irisarre le replica:

—No; el acto de poner precio a una cosa, es el acto generoso por excelencia: es la fórmula más alta de la caridad. Porque al poner precio a lo que brindamos a nuestros semejantes, ya sea una rosa, ya una perla trabajada por nuestras manos, ya un poema, privamos a nuestra ofrenda del carácter de maravilla, la convertimos en una cosa asequible y renunciamos también a la gratitud extraordinaria y eterna que nuestros hermanos nos deberían por la dádiva. Al poner precio a las cosas, renunciamos nosotros a toda recompensa imposible, y permitimos a nuestros hermanos rescatar esa deuda nunca pagable. El precio es el vínculo más grande que puede existir entre los hombres y significa contra lo que pudiera creerse la intención más desinteresada. Alguna vez he

pensado, con asombro y gratitud, en la generosidad de los mercaderes, de los mendigos y de las meretrices, de cuantos trafican con un objeto precioso o con un sentimiento noble; porque ¿qué sería de nosotros si los mercaderes se empeñasen en no dar sus perlas sino a cambio de nuestra gratitud perdurable, y los mendigos en no perdonarnos sino a trueque de una piedad que nos consumiría, y las cortesanas en no concedernos ni una sola caricia, sino a cambio de un amor eterno? ¿Qué sería también de las almas creyentes si en todo tiempo los dioses no se hubiesen avenido a aceptar un precio—una ternera sin mancilla o una víctima humana—a cambio del ambiguo don de habernos concedido la vida? Sí—prosiguió—; el precio es lo que sitúa a las cosas en su lugar relativo, alejándolas de los planos absolutos y terribles. Y un arte que no tiene precio, un arte que se empeña en no colocar sus creaciones al nivel de las cosas que tienen un precio, es un arte que devora al artista. ¡Por eso la tremenda soberbia del Poeta incomprendido que, no siendo lo bastante rico para hacer al público la dádiva de un arte absoluto, se obstina en no cultivar un arte relativo, un arte susceptible de precio! Y por eso yo—agrega saboreando su café—, para no llegar a sentir ese tremendo despecho de los bienhechores que no hallan agradecimiento, para no dejarme envenenar por la droga más terrible, el orgullo de haber hecho una dádiva impagable, demasiado pobre para prescindir de la gratitud ajena, he con-

vertido mi arte en un oficio útil. De ese modo, doy a mis hermanos lo que pueden pagarme, y así estamos en paz. Soy un artesano y cobro por mi trabajo un precio. Y doy nada más lo convenido. Algunas veces, por un resabio antiguo, las manos con que dibujo esos anuncios deleznables, se me van hacia el arte absoluto de mi juventud, hacia la suntuosidad peligrosa e inútil; pero yo las contengo en los límites de lo necesario. ¿Para qué cultivar un arte que no tiene precio? Somos demasiado pobres para permitirnos ese lujo, y seríamos además muy crueles, obligando así a gratitud eterna a la humanidad...

Y el amigo Irisarre se yergue, embutido en su gabán engolado, inexorable y rígido, como ciertos mendigos soberbios que parecen a la vez tacaños e indigentes.

V



ÍJATE, mis manos vuelven a estar vacías; he gastado ya todo el dinero que me diste, ¡todo lo he agotado, hermano!

El Poeta la mira con sus ojos atónitos y contritos. ¡Pero no basta nada, no basta nada! ¿Sería preciso ser minero y encontrar cada día un diamante? La hermana le contempla y tiene piedad de aquella mirada. Y murmura suplicante, como si quisiera disculparse de ser la emisaria de la necesidad, semejante a esa figura que en los tapices lleva un alfanje cogido con ambas manos.

—Mira, perdóname que te lo diga. De buena gana preferiría estarme callada para siempre; pero no tengo más remedio que decírtelo. Se me acabó lo que me diste; y además, mira, tus ropas están ya indecorosas y tus botas tan torcidas y rotas, como las de los mendigos. ¡Oh hermano! ¿Por dónde andas que así te las pones? ¿Por qué caminos extraviados, llenos

de cieno y charcos? ¿A qué caminos sales a coger tus estrellas? ¡Mira, parecen ya esas botas que un mendigo afortunado deja abandonadas en la calle!

Contempla el Poeta aquellos moldes deformados de sus pies, que parecen otros pies magullados y doloridos, y suspira, transido de ternura y de piedad, por sus pobres pies verdaderos, pies de hombre ya no joven, deformados de andar por todos los caminos del desaire. Y mira luego a la hermana, que viste también unas ropas laceradas y tristes, indignas de ceñir el cuerpo, siempre magnífico, de una mujer virgen. Y suspira:

—¡Luego no basta, luego no basta!

—No basta—responde ella—. Y ambos permanecen un rato en silencio.

El Poeta torna a suspirar. Y luego, como si por primera vez viese aquellas cosas tristes y descubriese en manos de la vida una medida terriblemente ávida y exigente, murmura:

--En otro tiempo no era así. Mi modesto sueldo bastaba para todo. No nos apremiaba tanto la necesidad. ¿Es que la medida de las cosas se ha hecho más grande?

La hermana suspira, con dejadez infinita, como rendida de rivalizar con un destino cada vez más exigente.

—Sí, todo ha cambiado desde que éramos jóvenes; todo ha subido de precio a nuestro alrededor; todo, menos nosotros mismos. Ya no hay pobres en el

mundo, sino nosotros. Ni los soldados, ni los guardas de los paseos son pobres ya. Mira; el marido de la asistenta, que es obrero en una fábrica, gana diez pesetas de jornal; es decir, más que tú.

Hay una pausa, durante la cual evoca el Poeta la figura del obrero, que llena el espacio de aquel silencio como una figura colocada en una hornacina. Y sobre aquella figura, esta cifra: diez pesetas; cifra superior a la que pudiera colocarse sobre su cabeza. En el mercado del mundo, el obrero vale más que él.

La hermana, añade:

—¡Verdaderamente da pavor el saber que un obrero gana más que tú! Y hasta saber que gana tanto. ¡Porque así, para permitirle esa belleza al mundo, tendrán que subir de precio todas las cosas! Y encarecerán tus trajes y hasta la tela humilde con que yo misma me hago mis vestidos. ¡Ese número diez, hermano, parece el número que llevan en su frente las locomotoras! ¡Que atrás nos deja, y cuánto no hemos de correr para alcanzarlo!

Y permanece silenciosa, como si contemplase esa cifra tremenda y pavorosa, diez, en la columna de un dinamometro. También el Poeta permanece silencioso, como fascinado. Se sujeta la barba con la mano, como si ciñese la única poma que los jardines del mundo le brindan, y fija la mirada en el gran lienzo blanco de la pared, como si en aquel espejo opaco buscase su imagen olvidada. ¡Oh, qué desencanto le tenían guardado para el final de su juventud la vida

y el arte! ¡Con que el que los había compadecido siempre a todos, resultaba ahora el más digno de compasión! Y murmura como para sí, cual un reproche dirigido a la sombra de su juventud.

—Y yo, ingenuo, lleno de piedad hacia todos, como si el ser Poeta fuera una riqueza suficiente, hacía entre tanto elegías a la pobre meretriz y al pobre obrero y al soldado, que sólo tenía un cuerpo anónimo que vender! Y ahora soy yo el más pobre. ¡Cómo me han recompensado ellos mi piedad! Y tú, ¡oh arte!, qué desencanto me guardabas.

Y el Poeta permanece atónito, alelado, como si, Poeta siempre, aquel desencanto le maravillase como una suerte extraña de belleza.

La hermana suspira:

—¡Nunca te preocupaste del porvenir! ¡Nunca pensaste en el mañana!

—Sí, es verdad; pensaba que la juventud había de granjeármelo todo.

—No llamaste a ninguna puerta, no te inclinaste ante nadie. ¿Eres amigo de Fulano ni de Zutano?— Y le cita nombres ilustres y mediocres.

El hermano contesta:

—No.

—Únicamente te reunías con los poetas soñadores como tú, con los jóvenes que te llamaban maestro y te arrastraban por las calles en la madrugada. Y cuando no, ibas solo por caminos cuya aridez dicen tus botas.

El hermano asiente:

—¡Es verdad, es verdad! Pero es que yo lo esperaba todo de un triunfo literario. Pensaba que el mundo habría de venir a mí atraído por la belleza de mi canto. Jugaba la suerte a una carta única y magnífica, y compadecía a los que no eran poetas como yo.

—Pues ahora, ya ves—suspira la hermana—. Ni siquiera tienes donde poner tus libros, ¡mientras el obrero más pobre tiene donde poner sus herramientas!

—¡Es verdad!—torna a asentir el hermano.

—¡Pero aún no has dejado del todo de ser joven!—le dice la hermana, piadosa, para consolarle.

Pero el Poeta permanece adusto y huraño. Por un momento tiene el gesto duro del amigo Irisarre. Luego murmura:

—Pero yo ni siquiera tengo el orgullo de haber sido únicamente Poeta. Porque yo he aceptado el yugo desde joven. Tú viste la amargura con que, poeta, sintiendo en mí una vocación superior, acepté, sin embargo, por miedo a la bohemia, un puesto en los talleres del periodismo; y tú ves cómo cada mañana me levanto, venciendo mi náusea, para entregarme, esclavo, por un precio. Y, sin embargo, ese precio, tan oneroso para mí, resulta insuficiente. ¡Qué desencanto, hermana!

—¡Es verdad!—suspira ella—. ¡Ni siquiera el consuelo de la vida errabunda de los bohemios verdaderos y francos, sino la pobreza triste y grave! Lo más

terrible: ¡el precio insuficiente! ¿Es que todo cuanto procede del libro es una cosa nefasta? ¿Es que las letras tienen un horóscopo de dolor? Dispuesto al sacrificio, te faltó entrar en una oficina, hermano. ¡Oh! ¡Con verdad te digo que todo libro me causa espanto, como si fuese un libro de tristes profecías!

El hermano medita sobre aquellas palabras, y por primera vez comprende que un libro es siempre algo pavoroso: para los niños, un instrumento de suplicio que amaga sus carnes tiernas en manos de los maestros; para los poetas, un lujo oneroso y un beleño mortal y una tentación terrible, la más peligrosa: la tentación de hacerlos. Y él ha cedido a esa tentación: siervo del libro, ha aspirado también a crearlo. Ahora advierte toda la magnitud de su osadía. Si él ha debido renunciar al libro, ¿no le será adverso el periódico por lo que tiene de libro?

—Sí, debí haber entrado en una oficina—murmura—, en una gran oficina pública. Hoy sería ya un jefe, tendría jurisdicción y timbraría el papel sellado con una estampilla. Envidio a esos hombres que en una taquilla pública, ven ante sí a una multitud que forma cortejo, implorante, porque tienen facultad para conceder o negar algo. Hasta el cobrador del tranvía, que parece taladrar el corazón de los viajeros, es alguien, mientras que yo... ¿qué es un periodista?

—A juzgar por su remuneración, menos que un obrero—suspira la hermana—. ¡Y vuelve a ver la cifra llameante y aterradora que la llena de vértigo!

VI



s sábado. El Poeta va a sentarse en el diván del café, donde le aguardan sus discípulos. Son todos muchachos jóvenes, de caras todavía imberbes, que aún no podrían hacer ninguna ofrenda a una tonsura. Sus amigos antiguos, sus compañeros de iniciación literaria, ya no se sientan en los divanes de los cafés a hablar de literaratura, a debatirse en la tremenda congoja del arte; los afortunados que triunfaron en la plenitud de su vocación, niegan ya a los jóvenes la dádiva de su rostro asequible por lo demás y familiar en las páginas de las revistas ilustradas; los otros, como el amigo Irisarre, diseminaron las gavillas de sus sueños juveniles y rehuyen ahora el contacto con los jóvenes, que les brindan un contraste severo. Sólo nuestro Poeta sigue abrasando sus manos y su alma en ese fuego peligroso de la juventud. Los jóvenes le buscan atraídos por una fama de cenáculo y por el atractivo de una literatura generosa.

Cuando el Poeta penetra en el café, un café en el que la madrugada es populosa, y está llena de mariposas ingenuas y temerarias, ya los poetas le aguardan en el diván. El Poeta entra algo temeroso en aquel lugar profano, convertido en templo lírico, y sus pies avanzan lentamente, como si pisasen las ascuas caídas de los focos de luz en los espejos. Desde una de las mesas, le saludan unos amigos triviales. Míranle con ojos entre piadosos y burlones, como si la acción que realiza al fraternizar con los jóvenes y escuchar lecturas de poetas incipientes, fuese una cosa enormemente ingenua y pueril. Tienen para ese fervor la sonrisa que se tiene para la locura. Uno, al pasar él, le brinda un sitio en su mesa, entre unas mujeres. Otro le dice al ver el gesto puro con que rehusa la ofrenda:

—¡Pero hombre, parece mentira que te reúnas con esos poetastros!

Pero el Poeta avanza hasta donde están sus amigos. Los jóvenes se levantan con ademán de pleitesía, con esa falsa humildad del joven que todo lo espera de un primogénito, humildad falsa, porque es sabido que los dientes del joven son una amenaza cierta para la carne ya madura. Aquellos jóvenes le fingen acatamiento, porque aguardan de él, periodista, que ya tiene una pluma notoria, una mención que les consagre, esa unción literaria de la gota de tinta. El Poeta presiente algo de esto, de ahí su aire rehacio a sentarse en el diván. Pero más que todo, puede en su corazón la piedad de la juventud. ¡Le inspiran tanta

lástima aquellos jóvenes que, como él, se afanan por lograr la perfección en un arte sin precio! Sólo esa generosa y terrible locura, sólo esa pavorosa indigencia de gloria y de oro, de su juventud, quiere ver el Poeta, para sentir lleno de piedad su corazón. Además, esta noche está allí, también entre los poetas, la que podría ser su musa, una poetisa joven, delicada y honesta, a la que acompaña su madre. Es una muchachita pobre, delgadita, morena, sin siquiera una de esas bellezas que pueden hacer suntuoso un cuerpo mal vestido, encogidita y humilde, desorientada en aquel café donde hay tantos hombres. Todos aquellos jóvenes la aman vagamente, quisieran hacer de ella la Mimí para su juvenil bohemia e infundirle su estilo, como si el amor debiese convertirla en su discípula, en la primera víctima de su gloria. Pero ninguno piensa en ella como en una esposa futura Y la muchacha está entre ellos, encogida al lado de su madre, a un tiempo asustada y audaz, interrogando con sus ojos el secreto de aquellos ojos que la miran. Va allí para ver al maestro que acoge sus primeros trabajos en revistas accesibles y poco leídas cuyas páginas ilustran, sin duda, la desnudez de unas paredes sin cromos. Escribe unos versos ingenuos, torpes, porque ignoran toda retórica, pero llenos de esa sagrada valentía del sentimiento. Y tan ingenua como es, dice cosas enormes. Sus camaradas, petulantes ante aquella divina inocencia, ante el desatino de aquellas rimas que han nacido entre los ovillos de la

costura, le dan lecciones, le miden los versos, se los corrigen. Pero ella protesta y pide su opinión al *maestro*, y el *maestro* justifica su ignorancia y la absuelve.

Ella dice:

—Sí, sí; ya sé que hay que estudiar. Pienso hacerlo, pero no tengo tiempo bastante, porque tengo que atender a lo más práctico; ahora estoy aprendiendo taquigrafía y mecanografía, porque necesito colocarme en alguna oficina, para no serle gravosa a mamá... ¡Como somos las dos solas!

Y la mamá asiente con la cabeza, que se le dobla madura de sueño, y sonríe con una sonrisa heroica, porque para ella, estar allí a aquellas horas, es un sacrificio y lo hace por su hija, porque, sin duda, espera algún prodigio nupcial de aquellos poetas que para ella son simplemente hombres.

Pero ellos son poetas antes que todo. La miran con codicia, simplemente como a una estrella, más asequible que las celestes, como a una belleza tan poseíble y más humana que una rosa, como a algo cuya posesión podría consolarles de la tardanza en llegar de la gloria. Pero como ella defiende su alma y su hermosura y se niega a ser una fácil Mimí, reclamando un amor absoluto, ellos retroceden ante la inmensidad de porvenir que se vislumbra en sus ojos y piensan, sin duda, que no es tan bella y que va mal vestida. ¡Oh terrible miseria de la juventud! ¿Es pesimismo del Poeta? Esta noche cree percibir los

signos de un innoble deseo de triunfar en aquellas pleitesías juveniles. Uno le pide una carta de recomendación para un colega más notorio y poderoso. Otro le pregunta: —¿Sería muy difícil publicar en?... (el título de una revista que compra corazón). Otro acaba de llegar de una tertulia literaria, que preside un colega, hijo de familia rica, cuya amistad parece conferir distinción. En todos los elogios que le dirigen, hay un matiz interesado. El Poeta, que les compadece, a pesar de todo, por razones que sólo su experiencia conoce, les sonríe a todos afable; y ellos interpretan esa sonrisa como a una pleitesía debida a su juventud por un talento ya caduco. Y el Poeta piensa: —Verdaderamente tiene razón el amigo Irisarre. ¿No es una monstruosidad que yo esté aquí entre estos jóvenes, a esta hora en que ya todos mis compañeros de iniciación negaron su rostro a los espejos juveniles? ¿Merecen estos jóvenes que yo arrostre por ellos el rocío de la madrugada y sacrifique el primer sueño como un cordero blanco, y deje a la hermana sola en la casa nocturna, en la casa demasiado grande en la noche? ¿Merecen ellos que yo pise las alfombras de escarcha del invierno y vuelva a casa al amanecer, con el gabán calado de frescura, como si hubiera bajado a un huerto a coger las pomas del amor?

Pero entonces sus ojos se fijan en Laura, la poetisa, que está sentada a su lado, y le mira con una devoción sagrada, con un amor superior al amor, porque con esos ojos se mira también a los Cristos.

Laura parece tener en sus manos el sudario de las Verónicas; su misma cara es ya un sudario inmaculado en que enjuga sus ojos el *maestro*.

Y el Poeta dice:

—Laura, haga usted más versos para publicarlos; haga usted muchos versos y le haremos un libro.

Laura suspira:

—¡Qué bueno es usted! Esos dicen que mis versos no están bien medidos.

—No les haga usted caso; no los mida usted nunca. ¿Mide usted acaso sus trenzas?

—¡Pues es verdad!—dice Laura—. Cuando lo oígo a usted, ¡se me aparecen las cosas tan claras y siento una tan extraña confianza en mí misma!... ¡Como todos me dicen que tengo que estudiar tanto! Y, además, ¡tengo que aprender tantas cosas que no me gustan!

El Poeta la contempla con inmensa piedad. Es demasiado fina y frágil para afrontar el trato de los hombres, aunque sean poetas. El maestro sabe que ya ha tenido dos novios de entre aquellos muchachos. Ambos se alejaron de ella en cuanto contrastaron su honradez, su voluntad única de un amor absoluto. Les espantaba la sombra profunda de sus ojos. Ahora la corteja otro: un poeta, romántico y rezagado, que hace poemas a la Cenicienta y a la princesita sin chapines, y, en realidad, ama los coturnos suntuosos. Allí está, con sus patillas románticas, que

ahora vuelven a estar de moda, y su aire byroniano. El maestro le pregunta a la poetisa:

—¿Esos amores?...

Ella hace un gesto tímido y triste.

—¡Así, así!... Es muy soberbio. Quiere imponerme en todo su voluntad... Quiere que haga versos como los suyos... Y, además, ¡no acaba de decirme que me quiere!—Y suspira.

—¡Maestro!—dice alguien, aprovechando aquella pausa.

El *maestro* repara en Chepilo—italianización de un apellido vulgar homónimo de las alcancías petitorias—, un poeta fracasado, de un fracaso sordo y sin combate, que posee la condición mediocre en un grado casi divino. Sus únicos triunfos los ha conseguido como traspunte de teatro, imitando entre bastidores el cascabeleo de las diligencias que parten o el lloro de un niño de pecho, esas dos cosas tan patéticas y tan obtenibles. Ahora recaba el lucro que le niegan las musas copiando obras teatrales con una letra clara y sin carácter. Escribe allí, en el café, aquellas páginas engañosas, y parece algo teatral su labor, como si estuviese allí remedando al hombre de letras que escribe en el café, escribiendo aquellos libros falsos que podrían ser suyos. Y mientras los demás poetas hablan y discuten o leen versos, él escribe su tarea, silencioso, como si fuese su notario, como si estuviese escribiendo lo que ellos hablan. Ahora, al fin, ha hecho una pausa,

y mira al *maestro* con una expresión inevitable. Y le dice:

—Luego le leeré a usted unos versos que he hecho.

La poetisa, admirada y compadecida, dice:

—¡Hay que ver Chepilo! ¡No sé cómo tiene humor para hacer versos! Le pasa lo que a mí...

Y el *maestro* piensa: —¡Oh, terrible locura! ¿De dónde viene ese imperativo que a estas criaturas de trabajo les impone, ¡necesidad cruel!, otro trabajo más, no pedido, mera ofrenda onerosa, colmo terrible de un dolor generoso?— Y mira a la poetisa y a Chepilo, y ambos son como espadas que se clavan en cada uno de sus costados. Y por un instante piensa: —¿No estaría bien que se amasen? Pero no, no se aman. A cada uno le asusta la locura del otro.— ¡Oh dolor! ¡Oh dolor de la poesía, que puede convertir en un sitio de suplicio un diván de poetas! Y el *maestro* piensa entonces: —¡Tiene razón el amigo Irisarre!

VII



N la casa sin reloj—no fueron nunca lo bastante ricos para comprar ese gran reloj de pared en que el tiempo se hace monumental, ni lo recibieron de regalo como los que se casan—, la hermana se guía, para saber la hora, por las campanas de las torres vecinas, muy numerosas en aquel barrio extremo y muy sonoras en su paz. Pero, sobre todo, es su anunciadora segura del tiempo, la campana de aquella fábrica que allá, en lo hondo de la calle, junto al río, regula la vida de los obreros. Tres veces al día suena fatídica: por la mañana, a la hora de entrar al trabajo; a mediodía, cuando los obreros almuerzan, tendidos en el suelo, sobre la alfombra del sol de la siesta, y a las dos, cuando de nuevo se reanudan las labores. Una, no más, suena jubilosa: por la tarde, cuando ido el sol, retornan los obreros a sus casas, entre regueros de una luz mortecina, semejantes a la estela de un oro inútil. Por aquella campana se rige también la vida del Poeta, que gana su vida como un

artesano y se despierta cada mañana, en la vanidad de sus magníficos sueños líricos. Aquella campana es su tirana bella y grata, porque es musical, y al fin y al cabo, vive, es como un poema suspendido; y no obstante arrancarle a su más suntuoso sueño, y empobrecerlo cada día, cuando lo restituye a la vulgaridad cotidiana, ámala el Poeta como a un pájaro que canta para él, más amable que los ruiseñores del amor, ya enmudecidos. Defraudado cada mañana de su imaginario reino nocturno, reacio para dejar el lecho poseído demasiado tarde, aguarda a que la campana lo llame con su voz de pájaro mecánico para levantarse y aceptar la pobreza. Entonces le es grato y consolador saber que otros hombres le acompañan en su pobreza y en su trabajo, y como él confirman el rigor de la vida. Así aquella mañana, cuando la hermana lo despierta, y recaba su actitud vertical, reacio sobre el lecho, que parece un puente bajo el que corren las aguas del tiempo, se defiende un instante.

—Todavía no cantó la campana—dice.

Pero la hermana contesta:

—Si aguardas a que la campana te llame, no te levantarás en todo el día.

—¿Por qué?—pregunta él pensando en el acaso que habrá herido al bravo pájaro mecánico, alguna pedrada infantil, algún rayo del cielo.

La hermana le dice:

—No canta, porque los obreros están en huelga: desde ayer no van al trabajo. Hoy hay formados gru-

pos ante la fábrica para impedir que los sustituyan esquiroles. Y la Guardia civil patrulla allá abajo con los sables desenvainados.

—¿Y qué piden?

—Aumento de jornal. Mira, ahora viene de allí Andrea, la asistenta, que tiene colocado en la fábrica a su marido. Dice que ya ha habido carreras y pedradas.

Entra la asistenta, acompañada de su marido. Ella es una mujer ya madura, seria, tímida, con esa timidez arisca y respetuosa de las lugareñas. En toda la vida perderá esa timidez. Aunque hace mucho tiempo que está ya en la corte y que depuso las vestiduras del pueblo, se mueve como si le deslumbrase la multitud luminosa de la noche cortesana, y como si los antiguos refajos múltiples le estorbasen los movimientos. Se casó ya no joven, y el matrimonio, júbilo para ella demasiado tardío, ha aumentado todavía más su azoramiento innato. El marido es un rústico sencillo y bueno, que siente la nostalgia de los terrones nativos, sobre los cuales estuvo encorvado la mayor parte de su vida. Es obrero febril ahora, porque la mujer se empeña en vivir en la ciudad y en ella no hay esos campos donde él podría desplegar toda su ciencia campesina. No sabe leer ni escribir, y en la fábrica cotiza sus brazos y su resistencia en el halo de ardor, eterno estío de un horno.

La mujer dice:

—Venimos de allá; he ido por éste, no le fue-

ra a pasar algo. Ya ha habido pedradas, señorita.

Y explica:

—Piden aumento de jornal, porque la vida está muy cara y todo es poco. Los patronos han dicho que prefieren cerrar la fábrica a acceder a las peticiones de los huelguistas. Pero en la Casa del Pueblo, dicen que hay que resistir. Esta tarde vamos allá...

El marido amasa la gorra con sus manos, y como para justificarse, añade:

—¡Ya ve usted cómo está la vida!

Se le ve asustado, mejor desorientado. De buena gana se iría al pueblo, a cultivar el terruño. Suspira:

—Si no fuera por ésta, ya me habría quitado de enmedio. Entre unos y otros, tiran a matarnos.

Enjuto, moreno, parece una cigarra de los campos. Él no sabe nada de la dinámica social, de que su caso es una manifestación; no entiende nada de lo que se debate en ese conflicto. Pero añora el campo con un ansia geórgica, instintiva. El Poeta le pregunta:

—¿Y qué hacía usted en la fábrica?

La mujer toma la palabra por él, que rústico, acostumbrado a la labor silenciosa de los campos, al rudo mutismo de los labriegos, mejor levantaría una hazada que una palabra, dice:

—Éste está para sacar la galleta del horno e irla colocando en las bateas. Es un trabajo sencillo, pero pesado. Como está siempre ante el horno, suda como si fuera verano. Por las tardes, antes de salir, tiene que lavarse todo en una piscina.

—Sí—corrobora él—, hace allí más calor que en agosto en el campo.

La hermana, piadosa, contempla condolida al matrimonio. Ella, que es, sin embargo, instintivamente contraria a las huelgas y reivindicaciones sociales, a todo hervor popular, simpatiza con la Andrea, porque ésta, también tímida por naturaleza, lamenta el conflicto; sólo que gravemente amante de su marido, inquieta por él, le acompaña a todas partes, seria y larga, como una bandera negra. Ahora ya se van, porque han de ir a la Casa del Pueblo. Y mientras ellos se despiden y se alejan, el Poeta piensa: —Está todo el día delante de un horno y suda como en pleno estío; pero ¿qué es su labor comparada con la nuestra, ni qué ese horno comparado con el que arde en nuestro interior? ¿Cómo podría igualarse esa llama, cuyo hálito no hace más que calentarle la piel con la brasa ardiente y eterna que a nosotros nos consume? Porque él presta su piel a ese soplo ardiente, pero no su alma. Él no siente ningún imperativo de aprisionar esa llama en palabras dignas de ella, de cantar ese estío maravilloso y perdurable. Él no está enamorado de esa llama—debilidad suprema del artista—, y cada tarde la extingue sin pesar, como la hora matutina extingue las estrellas. Él no es el poeta de ese fuego, y no se abrasa en él. Para que el horror fuera colmado, sería preciso que ante ese horno estuviese colocado un poeta, el cual, por un fatal entusiasmo, habría de cantar las gemmas fantásticas, los

destellos de su quimérico estío. Porque son los poetas los que han creado la poesía social, la poesía de ese conflicto que se resuelve al fin y al cabo en números. Y esos poetas, creadores de todo, de las banderas negras y de los estandartes rojos y de esos atributos que hacen bella una revolución desde lejos, ¿no podrán declararse nunca en huelga?

La hermana, como si adivinase sus pensamientos, le dice:

—Trabaja menos que tú. Por la tarde, al oscurecer, ya está libre, para sentarse en los poyos de las puertas y charlar con los amigos o pasear junto a los puentes con la mujer. Y antes que suene la bocina de la retreta, ya está acostado. Trabaja menos que tú.

El hermano observa:

—Es verdad; el trabajo corporal es una cosa perfectamente definida, porque toma las condiciones de la materia en que se ocupa. Se sabe cuándo empieza y cuándo termina. Y está limitado por completo al músculo; cuando ese hombre lava sus brazos, a la tarde, ya se restañó hasta de la huella de su trabajo. Pero el trabajo mental participa de la infinitud del pensamiento. No tiene límite. El obrero intelectual está envuelto en una red inextricable o en una túnica de fuego, identificada con su carne. Y mucho después de su trabajo, en la pausa de su reposo, chispas ardientes marcan sobre la sombra de su descanso las huellas del magnífico y peligroso fuego de artificio que ardió en su cerebro.

—¡Y, sin embargo, no os declaráis en huelga!

—Es verdad. Por el contrario, y esto es lo absurdo, ansiamos trabajar, imploramos trabajo. El poeta, contra lo que dicen, es la araña más laboriosa.

—Sí; pero ¿y los periodistas? Esos no son poetas.

—¡Oh!—suspira el hermano—. La labor del periodista participa de una enojosa semejanza con la del escritor, y eso hace que no sea estimada. Hasta ahora, toda labor de pensamiento se consideró un juego o una actividad natural. Sólo el músculo tuvo fueros reconocidos. Pero esa labor de periodista es la más terrible, porque inútil para la gloria y aun para el propio júbilo, terriblemente falaz, exige de nosotros, sin embargo, el mismo esfuerzo, la misma temperatura entusiasta y magnífica, con ser una oscura y anónima labor, el mismo número de ardientes bengalas que la suntuosa noche de fiesta en que es concebido el poema. ¡Ambigüedad horrible! En realidad, la labor más mecánica de redacción es una apelación al cerebro, y la fantasía emplea en ese breve trayecto la misma suma de calor que en los largos itinerarios.

—Y cuando terminas tu labor allí, en el periódico-oficina, y vuelves a casa por la noche, a la luz de la lámpara aún sigues trabajando, pues que lees y estudias y estás siempre enredado en hilos interminables. Sólo un instante, después de la cena, gozas de ese reposo plácido que es el estado de los artesanos, el estado de ese hombre cuando se apartó de delante del horno. Y, sin embargo, ganas menos que un jor-

nalero. Y para vosotros no hay reivindicaciones.

—Hoy, todavía, no. ¿Quién sabe si las habrá algún día? La vena generosa parece acabarse ya en el regazo del mundo. ¿Quién sabe si algún día los obreros de la inteligencia, renunciando a una semejanza falaz con los artistas, recabarán los fueros de los artesanos?

—Nunca renunciarán a esa semejanza que les halaga y adorna. Nunca sus soberbias mujeres querrán equipararse con las obreras desgreñadas. Ellos no sienten la necesidad como tú; saben medrar al amparo de esa semejanza—dice la hermana.

—¡Es verdad!—piensa el Poeta.

Y se dispone a marchar al periódico. La hermana lo ve alejarse, transida de piedad, y tiene, no obstante su nativa aristocracia, el gesto huraño de una furia demagógica.

VIII



UANDO el director está de buen humor, en el periódico, como esta tarde, abandona su despacho, en el que generalmente se aisla como en su laboratorio de sueltos explosivos—el despacho de un director de periódico es siempre algo tenebroso y peligroso, como la cámara de un submarino—y sale a conversar un rato con *sus* redactores. Barbudo, ancho de espaldas, con tipo de negrero impropiamente vestido en aquella bata pomposa con charreteras, él que reclama la ancha blusa despechugada de los hombres que hacen una labor de fuerza, helo ahí, improvisándose doctor en periodismo y hasta en literatura, delante del silencio de esas caras serviles. Tiene en sus rudas manos un número del periódico y lo amasa y lo desmenuza con el gesto olímpico con que manejaría, dictador, la ciudad. Él es omnisciente y omnipotente. Posee en su mano todas las palancas y todos los secretos del periodismo, y en su cabeza, tal esas testas huecas de escultura que

hacen en ciertos despachos el oficio de secreter, el plano del periódico ideal. Su espíritu cuantitativo mide a los periódicos por el número de sus hojas—un criterio botánico. Ahora coge el suyo, cuenta las páginas y murmura condolido—cuatro. Él quisiera ver crecer en sus manos esas hojas como ve crecer las otras en la suya abril.

—Hay que hacer un periódico de muchas hojas ¿eh? Como los ingleses y los yanquis. Eso llena la mano—dilata la suya, separando los dedos velludos—. Yo no he de parar hasta que este periódico tenga 24 páginas. Traeré rotativas nuevas y cuanto sea preciso ¿eh? Quiero que mi periódico sea como un almanaque.

Los redactores callan, con un silencio de pánico, porque recuerdan otra vez que el director aumentó las páginas del periódico, una época que dejó recuerdos de sacrificio en sus hogares.

—¿Eh?—insiste el Júpiter periodístico en demanda de una aprobación—¡qué pobres son los dioses!

Al fin hay aprobaciones tímidas. *Don Criterio* se enardece.

—Sí, 24 páginas; así podremos darlo todo. No se escapará ninguna noticia. El crimen del día tendrá todo el espacio y toda la importancia que merece ¿eh? Ustedes me buscarán noticias ¿no es verdad?—añade encarándose con los *repórters*, con el gesto con que un cazador interroga y excita a sus podencos.

Los *repórters*, al punto yerguen la cabeza y ya

ventean el aire de las acciones ajenas. Dicen que sí, se sienten capaces de llenar con su prosa 24 páginas, porque confían en la colaboración anónima de la muchedumbre, de los hombres que cometen crímenes o roban, o saltan la ventana de una alcoba nupcial, de las mujeres que se arrojan al paso de un tren o simulan un suicidio sentimental ingiriendo un veneno de fácil triaca, del viejecito atropellado por un automóvil, del niño que resbala de las rodillas de la madre al braserillo invernal. Todos esos incidentes humanos han de llenar, como un lienzo de cine, la pantalla de papel del periódico. A la verdad son todos esos seres, protagonistas o víctimas, como una incontable compañía de actores que trabaja diseminada y sin previo acuerdo, pero armónica al fin, gratuita y abnegada para poblar el periódico. Los *repórters* presienten esto, y sintiéndose como empresarios ignorados de esa gran compañía, no temen comprometerse a llenar de noticias el periódico más grande.

—Claro está—dice uno sin embargo—que crímenes nadie puede comprometerse a ofrecer uno diario. El crimen es arbitrario e imprevisto... Salta cuando le parece como el pleno de la ruleta. Del crimen no podemos responder. Pero sucesos de menos importancia, esos no faltan nunca.

—¡Pero el crimen es lo más importante!—dice el director—. El crimen es como el mantillo de los periódicos, el mantillo que abona estos cuadros de hortalizas—y señala a las columnas.

—¡Oh, ya lo creo!—interrumpe otro *repórter*—. Es una lástima que no se dé frecuente entre nosotros. El crimen complicado, interesante, misterioso, el que se prolonga como un folletín—el periódico tiene entonces dos folletines—es un fruto exquisito de otros climas.

—Es verdad—asienten todos, y bajo la mirada exigente del director, lamentan la poca frecuencia del crimen estético, en un país demasiado atrasado y en su despecho por reconocerlo fuera del alcance de su poder, casi se sentirían dispuestos a consumarlo si no fuera porque ese género de literatura es el más peligroso y está sujeto a la crítica más severa.

—¡Si se pudieran inventar!—suspira uno.

Pero *Don Criterio* interviene:

—Inventar, no; nos desacreditaríamos. Quiero decir, no inventar el crimen local. Pero tenéis libertad completa para el crimen extranjero. Además, ya sabéis mi lema: las heridas siempre son graves. Los muertos se multiplican.

—¡Admirable!—exclaman los dos *repórters*.

—Ese es uno de mis aforismos periodísticos. Otro es, al hablar de algún asunto, pensar qué parte interesada es más numerosa. En un conflicto con los panaderos, el público tiene siempre razón. En los conflictos sociales, no dar la razón a patronos ni obreros, pero defender al público. Si los tranviarios se declaran en huelga, nosotros defenderemos la necesidad de que circulen los tranvías ¿eh?

—¡Claro!—dice el redactor-jefe—. Y en ello da usted una prueba de altruísmo, pues usted no los usa nunca.

Esta alusión al automóvil directorial halaga al barbudo bélitre que, animado por ese indicio de su triunfo, exclama:

—Hemos de hacer un gran periódico a la moderna con 24 páginas, noticias, modas...

—¿Y literatura?—interroga el Poeta.

El director lo mira con un ojo torcido:

—¡Literatura! Eso—proclama doctoral—se queda para las revistas. Este es un periódico. Lo que yo necesito son noticias: yo vivo del suceso. Lo que no es noticia no me interesa. Tengo crítico de teatro, porque es costumbre; pero por mi gusto, no lo tendría. Mandaría a los estrenos a un *repórter*, porque lo interesante en ellos es el suceso de si el público aplaude o silba. Lo demás, ¿qué importa? Mi criterio es este: a una exposición de pintura mandaría a quien nada entendiera de cuadros.

Aforismo: enviar a las informaciones especiales a quien no entienda del asunto. A una excavación arqueológica, enviar al revistero de toros; a una corrida de toros, a un arqueólogo; criterio.

La demasiada competencia aburre al lector. A usted, por ejemplo, lo encargaría de lo que menos le gustase: de la revista de mercados. Porque esos artículos que usted escribe, me ocupan un lugar usurpado al suceso...

El Poeta lo mira con ojos atónitos y se cree en el caso de protestar:

—Pues alguna vez fueron útiles, cuando el suceso, esa colaboración práctica del actor espontáneo, faltó y era necesario original...—Una voz íntima le grita que defienda los fueros de la literatura y del arte. ¡Pero ve hostilidad en todos los ojos y aquel hombre es tan grotesco!...

—Perdone—le interrumpe el director, galante—: quiero decir, en general, criterio. El periódico ha de ser noticia; es decir, suceso. Pero la publicación de un libro es un suceso que sólo interesa al autor. Mire; mi criterio sería enteramente administrativo para esas cosas. Yo, los artículos literarios, en vez de pagarlos, los cobraría. La firma que llevan al pie es un anuncio extraordinario.

Sonríe, se levanta y se dirige de nuevo a su despacho.

Al pasar se fija en las cuartillas que emborrona nervioso un redactor, consultando unos apuntes. El director coje los apuntes y los rompe. Y doctoral;—criterio, no consultar apuntes. Así no se hace nada bien. El suceso debe tenerse en la memoria. Ahora usted, con la fantasía, lo reconstruye sin sujetarse a la realidad estricta. Y ya sabe—criterio—, las heridas siempre graves. Los muertos se multiplican. Y el hombre que vive del suceso, proxeneta de una calidad inesperada, enciérrase de nuevo en su despacho.

Luego, el Poeta piensa con asombro—un asombro pueril—de dónde procede ese desdén a la literatura, y a la belleza en general, a la labor que realizan los poetas de toda índole, ya que esa labor aparece, en suma, en cada cosa, hasta en la más humilde mercancía, coronando y refinando la labor propiamente artesana, como algo más generoso y amable. Porque, si todo se adorna y ennoblece con ese aditamento de arte, del cual ninguna cosa—manufactura tosca o prospecto comercial—puede prescindir, porque ese aditamento es su condición de triunfo, su virtud persuasiva siempre, ¿por qué ese desdén hacia los poetas, hacia los artístas de toda índole, que son los que dispensan esa condición bella, por la cual la cosa útil se recomienda? En el terreno francamente mercantil, una sonrisa de arte—pincelada oportuna, dorado, belleza de la letra—avalora los envases que proclaman el mejor té o la mejor cerveza; y en el terreno intelectual, mamotretos científicos, áridos digestos pretenden iluminarse con un destello al menos de ese sol que poseen por entero los poetas. Hasta el hombre más resueltamente prosaico, se siente halagado por una caricia de arte, y pretende también vencer con ella en la lid de su profesión u oficio: todos, todos tienen algo que agradecer a los poetas, dotados con el don de embellecer las cosas y con la facultad sirénica de seducir. Pues hasta el director de esa hoja que reproduce los sucesos y vende al lector, en realidad, el crimen o la virtud ajenos, al recomendar a

sus redactores fantasías y excitarlos para que se aparten en lo posible de la realidad estricta, lo que hace es invocar una condición literaria, recabar la parte de poeta que pueda tener el sabueso periodístico. De este modo los poetas, dotados de la facultad del canto, más poderosa que la de la belleza femenil, pues el canto es el que consagra a la belleza, todo lo avaloran y dignifican: y sirven indirecta pero eficazmente, hasta las intenciones de los mercaderes. ¿Por qué entonces ese menosprecio del poeta y de su labor?

Así se pregunta nuestro amigo, recordando el gesto de saciedad con que en todas partes ha visto siempre rechazar la belleza y, en particular, eso que el mundo antipoético llama la literatura, como algo innecesario, superfluo y peligroso: la expresión de condescendencia con que ha visto aceptar la obra bella en todos los lugares de ese tráfico mísero. ¿Por qué si la belleza es necesaria, mejor dicho, indispensable para la vida, aun en su forma más elemental y precaria: porque si la humanidad no podría prescindir del verso, de igual modo que no puede prescindir ya del amor o el ferrocarril; porque, si imposible nos sería vivir en un mundo sin poesía creada—ya que la belleza natural de las cosas, siempre suscitaría efímera ese anhelo de la belleza artificial y perdurable—sin la oda, y el madrigal y la sátira, es tan poco apreciada la dádiva de los poetas? ¿Y el humilde limpiabotas a quien no entregamos del todo nuestros pies, parece más útil que el poeta, al que forzosamen-

te hemos de entregar del todo nuestra alma, como a un confesor, más aún, como a un embellecedor?

Esta pregunta angustiosa hácese el Poeta al lado del amigo Irisarre. Y el amigo Irisarre le replica con su acento rayente y definitivo de hombre que ya renunció a agradar a las musas.

—La labor del poeta no es apreciada precisamente en razón de su espontaneidad y abundancia. Un exceso de demanda altera aquí el normal funcionamiento del mercado. ¿No ha oído usted hablar de países venturosos donde la gente se ve obligada a defenderse con el hacha del asalto de las rosas? Pues así ocurre con los poetas. Esos ruiseñores de una índole singular se introducen por todas las ventanas, y la repulsa es una defensa poco eficaz contra ellos. Se prodigan tanto, que su dádiva resulta de ningún valor. Otro símil podría ponerle de esos países afortunados, cuyos habitantes usan orinales de oro. Pues eso ocurre con los poetas, amigo mío. Ofrendan su poesía con una prodigalidad y se obstinan con tal ahinco en su desdeñada y penosa labor, que hacen creer que en ella misma tienen su recompensa. Nadie se hace escrúpulo de robar a un poeta. ¿Quién podría suponer indigente a esa triunfal sonrisa del creador? En cambio, la cara adusta y grave del obrero, hace pensar en una fatiga que debe ser renumerada, y el precio de esa fatiga está consagrado por todas las leyes.

—Según eso, habría que abstenerse—replica el

Poeta—, restañar la herida generosa, renunciar al placer extenuador de crear. O llevar la obra al mercado, sujetando su generosidad a la generosidad de la demanda.

—Eso es precisamente—dice el amigo Irisarre—. Se impone una huelga de poetas. Averiguar de una vez si el mundo desea verdaderamente el arte, si lo necesita para su vida, como un elemento vital que va perfeccionándose desde el salvaje hasta el hombre civilizado, o si se trata de una cosa superflua, en nada necesaria para la integridad de la civilización. Sí; se impone hacer esa prueba. Y yo, por mí, ya usted lo sabe; la he resuelto hace tiempo en sentido negativo. He renunciado al arte.

—Sí; pero entonces nos han engañado esos panegíricos oficiales de los grandes poetas, esas inscripciones de estatuas, esos discursos de centenarios, con que nuestra juventud fué sobresaltada como con una música divina, más que con los ojos de las mujeres. Y la emulación a que esos ditirambos nos lanzó, para igualar el nivel de la estatua gloriosa, fué una desdicha cierta. Sería preciso también suprimir de una vez esa clase de retórica, nefasta para tanto joven genio y consagrar en cambio para siempre en la imaginación de los que tienen quince años, la imagen desolada del poeta en su madurez.

—Eso es justamente. Pero nosotros, los que ya tenemos experiencia de la desventura del arte, debemos aprovecharla. Suprimir en nosotros una fa-

cultad funesta, reprimir el ímpetu generoso, quitar el oro a las plumas. ¿A qué obstinarse en una labor desdeñada? ¿A qué encarnar esa figura tráfica del poeta? ¿A qué cultivar un arte que no tiene precio?

—Sí, tiene usted razón—asiente el Poeta—. Pero y si nosotros, que ya hemos perdido toda otra razón para considerarnos superiores—juventud, belleza juvenil—renunciamos también a esta razón última de ser poetas, ¿qué podremos invocar en los instantes en que nos despreciamos a nosotros mismos para justificar nuestra vida?

—Pero ¿servirían de algo esos motivos falaces? ¿Podría ser vanagloria para nosotros, consagrarnos oficiantes de un arte sin precio? ¿Quién creería en nosotros, ni nosotros mismos ante nuestras manos vacías? Oro, tisúes, gemas, son los indicios de la gloria y de la divinidad, y quien carezca de esos tributos, en vano se proclamaría Dios. Los artesanos, que ven al poeta mal vestido, aprenden a desdeñar la poesía. Sólo una cifra alta impone respeto a la multitud. La mayoría sabe ya que la literatura no tiene precio, y de ahí que no se apasione por ella. Lee el libro y compadece al autor.

—Es verdad, es verdad—murmura el Poeta—. Se impone la huelga de los poetas. Hasta ahora no intentó el poeta esa prueba suprema. Pero es necesaria. Por propia defensa y hasta por decoro. La dádiva graciosa, debe ya terminarse... Basta de lágrimas y

vergüenzas, y que esa pluma servil y desdeñada, sea restituída a los vientos...

Y junto al amigo Irisarre, el Poeta permanece hosco y taciturno, porque ya siente el dolor de negarse como esas mujeres que ya ponen acíbar sobre sus senos.

IX



L Poeta en la casa, rodeado de sus libros y sus blancas cuartillas, siente como una tentación, el ansia de escribir. Resabio antiguo, ¿podrías ser abolido en un día? Pero recobrando las amargas palabras del amigo Irisarre, contiene su mano como si la sintiese propensa a un acto indigno. ¡Oh amargura de la abstención! Pero de lo hondo de la casa, para cortar un florecer importuno de rosas, llega la hermana lastimera, eterna elegía, viva. Siéntase junto al artista y solloza:

—No, no puedo verte así, trabajando encorvado sobre una mesa pobre, helado de invierno en una casa sin estufa, caldeada tan sólo por el braserillo que yo enciendo con mis manos torpes, sin estantes para colocar tus libros, falto de toda comodidad, sustentando como una vergüenza, sobre tu frente, ese nombre de escritor. ¡No, no puedo verte así!

El Poeta la mira con ojos tímidos y el valor le falta para hablar. La hermana continúa:

—Todo eso me parecería más llevadero si no fueras escritor. Porque entonces nuestra pobreza no desilusionaría a nadie. Pero ahora, las personas que respetan al libro y suponen que el autor de esa obra extraordinaria ha de ser un hombre extraordinario, las criaturas ignorantes.que consideran al libro como a una prenda suntuosa y creen cándidamente que su autor ha de compartir esa suntuosidad, al ver nuestra pobreza, se sienten defraudadas y piensan que tú eres apenas digno del nombre de escritor, algo así como esos embadurnadores de muestras que también se atribuyen a sí mismos pomposamente el nombre de pintores. Y esto me aflige y me avergüenza. Más valdría que nadie supiese que tú eres escritor; porque, sin duda, creen que tú apenas te diferencias autor del libro, padre de su alma, de los que fajan su cuerpo y lo atavían, de los cajistas y los encuadernadores.

El Poeta calla y medita en la amargura de las palabras fraternas, bebe esa amargura como en una copa. La hermana prosigue:

—Dudan de ti y me tratan con irreverencia. Porque desdeñan un arte que no tiene un precio digno. Las vecinas, esposas de empleados, me miran con piedad vergonzosa y hablan de sus maridos como si te fueran superiores. En vano quiero mantener ante ellas la línea alta de tu vocación, como el alto borde de un altar. Ellas equiparan contigo a sus esposos. El otro día, hablando de tus discípulos, con una de

las vecinas, cuyo marido tuvo Academia, me dijo:

—Sí, también mi esposo tuvo discípulos. —No reconocen una superioridad que no se confirma por ningún signo material. Sólo una joya, una presea valiosa contiene la irreverencia de esas gentes.

El hermano esparce la vista por la estancia desnuda, en la que ninguna joya, salvo libros, resplandece y asiente a las palabras de la hermana. Pero una vez más quiere ser generoso.

—Verdaderamente nada hay aquí que pueda imponer respeto a un visitante. Pero hay el libro, hay el arte. En la región del arte, ya lo sabes, todo es simbólico. La obra de arte tiene su precio en sí misma. El artista goza de su fausto magnífico en la esfera de su creación. Pero nada tangible puede presentar en apoyo de su magnificencia.

La hermana hace un gesto de desencanto. Ella, como afligida por los apuros domésticos, reclama también algo tangible.

—Sí—dice—, lo comprendo. Pero esa suntuosidad no puedes permitírtela. Somos demasiado pobres. El hijo de tu madre no puede aspirar a esas grandezas simbólicas. Los libros te embrujan y te empobrecen todavía más. Y nuestra casa tiene cada día más el aspecto de una ruina. Y el calendario resulta cada mes demasiado grande para nosotros.

Y le habla entonces de sus apuros económicos, y le muestra sus manos y sus faltriqueras vacías. E insinúa la frase de cada mes:

—Es preciso que pidas algún dinero adelantado en el periódico. No podemos aguardar a primeros de mes.

He aquí el poema meditado, cambiado en una vulgar petición que enrojece al Poeta. Cada vez que tiene que escribir una carta de esas, para la que le faltan las palabras, el verbo tan copioso en el poema, el Poeta siente que un rubor ardiente le abrasa las mejillas y que una cólera sorda, una gran ira de proletario, sube hacia su alma del lugar menos claro de su cuerpo. La víscera creadora de perlas, se transforma entonces en el alambique de la bilis. Porque, al fin, si él es el Poeta, ¿no es también un proletario, es decir, un trabajador útil y anónimo en su labor periodística? ¿Por qué no ha de obtener una remuneración digna? ¿Es que el mundo sólo aprecia el trabajo evidente de los músculos y marca con un sello de demérito cuanto se relaciona con la literatura y la belleza, suponiendo que mana también de la vena generosa que crea las obras artísticas? Pero, si es así, si esa labor es despreciada injustamente, ¿por qué no sería posible reivindicar sus fueros? ¿Es que el cerebro no ha de tener sus derechos como el músculo? Y el Poeta pregunta:

—¿Cómo va la huelga de los galleteros?

La hermana le contesta:

—Dice la asistenta que los huelguistas la tienen ya ganada: que los patronos están a punto de ceder.

El Poeta reflexiona:

—Ceden ante el músculo, ante la fuerza. Pues ¿por qué no emplear nosotros también la fuerza? ¿Por qué no cegar, al fin, esa vena generosa que sólo sigue fluyendo en nosotros? Dice el amigo Irisarre que una huelga de poetas sería imposible. Sería imposible, acaso, en el aspecto práctico, porque la humanidad prescindiría de ellos, contentándose con la suma de lirismo que pubertad o amor conceden a cada hombre. Pero, sin embargo, sería ejemplar el que los poetas se abstuviesen, y en las grandes solemnidades, en las que no basta ese instinto poético, torpe y rudimentario, los grandes órganos que sólo los poetas saben tocar, permaneciesen abandonados. Sí; habría que negar al mundo ese canto que, surgido espontáneo, representa, sin embargo, toda la riqueza del poeta. Pero si la huelga de los poetas puros sería ineficaz, ¿acaso lo sería igualmente la de los obreros intelectuales en general? Ese pobre periodista que yo soy, realizando una labor útil y anónima, en la que no hay ninguna compensación de vanidad, ese pobre proletario que yo soy en mis horas más tristes, ¿no tendría derecho a proclamar sus reivindicaciones como los demás proletarios? Sin embargo, yo mismo me avergüenzo de pensarlo, y, seguramente, mis compañeros también creerían faltar a la tradición generosa del cerebro, si pensasen en unirse con los proletarios. Y no obstante...

—¿Qué piensas?—le pregunta la hermana.

—Pienso en que, a pesar de todo, es muy posible

que un día los obreros del cerebro se unan con los obreros del músculo. La vida cada vez más difícil, que ya hace irrisorio todo privilegio, acabará finalmente con todas las buenas fortunas que una profesión literal puede proporcionar a sus cultivadores, concluirá por hacer ilusoria la cuquería periodística y los proletarios de la redacción habrán de unirse con los tiznados compañeros de la imprenta. Esto se ha de ver, hermana.

Y el Poeta, venciendo su rubor, escribe la carta de todos los finales de mes al administrador del periódico, solicitando un ruin anticipo.

¡Oh, bohemia horrible del escritor, lepra hedionda que a todos los oficiantes de las exceisas aras mancilla, aun a los más arrogantes y de más solemne aspecto, aun a los que procuran y se jactan de tener las manos más puras! ¡Oh, fatalidad del escritor que le condena siempre a arrastrar la pompa de su existencia por el cieno más bajo, a encoger su talla excepcional ante los hombres ruines que tienen en sus manos las llaves de esas cajas cuyo contenido asegura la vida! El Poeta piensa en esto con horror, hasta sentir un sagrado espanto. Porque esa fatalidad alcanza no sólo a los poetas extraordinarios y lotales, por entero consagrados a su fatídica vocación, sino a cuantos de cerca o de lejos, o en frecuentación más o menos asidua, se acercan a esa ara funesta, donde

está la droga más peligrosa. Hay el bohemio absoluto, impenitente y voluntario, que hace una prez de su miseria; pero hay también el bohemio forzado, que no desearía serlo—antes cualquier otra cosa—y que, sin embargo, por la tremenda insuficiencia de los dones del arte, se ve obligado a caer en esa actitud ambigua e histriónica del bohemio. Todos, todos han de pagar por antipado, con esas vejaciones y esos sobresaltos, el precio de la estatua futura. Así nuestro Poeta recuerda que fué precisamente por evitar esos abismos pavorosos de la bohemia artística, juvenilmente presentidas, por lo que aceptó un puesto en la mesa periodística; y se sometió al horario burocrático. Y, sin embargo, he aquí que su situación hoy es comparable por su inseguridad y por el número de sus sonrojos a la del bohemio más incorregible. Y es a su pesar un bohemio, viviendo en el sobresalto y el bochorno de los sueldos insuficientes y teniendo que acercarse implorante a esas mesas tras las cuales un cajero tacaño apila los montones de monedas. Momento de extraordinaria amargura aquel en que el Poeta visita al cajero para obtener de él un anticipo. El hombrecillo, bueno y avariento, le mira con desconfianza por detrás de sus lentes, y murmura ufano de su estrecha armonía con el calendario:

—Todavía no estamos a uno.—Luego es preciso oir estas palabras.— Yo les tengo dicho que no vengan tan pronto. Antes hay que pagarles a los cajistas y sa-

tisfacer los demás vencimientos. Estas son las atenciones indispensables del periódico.

Y es necesario callar o apelar al donaire, o al ruego, para conmover a aquel hombre que defiende la caja como un buen perro y para el cual el obrero intelectual es una cosa última y nada indispensable. Se trasluce en sus ojos el desprecio que el escritor le inspira. Sin duda la tradición inmemorial de bohemia que va unida a las letras, y que se expresa en tantas anécdotas chistosas y lamentables de las vidas de hombres célebres, hace que el hombrecillo mire con recelo al periodista Poeta y le suponga desde luego un bohemio, alegre e ingenioso, hábil para buscar por artes taumatúrgicas de un milagro indigno la moneda. Y hasta se le advierte cierto recelo supersticioso, cierta envidia, como si pensase que el trabajo intelectual y de inspiración no puede ser una fatiga y también como si viese ya la estatua póstuma que ha de recompensarlo. Y es preciso rogarle, como lo hace el Poeta, encorvándose ante la mesa para ponerse al nivel de sus quevedos, apretando de rabia la madera que cantaría si fuera un piano, abochornado de implorar lo que es suyo.

Un obrero de la imprenta llega.

Es un hombre grave y tiene ese ceño adusto con que se afirma más en tiempos socialistas el ceño de la labor. Reclama su década. El cajero, lacónico y activo, sin objetar nada, le entrega las monedas y recoge su firma. Luego, con tono severo, al escritor:

—¿Ve usted? Hay que venir más tarde. Estas atenciones son lo primero...

Luego, es verdad, se ablanda, contemporiza y, al fin, accede vencido por la seducción del Poeta, cuyo ingenio le sorprende y cautiva. Pero cuando el Poeta baja las escaleras de la Administración con aquella leve carga en el bolsillo, su paso es lento, como si le abrumara una carga terrible y, en su alma, se formula una protesta airada, huraña, aún más que la de un proletario, fundada en la conciencia de que aquello *no debe ser así*. No, no debe costar tan cara esa estatua póstuma e insegura, ni se la ha de forjar a expensas de la estatua de carne. Eso *no debe ser así*.

LA MONSTRUOSA GENEROSIDAD DE LOS POETAS

X



STO no debe ser así—piensa el Poeta—. Es preciso realzar la figura del escritor hasta darle la estatura agrandada de la estatua póstuma o, en otro caso, suprimir del todo esa estatua que, póstuma siempre, da un aire funerario a las plazas de las ciudades modernas, que parecen ornadas con cadáveres de bronce, como si se hubiera descubierto el secreto de la momia metálica. Sí; es preciso resolver de una vez para siempre el conflicto trágico del escritor, de ese proletario generoso, premiando su labor en lo que tiene de trabajo material y útil, aunque siempre toda remuneración haya de ser desproporcionada a la dádiva impagable del genio. Es preciso, de una vez, decidir la suerte de los poetas, por decoro también de una sociedad que asegura amar las artes y el himno desinteresado a la belleza: el decoro de una sociedad que se dice civilizada. Porque más humano es desterrar definitivamente a los poetas de la Repúbli-

ca y aun darles muerte, hiriéndolos con sus liras trocadas en segures—todo puede ser instrumento de muerte—que el tenerlos como se les tiene ahora en la ciudad, condenándolos a una muerte lenta, indigna y dolorosa, a la muerte por el hambre y el desdén, con la afrenta intolerable del harapo. Es menester, sí, suprimir ese motivo de escándalo para las almas puras. Deslindar de una vez la ecuación lírica, ver si esa joya excepcional que un poeta representa en la vida de una nación, es un atavío superfluo o una cosa tan valorable y tan útil para el esplendor cívico, con ser una ofrenda espontánea, como esa perla extraída con fatiga y riesgo, del fondo del mar, para ataviar la blancura de los descotes oficiales... Pero ¿cómo lograr eso? Porque para eso, sería preciso que el lírico proletario escribiese la tabla de sus reivindicaciones y se decidiese, renunciando a toda falsa vergüenza como a un rubor extemporáneo y pueril, a armar sus balanzas al lado de la de los mercaderes. Cosa justa en el fondo y nada de extrañar, pues si la poesía en su origen es un don espontáneo y gratuito, en el sentido de ese canto que de los corazones, convertidos en surtidores, se eleva en la noche hasta lo azul, en su forma determinada y concreta, en su forma material y estricta constituye una mercancía de una índole delicada y suntuosa, hasta casi no admitir ya ese nombre, pero legitimándolo y mereciéndolo no obstante, ni más ni menos que la obra del orfebre exquisito y que la misma obra del genio, en lo que

tiene de modelado de un material precioso. Esto se ve claramente en las artes plásticas en que ese material, más pesado, sí, pero no menos existente que el papel del libro, interviene siempre convenciendo más a los sentidos. Pero aun en el libro, interviene y es una vergüenza, al mismo tiempo, que en esa mercancía exquisita del libro, cuantos intervienen de un modo secundario y posterior: cajista, encuadernador, editor y librero, reciban una remuneración más digna y garantizada que la del obrero principal y paterno, que determina y hace posible su existencia. ¿Cuánto ha percibido de las manos que trafican con esa mercancía nuestro Poeta, autor ya de varios libros? ¿Qué óbolos ha puesto el arte sobre la bandeja de sus cuarenta años? Ninguno: sus manos, absolutamente vacías, están puras de toda participación con los mercaderes. Y ahora, al comprobar esa vacuidad, no lamenta la ausencia del metal acuñado como precio, irrisorio siempre, de una dádiva impagable, sino como signo suntuoso, presea, trofeo, signo palpable y convincente de un valor que pudiese imponer respeto al profano y convertir en algo, áureamente pesado, el nombre de poeta. Sí, por necesidad y por decoro, habría que exigir de los mercaderes ese precio, aunque sólo fuera por reivindicar la existencia de un arte, ya que ningún valor puede tener un arte que no logra su precio, ni ningún sentido una estatua, una corona o una palma que no pueden enjugar una lágrima de hermana o esposa ecónomas.

Eso piensa el Poeta, transido de piedad por todos sus hermanos menores, y a sus labios acude la palabra precisa: ¡La huelga de los poetas! Pero al punto recuerda también las palabras del amigo Irisarre. El poeta está vendido por la vanidad. La condición indispensable para reclamar el precio de una obra, es no estar interesado en su existencia, hasta un grado tan paternal, como lo está el poeta. ¿Cómo se atrevería éste a la prueba de negar al mundo esa dádiva que es la razón de su existencia? Y el Poeta comprende que el amigo Irisarre tiene razón. Aquí están los poetas sentados junto a él, en el diván de su notoriedad ya afirmada. Allí están Chepilo, copiando los dramas ajenos, y sin poder escribir el propio, y Laura, la musa hecha poetisa, dotada de voz, aunque no de belleza—y quizá por eso mismo—y el Poeta romántico que se ufana de poseer la técnica de todos los claves líricos. Y allí están todos los demás, jóvenes, desconocidos, pobres, mal vestidos, con el precio apenas de un café en el bolso y con aspiraciones, sin embargo, de poseer la estatua ya mismo. En todos aquellos ojos se trasluce la misma avidez: la avidez de la notoriedad, el deseo de ser despojados por los que tienen en sus manos el medio de la edición múltiple de un nombre. Todos se consumen en el ansia de ser despojados, todos tienen un aire de mendigos ante las grandes prensas, y se empinan dolorosamente para dar la talla del gran hombre pobre. Todos están deseando dar las tiras de su piel

a los editores, ya que sus poemas, escritos con dolor, están realmente escritos en la piel de sus omoplatos. Todos llevan en sus manos la dádiva incondicional, y sólo se quejan de verla rehusada. Y Chepilo pregunta tímidamente al Poeta si sería muy difícil encontrar editor para un librito de versos.

—¡Oh, anda muy escaso el papel!

Y el copista hace una mueca de dolor y murmura por lo bajo, con acento vergonzante:

—¡Yo lo hubiera dado sin condiciones!

Y el poeta romántico, al que le niegan locales dignos para dar una lectura de versos, dice que leerá sus rimas en una plaza pública. Y se exalta y da puñetazos sobre la mesa. Luego acércase otro poeta, más humilde todavía, más astroso, que siente hasta la timidez de posar sus manos, nada limpias, y bastas como las de un mendigo, sobre el mármol demasiado pulcro de la mesa. Es ya, no joven del todo, negro de barba y seriamente triste, como un mendigo anónimo. Mas también él lleva en sus bolsillos la obra incondicional, la obra ofrecida gratuita y, sin embargo, rechazada. Y luego, llega también ese gran hombre oscuro, viejo, viejo ya francamente, pavoroso en su aire derrumbado, porque tiene la talla y la nobleza de la estatua y es él mismo su estatua caída, lapidada, su estatua que saluda y se dobla. Es don Manuel, porque la vejez le confiere ese don excepcional entre escritores. Déjase caer en el diván y reclama un sitio junto al *maestro*.



—¿Qué hay?—le pregunta éste.

El viejo le contesta:

—Estoy cada vez más deshecho, me estoy comiendo mi estatua; ya me he comido la grasa, ahora me estoy comiendo los tejidos; cuando éstos se acaben, no sé qué voy a comerme. Convídeme a café—agrega con un gesto aturdido y juvenil, como para aventar el sonrojo de la demanda—; ¿qué quiere usted?—dice—, esos editores no dan nada por los libros.

El Poeta siente el corazón traspasado de horror, y le parece que aquel diván de café se transforma en un parnaso extraño, a la intemperie, en que cerniéndose sobre heladas nubes o crucificados, quizá, cada uno con una llaga terrible en algún sitio de su cuerpo, dialogan sus quejumbres. Y sus quejumbres son todavía musicales, como los lamentos de los pájaros enceguecidos o como el lloro del leño que se abrasa. ¡Oh dolor, oh dolor profundo del arte! Y esa imagen lamentable confírmansela más los ojos de la pobre poetisa que lo mira, angustiada ella también, de no ser una violeta notoria, pronta a teñirse de la púrpura de los geranios, en su propia sangre, con tal de llamar la atención del público; la pobre poetisa que en aquel diván de poetas no ha de encontrar ni siquiera el amor, agostado por la tremenda atmósfera del arte. El Poeta le pregunta:

—¿Y ese amor?

Ella hace un gesto desencantado. No nos entendemos... Él quiere que haga versos como él... pero yo

no sé hacerlos sino a mi modo... yo no sé lo que es clasicismo ni romanticismo... yo sólo sé decir lo que siento... y él se enoja...

Pero luego hace otro gesto de indiferencia o de fácil resignación. Lo que a ella le interesa más es el arte.

—¡Oh, si pudiese publicar un librito! Tengo ya escritos muchos versos... ¡Cada vez que me llevo un desengaño, para consolarme, escribo!...

—¡Oh, pobre!—piensa el Poeta—: busca en el arte consuelo al amor, sin saber que con ello duplica el número de sus puñales. Mujer, musa y poetisa, ¿puede haber más nefasto destino? ¿No era ya bastante ser mujer? ¡Oh dolor presentido del futuro desencanto supremo, cuando no pueda brindar ninguna guirnalda a su juventud disipada, un arte inútil y anticuado!

Y el Poeta siente impulsos de disuadirla de su locura; pero ¿quién puede apagar una brasa de arte ya encendida?...

Es fatal—piensa el Poeta—que así sea. Estos poetas no serían capaces de abstenerse ni un día como hacen los proletarios, de practicar la labor acostumbrada. No tendrían el valor de sacrificio—acaso el sacrificio verdadero—de apagar ni por un día ese horno voraz en que consumen su vida y de mostrarse graves, tranquilos, con los brazos cruzados, insensibles al júbilo de trabajar, ante las puertas de las fábricas cerradas o de los templos oscuros y fríos. La cam-

pana de estos proletarios no podría dejar de sonar ni un día sólo, aunque sea en el aire, sin ecos de su labor anónima. Su alegría está precisamente en el dolor y necesitan sangrar por alguna víscera para sentirse vivir. Son irredimibles. Conservan siempre la medida antigua, la gran medida generosa, abolida ya en todas las cosas. Ahora mismo, en que restricciones antes ignoradas, nos recuerdan que hay una guerra en el mundo, ellos conservan la medida colmada. Ved. Chepilo se queja de que el chocolate de la madrugada ha subido de precio. Laura, que ha cogido un terroncito de azúcar para paladearlo, golosina barata, dice, defraudada, que el azúcar de ahora es menos dulce que la de antes. ¡Mengua, oh poetisa, la dulzura del mundo! ¡Y ahora, cuando salgan a la calle, tendrán que caminar a tientas, sorteando tinieblas peligrosas, porque también mengua la luz en el mundo! Todo se hace tacaño, todo encarece su precio, todo, hasta la carne venal, que parecía lo más generoso, todo, menos la medida colmada de los poetas. Sólo, excepcional y monstruosa, esta medida íntegra subsiste. Y subsistirá siempre mantenida por esa locura, vanidad, amor propio, necesidad inevitable de descargarse de un exceso de plenitud como el que aqueja a ciertos senos. ¿No le parece a usted, don Manuel?

Y el viejo, descarnado, que se alimenta ya de su estatua, dice con un gran gesto noble, porque unos sorbos de café le han engrandecido:

—Sí, siempre, porque el poeta no puede ser nunca un proletario; no puede poner precio a su dádiva impagable. Eso sería tanto como faltar a los fueros del espíritu.

—El poeta no es un proletario—repite Chepilo, el pobre Chepilo, que tiene llenos de tinta los dedos, como un tipógrafo.

—El poeta es como un sacerdote: su misión es dispensar Belleza—clama el Poeta romántico.

—¡A mí me parece que una poesía no tiene precio!... ¡Es como el amor!—suspira la poetisa.

—¡Una huelga de poetas!—exclama el bohemio escandalizado—. Pero si el poeta no hace nada. Su labor no es un trabajo. Ha nacido para cantar. El poeta debe buscar su lucro en otras cosas: hasta en la petición, porque siempre le será deudora la humanidad de su ofrenda impagable. Todo antes que reclamar un salario.

—Además—dice don Manuel—, ¿quién les secundaría? ¿Tienen la fuerza de los obreros? ¿Les apoyarían los proletarios? Pero sin la ayuda de los proletarios, toda huelga de obreros intelectuales fracasaría. Una huelga de poetas será siempre imposible.

—A menos, don Manuel, que esa solidaridad con el proletario surja fatal en esferas en que ya una contigüedad involuntaria liga a las dos actividades. ¿Ha pensado usted alguna vez en el hermano cajista, en ese obrero hermano nuestro que está en el infierno de tizne y de hierro de nuestras letras brillantes? ¿No

ha pensado usted, como posible, una solidaridad más estrecha en la revuelta, del poeta creador y el cajista proletario? ¿No cree usted que algún día pueda ser realidad ese tópico del hermano cajista?...

—Sería, en realidad, la última huelga que nos quedaría por ver...—dice el viejo.

Y las palabras del Poeta quedan flotando en el aire, como el destello lejano de la última aurora social.

POR LA DERUIDA CIUDAD ROMÁNTICA

XI



L descansar su alma del dolor que la traspasa en el diván de los poetas, nuestro amigo va a buscar al amigo Irisarre en los cafés económicos, donde gusta de sumir su fracaso o su anónima gloria, en compañía de artesanos y empleados. Son todos ellos vecinos del barrio, gente seria y trabajadora que se retira a sus casas antes de que cierren las puertas del establecimiento, pues antes de acostarse han de dar cuerda a sus despertadores. Allí encuentra el Poeta a su amigo que, rapado, serio también, con ese ceño involuntario que comunica la práctica de una labor asidua y monótona, no desentona en aquellas reuniones de hombres sin penacho. El Poeta mismo se siente bien en aquellos cafés democráticos, donde los camareros no tienen ya nada de la rigidez hierática de los antiguos *suizos*, ni se diferencian apenas de sus clientes; pues son unos y otros, sencillamente, proletarios. En aquellos cafés, especie de ampliaciones de los casinos socialistas, pues los frecuenta gente que va a la Casa del Pueblo, las palabras

triunfo y fracaso no tienen el sentido ardiente y de estigma, la temperatura cáustica que en los cafés de poetas, porque aquellos hombres que ejercen una labor útil y remunerada, no cifran en ella ninguna vanagloria ni aspiran a otra cosa que a mantener sus familias. Para ellos lo bello es útil y viceversa. Entre aquellos hombres, el amigo Irisarre es, simplemente, un trabajador, y nunca le darán por fracasado ni tasarán sus quilates de genio. Él está allí ignorado, como uno de tantos, sin nada en el aspecto ni en la palabra que indique su ambición adormecida y resignada de ser un gran artista. Cuando el Poeta va a buscarlo allí, evita hablar de nada turbador entre aquellos hombres monótonos, evítalo instintivamente, pues al punto se le impone la gravedad serena de aquel ambiente en el que una palabra lírica sonaría extraña y sin sentido. Se amolda, como el amigo Irisarre, al numen plácido de la conversación y escucha las discusiones políticas o las anécdotas cotidianas, ocultando él también una cimera que allí desentonaría. Hablan de la guerra, de las huelgas pendientes, de la marcha general y visible de las ideas. Todos ellos son, naturalmente, avanzados, aunque también hay algún que otro representante de la rezagada generosidad romántica. Todos sus comentarios políticos terminan evocando el porvenir de Rusia, y la aurora roja sobre las nieves, pues les ha seducido esa perspectiva fulgurante sobre la estepa que se ha prodigado en tantas portadas de libros,

—Rusia, Rusia—dice uno—es la que ha de decir la última palabra. De allí ha de venir la redención de Europa.

Y otro comenta, con entusiasmo, las últimas noticias:

—Los socialistas avanzados se han apoderado del Gobierno; los bolcheviques triunfan.

—Dentro de poco—agrega otro—, todo el mundo será sindicalista.

Consultan al amigo Irisarre, pues todos, instintivamente, reconocen la superioridad de su genio anónimo. El amigo Irisarre expresa, como siempre, una nota amarga e individual. Él no cree en la redención del proletariado ni en ninguna redención. Él está con Nietzsche y con Ibsen. Lo espera todo del Individuo. Pero le halaga, sin embargo, toda labor subversiva que acabe con los grandes conceptos hueros de patria y de humanidad. Él quiere la destrucción del régimen vigente y está hechizado también por la aurora roja de Germinal.

Los demás meditan, sonriendo en sus palabras, desconcertados por la paradoja de su socialismo individualista. Y uno de ellos murmura como un halago:

—¡Usted siempre ha de decir algo fuera de lo corriente!—¡Consagración modesta de su genio ignorado!

El artista sonríe condescendiente. El Poeta le mira, y fijándose en la dureza de sus facciones rasuradas

descubre en él rasgos termidorianos. El artista es el Individuo en la revolución social: acaso ese hombre fatídico a un tiempo amigo y enemigo de las masas.

... Al salir del café, el artista se despide de sus amigos, y con el Poeta, siguiendo un antiguo resabio, se rezaga en un vagabundeo callejero que le halaga como una reliquia juvenil. En tanto caminan, el amigo Irisarre habla:

—Ya los oye usted. Todos esperan la Revolución, no ya política y romántica, sino social. Asistimos al fin de una modalidad, de la modalidad romántica. ¡Cómo ha cambiado la vida desde que éramos jóvenes!

—¡La vida y la ciudad!—murmura el Poeta—, porque mire usted (y le señala una perspectiva de escombros y ruinas).

—¡Es verdad—responde el artista—, la ciudad de nuestros sueños y de nuestros placeres ya no existe! La ciudad de nuestra juventud es una ruina.

A la luz tacaña de los reverberos, avanzan ambos amigos por entre los escombros de una ciudad derruída. Casas a medio caer levantan en el aire unos arcos precarios y lastimeros, tal un ramaje caduco. La piqueta ha dejado al descubierto interiores de alcoba, de un rosa íntimo y turbador. El paisaje parece una perspectiva bélica, y aquella ciudad en ruinas se une en la semejanza del diseño con las ciudades de Francia y Bélgica destruídas por los obuses, de tal modo, que se podría pedir por ella, a los sones de una mar-

cha patriótica y con bandejas. Las hogueras de los guardas que custodian aquellos escombros, reflejan en el cielo de invierno un arrebol de mortandad.

El artista observa:

—¡Es la ciudad de nuestra juventud la que se desploma, la ciudad de nuestra ilusión y nuestro arte! ¡Cuánto no hemos soñado en el claro de luna de esas calles y cuánto no hemos amado a mujeres pobres y generosas en esas alcobas descubiertas! ¡Esta era la ciudad antigua, generosa y resignada, de casas pequeñas y estrechas, con escaleras angostas y mal iluminadas, con alcobas en las que era un acto tan caritativo amar como morir! Recuerde usted los hombres y las mujeres que vivían en esas casas: poetas y meretrices o estudiantes generosos de esos que mueren tísicos, gente que ignoraba las grandes medidas de la dicha y se sustentaba de ilusión. En esta ciudad las cosas no tenían apenas precio; todo era una dádiva, apenas encubierta por la percepción de un óbolo. La vida era un arte generoso, y nosotros hemos practicado esa vida y ese arte. ¿Recuerda usted? Eso fué en un tiempo anterior a todas las reivindicaciones, cuando las mujeres hermosas se le brindaban al transeunte en el quicio de una puerta, sin pretensiones, como si sólo aguardasen, apasionadas, su beso, apenas enteradas de que su locura era una profesión y sin la codicia de las grandes sumas. En aquella época yo fuí romántico, amigo mío, como usted, porque todo era romántico a nuestro alrededor: hasta el tiempo, por-

que los relojes eran como vasos colmados que formaban regueros en el suelo y con los cuales se embriagaban los ociosos. ¡Oh, cuántos charcos de tiempo que ahora constituirían una fortuna dejábamos entonces al pie de los divanes! Pero ahora, ¿cómo sobrevivir en romanticismo a la ciudad que cae sacrificada por la piqueta para dar lugar a la gran Vía, a esa Gran Vía que ha de realizar la apoteosis de una revista cómica? Todo eso era antes del automóvil y del aeroplano, en un tiempo más tranquilo que no disponía de esos relojes tan veloces. Ahora, mire usted; ni siquiera vemos rameras en las esquinas, tal esos frutos a la intemperie; todo está recogido en sus estuches, en sus cajas de fondo de paja o de raso, en esos contadores donde el tiempo renta interés. Todo, todo pide ahora y reclama su precio. Mire usted:

Señalaba hacia los carteles rojos que blasonaban de tonos subversivos las paredes derruídas. Eran anuncios de mitins sociales o de huelgas. Varios gremios a la vez, lanzaban en aquellos muros sus gritos, rojos de protesta. Hasta las criadas de servir, agitaban al aire mandiles rojos.

Se acaba la dádiva generosa, amigo mío —siguió diciendo el artista—, se acaba la alegría en la dádiva. Porque estos gritos, a pesar de su color sanguíneo, no son tanto gritos de plétora, alaridos apopléticos como quejidos de fatiga. El mundo está cansado, y ya no hay quien colme las grandes medidas. Solamente los poetas, de los cuales hace ya tiempo me aparté, si-

guen empeñados en ser generosos en un mundo que se ha vuelto tacaño. ¿Cuándo ellos también plantarán en estos muros su cartel rojo, su camisa manchada en sangre? Porque ya sabemos que toda su generosidad es a costa de un dolor... ¿Cuándo ellos también formularán sus reivindicaciones?

El amigo suspira:

—¡Oh!, ellos son la excepción, la excepción magnífica y monstruosa. Aunque el mundo achique cada vez más sus medidas, ellos mantendrán siempre las suyas. Famélicos, descalzos, aplastados por las masas proletarias que avanzan, ellos seguirán siempre inmóviles, con los labios sobre sus caramillos, sustituyendo a los ruiseñores que se callaron.

—Pero lo malo—objeta el amigo Irisarre con sarcasmo—es que hasta papel va a faltarles para perpetuar sus melodías. Ya sabe usted lo que escasea ya el papel en el mundo. Falta esa pulpa generosa de los árboles talados por la guerra en la que antes inmortalizaban sus sueños los poetas. Ahora su canto habrá de perderse para siempre en el aire de una noche efímera.

—Sí, es verdad. Pero no; escribirán sus cantos en las arenas o en los muros; en su propia carne acaso, empleando como escritura el tatuaje. Todo antes que renunciar a la gloria, a esa gloria funesta de ser padre de un verso. ¡Tenacidad monstruosa y admirarable, que no sabe uno si reverenciar o execrar, que indigna y enternece! Usted—sigue diciendo el Poeta—,

me recuerda a esos organillos de las afueras que en invierno, cuando la muchedumbre no se decide los domingos a salir de la ciudad, y busca la selva abrigada de los teatros, cantan abandonados y solitarios, en los merenderos desiertos, bajo arcos desteñidos, sin más atavío que algún témpano rezagado, indicio puro y triste de esa noche de invierno, únicamente tropical en los lechos de los matrimonios.

En la frialdad del aire que dispersa sus sones, ellos, incansables, entonan su antífona bailable, ese canto que requiere la pareja múltiple y que sin ella no es nada, puesto que no tiene la grandeza suficiente de la música hecha para la soledad.

Más de una vez, en esos domingos, me he detenido, paseante, predilecto de itinerarios solitarios, enamorado de la hora monótona y tardía, a escuchar los sones de esos pobres salterios y he sentido el corazón traspasado de pena y de piedad, porque aquella música lastimera reclamaba mis oídos como óbolos.

Cantaban—los pobres organillos—con una tenacidad conmovedora, como si quisieran crear con su canto la muchedumbre y desdoblar de sus cajas armónicas la pareja, la pareja gloriosa, pretexto y término de su canto, la pareja viva y doble, no la que un hombre triste forma con su sombra.

Y yo los escuchaba, hasta olvidarme de la mano que movía su resorte, hasta convencerme de que cantaban solos o que aquella mano era suya también, a

semejanza de esa otra con que el hombre que toca la guitarra pulsa las cuerdas de su vientre.

Llegaba a imaginarme que eran poetas, condenados a cantar interminablemente, en la soledad y el abandono de un paisaje de invierno, sin siquiera un braserillo a sus pies—ese que tienen algunos músicos ciegos, como la bandeja de astros en que estuvieran sus ojos.

Y pensaba que aquel canto tenaz y monótono, esperanzado en la hora más tardía, era la melodía incesante de una víscera llagada convertida en un reloj, el ritmo con que se desangra una gran herida. Y mire usted: nunca lo podré olvidar.

Una tarde de lluvia, en esas afueras tan dulces, en que siempre hay un arco iris en el aire mojado por las lágrimas de las mujeres pobres, vi uno de esos organillos conmovedores y heroicos, cigarras que sobreviven a las de agosto y anuncian las de junio.

Cantaba bajo un toldo de lona, tan calado de llanto como un pañuelo. La lluvia había mojado su caja musical y disuelto su barniz encarnado, su pobre afeite que se desleía como el carmín de unas mejillas bajo un beso triste.

Y aquel carmín desleído corría por su cuerpo como un chorro de sangre y le bañaba todo y formaba a su pie esos mismos regueros que suplen la sombra de un hombre asesinado. Y él seguía cantando su música—invocación de la pareja múltiple—, que nadie sino yo, solitario, escuchaba.

Y parecía como si su música fuese aquella sangre que le bañaba y fluía a cada nota, salida de dentro, de su pobre corazón, acuchillado por los puñales de las teclas por su misma mano esgrimidos.

Nadie sino yo escuchaba aquella música desleída en sangre, y yo temblaba como si presenciara un suicidio musical, un *karakari* generoso y lírico. Muchas veces después he recordado al pobre organillo, romántico suicida de las afueras, al ver a esos poetas que se sientan en divanes rojos, como teñidos en su sangre.

Y nadie podría convencerme entonces de que ese carmín del terciopelo, no ha sido creado por el fluir de sus heridas y de que no cantan desangrándose, como esos claves mediocres, por el hueco de su pecho destapado.

Y a pesar de todo, de su vanidad y de su insensatez, hay momentos en que admiro la terquedad con que se obstinan en perpetuar un tiempo largo y lento, abolido en todos los relojes. ¿Qué piensa usted?

—Yo—dice el amigo Irisarre—ya sabe usted lo que pienso. Yo era romántico en esa ciudad que ya no existe, cuando era contemporáneo de esos muros caídos. Pero ahora soy contemporáneo de esos carteles. Me he desengañado de todas las bellas teorías sobre el carácter generoso del arte. Soy ahora un convencido de la virtud dignificadora del precio. Creo que un arte sin precio es un arte sin valor. El precio atempera, justifica y ennoblece, lo que sin él se con-

vierte en un mero afán de vanagloria y de exhibición. Yo hace ya mucho tiempo que, en secreto, pero eficazmente, planté mi cartel rojo: yo he hecho ya la huelga de los poetas. Soy un proletario individualista. Me reúno con artesanos. Trabajo las ocho horas. Descanso los domingos. He puesto contador a mi cerebro y me he vedado la limosna. Y ahora, querido amigo, voy a acostarme, porque vivo bajo la dictadura del despertador. Haga usted también su huelga de poeta. Es mejor que la cura de aire.

OTRA LECCIÓN DE PERIODISMO

XII



N la redacción, *Don Criterio*, el director, está aquel día de malísimo genio. Con un número del periódico en la mano—no se le concibe sin este trofeo—sale de su aposento directorial y asoma por la redacción su faz barbuda de Vulcano, que, como de Medusa, más bien, pone pavor en el ánimo de sus redactores, no bien se inscribe en el marco de su puerta. *Don Criterio* avanza, hosco y ceñudo, por la sala de redacción, donde unas cuantas cabezas encorvadas sobre la mesa de trabajo parecen, cercenadas, rendir pleitesía a su enojo. *Don Criterio* lleva en la mano el periódico, recién salido de las máquinas, tierno y maleable como un gran pan tierno o quizá como un pañizuelo que, nostálgico de llevarlo en las sienes—*Don Criterio* es baturro—, lo lleva en las manos. Al llegar al centro de la sala, el director se detiene y, arqueando las piernas—compás insignificante que no marca ningún grado de latitud en el mapa del suelo,

ni menos en la esfera terrestre—, exclama, encarándose con el redactor-jefe, un hombre grave y mortecino, como conviene al secretario de un hombre colérico, el más a propósito para aplacarle en su actitud de eterna víctima.

—¡Pero ésto es ya demasiado!—exclama—. ¡Entre todos se han propuesto destruirme el periódico, acabar con la obra de mis sudores!

El redactor-jefe le mira con sus ojos compungidos y contritos, asociándose tácitamente a su indignación, firmándola en blanco, desde luego. *Don Criterio* prosigue:

—Sí; se han propuesto acabar con el periódico. ¿No se ha fijado usted en el número?

El redactor-jefe le mira con sus ojos interrogantes y compungidos.

—Pues, mire usted: ha salido un número que da grima. En primer lugar, se nos ha escapado una noticia: ese muerto de las afueras. ¡A ver! ¿Quién está encargado de los sucesos, por la noche?

Sobre la mesa de redacción yérguese una cabeza asustada. El *repórter* balbucea:

—Es que se trata de un suicidio. Y usted tiene dicho que no se publiquen los suicidios, porque es hacer propaganda inmoral.

Efectivamente, *Don Criterio* ha suprimido en su periódico los suicidios y las penas de muerte, negándoles una publicidad que juzga pecaminosa y de mal gusto. *Don Criterio*, que tiene asegurada varias ve-

ces la vida, no comprende que nadie se suicide. En cuanto a las ejecuciones capitales, su relato resultaría contraproducente, ya que en los últimos instantes los más feroces malhechores tan sólo inspiran compasión. Pero el director sería hoy capaz de desautorizarse a sí mismo.

—Yo—replica—he establecido ese criterio. Pero como criterio, ¿entiende? La noticia es antes que todo, y no hay por qué suprimirla. Un periódico vive de la noticia. Si era un suicidio, pudo usted darlo como un accidente, o en sentido dubitativo. Todo depende del título: *Muerte misteriosa* o *¿Accidente o suicidio?* De ese modo no se quedaba el público sin su cadáver y nosotros no violábamos nuestro criterio. Siempre hay medio de arreglar las cosas. Lo que pasa es que no sois periodistas.

Y usted—agrega, encarándose con el otro *repórter*, con el *repórter* mayor, el encargado del suceso grande, el que roe el hueso más pingüe del periodismo: el cadáver de la mujer degollada o del niño apuñalado por la madrastra—. Y usted, ¿por qué no dió más extensión al crimen de ayer? Media columna; nada más que media columna...

El *repórter* mayor alza la cabeza y se disculpa a su vez. Es un hombre ya entrado en años, muy bueno y plácido, que, con la edad, ha ido cobrando miedo a los cadáveres y a la perversidad de los delincuentes, al mismo tiempo que, harto de ver horrores, ya ha perdido la medida hiperbólica del asombro. El

pobre hombre está cansado ya de adornar crímenes y aderezar biografías de criminales, y su estilo criminalista, demasiado trabajado ya y demasiado hecho, tiende a ese laconismo que es el coronamiento de toda madurez literaria. Muy apurado, se disculpa:

—Verá usted: es que se trata de un crimen sin importancia. Un individuo que ha matado a su amante. Es un crimen vulgar sin el menor misterio. El asesino, consumado su crimen, se entregó él mismo a la Policía. Es un crimen que podía sintetizarse en dos líneas...

—¡Que podía sintetizarse! ¿Pero usted se cree que la misión del periodista consiste en sintetizar? ¿No sabe usted que, por el contrario, estriba en ampliar las cosas? ¿Por qué no se extendió usted en algunas consideraciones morales, por qué no describió con más detenimiento el lugar del suceso, la historia de las víctimas?... Eso es no entender el periodismo. En Londres, con un suceso como ese, hubieran hecho una plana. Pero aquí no hay periodistas...

El *repórter* mayor balbucea en su defensa el argumento supremo:

—Es que como el crimen ocurrió en una casa de mal vivir, y los protagonistas estaban amancebados... y usted nos tiene dicho que no incurramos en lo escabroso...

El argumento contiene un tanto el ímpetu del director. Es verdad que tiene recomendada moralidad absoluta a sus redactores. Aunque él sea un espíritu

libre, quiere hacer un periódico para las familias, sobre todo para la suya, y tiembla ante la idea de que su esposa o alguna de sus hijas pueda leer en sus páginas alguna palabra atrevida, de esas que sugieren interrogaciones peligrosas. Sin embargo, replica:

—Sí, es verdad que tengo recomendado huir de lo escabroso. Pero todo depende de como se digan las cosas. Pudo usted referir el suceso sin localizarlo, sin decir dónde ocurrió... pero insistir más... adornar un poco la cosa, ¿entiende? Criterio, tener en cuenta que el periódico tiene ocho páginas y que ha de tener veinticuatro... ¡Ah! ¡Estoy yo sólo para hacer periódico!

Pausa bonacible. Pero de nuevo *Don Criterio* se enfurece:

—¡Ah! Pero esto es ya demasiado. A ver, oígame usted—se encara con el *repórter* menor—; ¿le parece a usted bien tomar a broma los sucesos? ¿Cree usted que está bien burlarse de ese hombre que se cayó en una zanja y decir que no la vió a pesar de que iba bien alumbrado? ¿No comprende usted que ese hombre no leerá más nuestro periódico? ¿Le gustaría a usted que le gastasen esa broma si fuese víctima de un accidente análogo?

El *repórter* menor se disculpa:

—Es que como usted nos ha dicho que hagamos los sucesos con amenidad... pues se me ocurrió hacer ese chiste, inocente, después de todo...

—¡Inocente! ¿Le parece a usted inocente? ¡Ah!

¿En qué país bárbaro vivimos? ¿Les parece inocente insultar a un pobre hombre que dió una caída que pudo ser mortal? ¡Ah! No es posible. ¡Tendré que escribirme el periódico yo sólo!—Pausa.—¡Ah! ¿Pero y ésto?

A cada alarido del director, los redactores se estremecen por turno. Ahora es el Poeta el que tiembla. El director se ha fijado en su artículo literario.

—¿Está bien ésto? Dedicar dos columnas a hablar de un libro. ¡Dos columnas! ¿Pero es que no había noticias? ¿Es que no ocurrieron ayer más sucesos? Dos columnas de literatura. ¡Y en ese estilo! —Encaramándose con el Poeta: —Le ruego a usted no emplee ese estilo tan libre. Aquí habla usted de *La maja desnuda*. ¿No comprende usted que eso puede alarmar a las familias? ¡Ah! ¡Entre todos matan el periódico!...

El Poeta le mira con ojos de indecible asombro. Todo aquello le parece inverosímil. ¡Esos pudores en un periódico que publica anuncios de enfermedades secretas, esos anuncios tan pintorescos y lascivos que sugieren la imagen de una Venus cubierta de úlceras! Va a hablar acaso, pero ya el director ha lanzado otro alarido. Ahora se encara con el redactor necrólogo, el encargado de lamentar la muerte de los honrados industriales, cuyas familias pagan esquela de defunción, y que en esa consagración póstuma, resultan amigos entrañables del periódico. El *repórter* necrólogo es también redactor deportivo, y con

la misma pluma con que salpica de lágrimas de tinta las tumbas de esos cadáveres generosos, describe las excelencias de una marca de automóvil o la esplendidez del *lunch* servido a los periodistas en la reunión anual de los pescadores de caña. Es el redactor más elegante y viste siempre de claro, con una especie de alarde, como si quisiese disimular que es, en uno de sus aspectos, prolongación de las empresas de pompas fúnebres, cuyos confortables enterramientos elogia según tarifa administrativa. Como no percibe comisión por aquellos responsos, siente un gran desprecio por los cadáveres anónimos de las esquelas y los colma de insultos, mientras expresa el pésame del periódico a las «acongojadas familias». Él quisiera reservarse para los cadáveres verdaderamente ilustres, cuya biografía se encuentra en las enciclopedias y con los cuales puede alternarse sin desdoro, midiendo su talla póstuma y expresando un duelo nacional. Precisamente por eso le apostrofa *Don Criterio*:

—Mire—le dice—: Le dedica usted hoy una columna a ese gran hombre que nadie conoce, y, en cambio, no consagra usted ni una línea a este amigo nuestro, cuya familia nos ha enviado la esquela. Esto es intolerable.

—Es que—se disculpa el necrólogo deportivo—ese hombre era un sabio, una gloria nacional; todos los periódicos le dedican sendas columnas...

—Sí, será todo lo que usted quiera, aunque yo

puedo asegurarle que no lo había oído nombrar en mi vida. Pero, en fin, el caso es que su familia no nos ha enviado la esquela. En cambio, este otro, ya lo ve usted: una esquela del modelo número 3, esquela de general o de grande de España.

— Es que los sabios, ya es notorio, siempre mueren pobres y no dejan para esquelas...

—¡Pues por ahí puede usted ver lo sabios que serán—exclama indignado *Don Criterio*—. ¿Puede llamarse sabio a un hombre que no deja para esquelas? ¿Qué sabiduría puede ser la suya? Una sabiduría inútil, nefasta, perjudicial. Un sabio que muere pobre no merece más que el desprecio. Pero no: en este país, se le levanta todavía una estatua. Mire: en adelante no vuelva usted a hablar más de ningún difunto que no pague esquela. Criterio; el periódico no los conoce; salvo, naturalmente, si son políticos o toreros. ¿No ve usted? Así, con ese criterio suyo, nos estamos quedando sin un muerto...

Y el director señala a la plana de las esquelas, tan poblada en otro tiempo de cruces, como un camposanto, y en la que ahora sólo se ven algunos raros muertos, como en esas playas apacibles donde el naufragio no es muy frecuente. *Don Criterio* hace un gesto de desaliento y suspira:

—¡Vea usted qué soledad! ¡Qué pocos muertos! ¡Por Dios, cuídeme usted esta plana!

Pero de pronto lanza otro alarido:

—¿Adónde está el maquinista? ¡Esto es un es-

cándalo! ¡Este periódico no pega! ¡No le dan bastante engrudo! Que suba el maquinista.

Inmediatamente avisan al maquinista, que sube al punto, acudiendo a aquella llamada ya frecuente y trivial. Es un hombre bajo, regordete y risueño. Y tan plácido que toda pólvora se apagaría en la saliva de su sonrisa. El director le fusila a bocajarro con sus recriminaciones; pero él resiste impasible y surge intacto después de cada salva, invulnerable. Se le nota que condesciende con aquella cólera como con una flaqueza de burgués, que no la teme ni le da importancia. Entre aquellos redactores que tiemblan, él no mueve ni un músculo. Él sabe que está amparado por todo un gremio, y que su despido, por falta de engrudo, sería la señal de una huelga inmediata. Sonriendo da sus explicaciones técnicas, que el otro no comprende, pero no puede refutar. Se ve que la máquina es del obrero, que él sólo conoce sus secretos y que puede esgrimirla a su antojo como argumento y como arma. *Don Criterio*, comprendiendo la inutilidad de su cólera, ante aquella jovialidad insumergible, concluye por rogar:

—¡Bueno, bueno, pues haga usted porque peguen mejor las hojas. ¡No me regatee usted el engrudo!

—Descuide usted—responde el otro, generoso, y se va prometiéndole cebarlo con engrudo.

El director, despechado, se retira también a su labor, señalando con un portazo formidable el reguero ya mortecino de su cólera. Los redactores levan-

tan tímidamente las cabezas que parecían cercenadas. Uno a otro se preguntan:

—¿Pero qué le pasa hoy?

Uno, dice:

—Perdería anoche en el juego.

Otro:

—Le habrá hecho traición su querida.

Los *repórters* se avergüenzan de no conocer las causas de aquel suceso y aventuran hipótesis. Pero el redactor-jefe, el único que no ha escuchado ningún reproche, porque su cara contrita parece ya agobiada por el pesar de todas las culpas ajenas—tal la de un Cristo enlutado—acércase con pasos quedos a la mesa y dice:

—No, no es nada de eso. Es que los cajistas han presentado una nueva petición de aumento de jornal, y con ello dificultan la publicación del periódico de 24 páginas.

—Y él, ¿qué les ha contestado?

— Que lo pensará; pero tendrá que ceder, porque si no, irán a la huelga y sería peor. Dentro de un rato subirá una Comisión a verle. Pero ya creo que están ahí.

En efecto, se oye un portazo y rumor de pisadas en la fortaleza directorial. A poco aparece otra vez el director en la sala, con su actitud tonante. Detrás de él asoman, medio ocultos por sus anchas espaldas, los obreros de la Comisión. Visten las blusas del trabajo y están tiznados y sucios, caminando en el re-

guero de agua colonia que deja *Don Criterio*, el cual viste su magnífica bata con charreteras—grotesco general de ese Estado Mayor ideado por los bazares de ropas hechas—. El director invoca ahora el asentimiento de los redactores, a los que acaba de lacerar con el knut de sus palabras.

—¿Qué les parece a ustedes?—exclama—. Nuevas exigencias. Quieren imposibilitar el que se hagan periódicos. Ganan ya más que ustedes, y todavía no están satisfechos. ¿Qué les parece?

Los redactores no responden; pero con sus ojos parecen compartir su escándalo. Los obreros, inmutables, le oyen en silencio.

—Es acuerdo del gremio—dice uno.

—¡La vida está muy cara!—agrega otro.

Y no dicen más. Sólo quieren saber qué responde a sus bases. Él les pide un plazo, que ellos le conceden. Luego pretende envolverlos, abusar de su ignorancia, atraerlos a una discusión. ¿No es absurdo que cobren más que un redactor, al que la vida impone más exigencias y que ha hecho estudios especiales? Y alega los eternos argumentos: la casa, la tirilla blanca, esa tirilla blanca de la clase media, delatada, gloriosa como una vía láctea social. Los obreros callan. Luego el director se extiende en indignaciones e increpaciones; habla de escribir artículos, de hacer una campaña... Los obreros guardan silencio. Hasta parecen indicar con sus semblantes pesarosos que deploran lo que ocurre, que son víctimas de la ma-

yoría. Y son más finos, más delicados, más representativos del pensamiento en sus blusas azules y tiznadas como un eterno día de primavera laboriosa que aquel hombre basto y corpulento, en cuyas manos la pluma parece un trofeo extraño y que amenaza y grita como si tomara en serio las charreteras de su bata.

—¿Qué pensarán—dícese el Poeta—bajo esa máscara de tizne que tan oportuna les cubre? ¿Son sinceros al mostrar esa expresión, o es que juzgan inútil discutir? Son evangélicos al parecer, pero su verdadero sentir es un misterio. El caso es que resisten, y con un sentido admirable de la medida y de lo oportuno. Y que los poderes se les rinden. En cambio, esos hombres que tienen el cerebro—el cerebro que estos otros parecen haber abdicado—, ahí están, escuchando su valoración inferior de labios del patrono y no protestan ni se estremecen de otra cosa que de miedo. ¿Vanidad o cobardía? ¿Por qué no se unen también ellos? ¡Ah! La resignación de la clase media está sostenida por el miedo a adoptar ese nombre severo, humilde y desesperado de proletario, a alistarse bajo esa bandera negra, que no admite ningún adorno, sino el rojo de la sangre...

Los comisionados se retiran y el director vuélvese otra vez a su cuarto, cerrando con estruendo la puerta, como si en ella quemase siempre el último cohete de su cólera. Pero al quedarse solos los redactores, el Poeta los ve por primera vez preocupados y serios,

y advierte en sus semblantes un ceño socialista. Seguramente ahora, si se declarase la huelga de cajistas y vendedores, no irían ellos a vocear por las calles, como en otra ocasión, un periódico hecho por obreros militarizados. Parece ahora como si por primera vez se hubiesen enterado de que un obrero de abajo, del infierno de calor y tizne de las rotativas, gana más que ellos, que manejan plumas casi literarias en un piso alto como un olimpo, y que ese descubrimiento les abochorna. Unos a otros míranse con recelo todavía, con timidez, pero con un gran anhelo de pronunciar la palabra unánime que ha de unirlos y redimirlos. Nada se han dicho; pero esa palabra ha brillado en todos los ojos, y el Poeta ha creído leer en esa palabra tácita todo un lema de reivindicaciones futuras y ver en esos ojos un destello del sol de Germinal. Y recordando su conversación con el poeta viejo, murmura para sí:

—Acaso un día será verdad ese tópico del hermano cajista que tantas veces hemos empleado; acaso un día esa fraternidad será sellada con un pacto de riesgo común. La vida está cara—como dijo ese obrero—, tan cara que ya va borrando diferencias sociales, en otro tiempo consagradas por la más fácil adquisición de una presea. En esta inundación de la miseria, sólo las cumbres muy altas pueden conservar, enjutas, su altivez; pero las otras se igualan con el llano. Y la miseria universal puede prestar gestos huraños y demagógicos a las caras más plácidas.

EL CANTO RECOBRADO

XIII



NDA, levántate, oye cómo ya suena de nuevo la campana de los trabajadores—dícele la hermana al Poeta, reacio como siempre para abandonar el lecho, en que su alma dolorida reposa como en un sepulcro más benigno. El Poeta esta vez se incorpora en seguida y pone la cabeza de perfil para escuchar bien al ruiseñor mecánico, brindando a su canto pacífico y laborioso su oído sonrosado como una concha de la ribera de la infancia. Y extático y silencioso permanece, mientras la campana de la fábrica lanza sus vibraciones monótonas de pájaro artificial, embebecido oyendo aquel canto sencillo como si escuchase el repique glorioso y etéreo de unas campanas de Pascua. Porque aquella campana humilde y tosca que vibra allá abajo entre las nieblas del río, por vez primera, después de tanto tiempo, en la fábrica tanto tiempo cerrada, le une en solidaridad tácita y conmovedora, a él, Poeta, creador de una obra juzgada inútil con los obreros, cuya labor hace

vivir al mundo. Recoge el Poeta en sus oídos las notas todas de aquel canto llano, y cuando éste termina, pregunta a la hermana.

—¿Pero terminó la huelga? ¿Triunfaron los obreros?

—Sí—responde la hermana—. Concediéronles lo que les pedían. Cedieron los patronos. Andrea está muy contenta; con el aumento de jornal piensa comprarle al marido un pellico nuevo este invierno.

El Poeta sonríe. Aunque él no aventurase ninguna victoria en aquella lucha, aunque los obreros no sean en realidad sus hermanos, se alegra de su triunfo, por lo que representa de tenacidad y de fe en la utilidad de su labor, por lo que representa de dignidad espiritual; porque aquella campana, aquel ruiseñor mecánico, tuvo el valor de negar un día su canto al mundo, sometióse al juicio de los que tasan las cosas en las balanzas de la utilidad y aguardó, en silencio, como una hora evadida de los relojes, como una hora excepcional declarada en huelga en los aventinos del tiempo. Y los hombres supieron estimar la necesidad de su canto, comprendieron que no podían prescindir de él. Y ahora el ruiseñor proletario canta de nuevo, con mayor dignidad que antes, y sus sordos y monótonos trinos representan una armonía más suntuosa que los gorgeos exquisitos y espontáneos de los ruiseñores líricos que cantan en los claros de luna y en las rimas de los poetas. Ahora esas humildes campanadas, indicio de un trabajo estimado, pura flor de arte con que ese trabajo útil se corona,

vibran con más arrogancia y altivez que esas armonías complicadas que nadie pide ni recompensa.

La hermana, que lo ve así ensimismado, le pregunta:

—¿En qué piensas? Seguramente ya estarás poetizando ese triunfo que no es tuyo.

—Sí—responde él—, me emociona esa campana que vuelve a sonar después de tanto tiempo y que más digna que las liras y los órganos de los poetas, tuvo el valor de callarse un día y aguardar. Ahora canta como laureada en un certamen.

—Trabajo costó su triunfo. Al pie de esa campana silenciosa, los obreros se expusieron más de una vez al empuje de los caballos de los civiles, para impedir la entrada en la fábrica de los esquiroles. Y las mujeres también les acompañaban, vestidas de encarnado o de luto, como banderas rojas y negras.

—Defenderían el derecho a tocar ellos solos esa campana-lira, órgano del trabajo. Al fin todo se resume en una cosa lírica. Los esquiroles querían tocar el esquilón sagrado del trabajo, y los obreros recababan para sí solos el derecho de pulsar esa lira. Las luchas que parecen más mezquinas, son así; después de todo, luchas por el ideal...

—Sí, tú todo lo poetizas. Pero lo cierto es que ya los obreros piden demasiado. Y las cosas encarecen como en una plaza sitiada. ¡Dentro de poco, ya será un lujo demasiado caro el tener una asistenta que, desdeñosa de sus manos bastas, alivie a una mujer

fina del escrúpulo de manchar sus manos en ciertas faenas!

El Poeta mira a la hermana con una fijeza iluminada, y le dice:

—¡Oh hermana! ¡No hables así! Por mucho que se retribuyan ciertos actos serviles, siempre quedará algo que representará una ofrenda impagable. Porque en cada servicio, aparte el hecho útil, hay la intención, el límite en que ese acto se convierte en poesía y participa de la condición artística. Eso no podrá pagarse nunca, así como en el acto poético hay una parte accesoria que representa una donación remunerable. Cuando esa mujer a que te refieres, enferma tú, te asistía en el lecho supliendo a una madre, su acto servil se elevaba sobre toda remuneración. Y cuando, demasiado complaciente y agasajadora, se arrodillaba en el suelo para abrocharme las botas—ya sabes que yo me resistía a aceptar ese lujo asiático—asumía también la belleza y el valor de un cuadro antiguo. Por eso no hay que extrañar que los que sirven, formulen sus reivindicaciones. Aunque, bien pensado, nos extraña por lo que sus actos tienen de artísticos, de impagables, por lo que las criaturas serviles mismas tienen de poetas. Y por eso mismo, no deberíamos extrañar tampoco que los poetas enarbolasen su bandera roja o negra de reclamación social.

Porque, a pesar de ello y a pesar de obtener la remuneración por lo que su acto lírico tiene de fatiga y de acto material—ya que se vale de materia y este

residuo valorable se encuentra siempre entre las cenizas del ave divina—, siempre harán a la humanidad una ofrenda impagable, siempre serán generosos...

—Sí; pero hasta ahora los poetas no logran esa remuneración. Y tú, ya lo sabes, eres estimado en menos que un obrero.

—Sí, porque hasta ahora, los poetas y el mundo están dominados por la superstición de lo tradicional. El obrero, cuya imagen moderna procede de la estatua clásica del esclavo, lucha con obstáculos para imponer sus reivindicaciones, porque los ojos seducidos por la belleza antigua, se obstinan en ver en su rebeldía una violación de los cánones clásicos. Y en cuanto al poeta, descendiente de los antiguos bardos, representó siempre la dádiva incondicional y aventurada y el mundo se resiste a imaginarlos percibiendo un óbolo. ¿No se les ha llegado a comparar con el pelícano que se desgarra las entrañas para alimentar a los suyos? Ciertas imágenes son muy peligrosas, pues por su misma belleza se imponen como dogmas: ¡iconos bellos y despiadados!

—Sí, sí; tú todo lo legitimas. Pero mientras los demás, aún humildes, prosperan, tu pobreza es cada día mayor.

—Es verdad. Pero ¿qué culpa tiene nadie de que yo pertenezca a una falange que nunca, hasta ahora, osó en esgrimir sus espadas de otro modo que como rayos arcangélicos? La campana de los poetas canta siempre y ni un solo día se resigna al silencio. Y los

hombres se acostumbran ya a su sonido y la estiman en menos que a un esquilón de barro. En cambio esa campana de la fábrica que hoy canta por primera vez después de tanto tiempo en su silencio digno, ha adquirido un timbre de oro... Pero ¿quién sabe si alguna vez también las liras enmudecerán avaras o, al menos, ese grito que matinal y crepuscular hiere cada día, múltiple, el aire de la población?

—¿Una huelga de periodistas?

—Sí. Es muy posible. Veo ya en torno a mí ceños proletarios. ¿Quién sabe si un día también ese grito que ya constituye como el timbre de otra hora en los cuadrantes, dejará de herir la carne amoratada y fina de los crepúsculos?

La hermana, no obstante el ceño demagógico que a veces frunce su frente, asústase ahora ante las palabras del hermano. Imagínalo ya bajo los caballos de los civiles, se ve a sí misma acompañándolo también como una bandera negra, y siente miedo. Y al mismo tiempo tiene la intuición de que aquello es decaer. Y arguye al Poeta:

—¿Pero te atreverías tú también a declararte en huelga como los proletarios? ¿Irías a la Casa del Pueblo? ¿Te convertirías al fin en un obrero?

El Poeta le responde muy sosegado:

—¿Por qué no? ¿No hago yo en una oficina, todo el día, una labor útil? Una labor más dura que muchas otras, puesto que, esclavo del gesto ajeno, evangelista anónimo de las acciones de los demás, operador

del cinema incansable de la vida, ni siquiera disfruto del domingo plácido del panadero endomingado, que un día, al menos, prende en su traje flamante la hierbecilla en flor de las afueras. Yo ni siquiera tengo ese domingo, y hasta ese cromo barato es un adorno vedado a las paredes de mi vida.

Calla la hermana, pero en su interior suspira, recordando su pena los domingos, cuando, en el esplendor de la tarde, ve cruzar al Poeta, por entre los grupos festivos, camino de la redacción, en espera del crimen del domingo.

—Ya ves, ese día esclavo, como siempre, de la noticia, más esclavo que nunca, porque el domingo llega a las redacciones la noticia más oronda y pingüe, dominicalmente ataviada, ya que el domingo es el día de los aplechs en las montañas, de las romerías a las ermitas, de esas romerías que terminan en luchas campales y ensangrentadas, de los mitins políticos y de las manifestaciones sociales. Y nosotros, ese día, semejantes a cazadores de la liebre gorda del suceso, permanecemos en acecho al pie de los teléfonos, atados a esos hilos, a cuyo extremo hay una mujer joven, hermosa y triste, enredada también en ellos, y a la que algún día habrá que libertar, sin duda, como a las que se agitan con tanta agilidad en los escenarios teatrales—más atadas todavía a pesar de sus saltos, ya que dan a los demás el domingo que no tienen—, porque el domingo ha de ser una cosa como el pan, de la que han de participar todos. Pues

bien, nosotros aún no tenemos ese domingo, porque, esclavos del suceso, ópimo ese día, aguardamos con avidez para envolverlo en nuestro papel impreso, el cadáver, siempre joven, del torero corneado en la plaza, o el de la amante asesinada por un novio insatisfecho—tierno cadáver envuelto en una panoja de pobre ropa blanca—. Nosotros aún tenemos que conquistar el domingo... Ya ves si no sería natural que nos declarásemos en huelga...

Tiembla la hermana al oirle hablar así y se arrepiente de haber excitado alguna vez su despecho. ¿No tendrá ella la culpa de aquella amargura? E insinúa:

—Pero entonces, ¿serías tú como un obrero?

Y parece despedir un ensueño desvanecido, tal esa sonrisa borrada en un retrato. Pero el Poeta replica muy sereno:

—¿No lo soy ya, puesto que vendo mi espíritu por un salario... e insuficiente? Sí; en ese concepto, soy un obrero, lleno su talla, más bien, la colmo: puesto que hasta soy estimado en un valor inferior al suyo, en los mercados del trabajo. Pero en otro sentido, no temas que yo me confunda nunca con los proletarios; más bien se confundirían los patronos. Si yo pudiera correr el peligro de confundirme con los proletarios, ¿de qué me serviría haber frecuentado el trato de los dioses y las musas, y haber llenado de claridad mi frente inclinada sobre el mármol de esas efigies luminosas? No, nunca, hermana, podría yo ser

confundido con un proletario ni tú con una furia demagógica. A falta de otro signo visible y suntuoso, tenemos la finura imborrable de nuestra alma, pronto presentida de esos finos sabuesos.

Calla la hermana momentáneamente, convencida. Y, como en sueños dice—tan remoto es el recuerdo—: Una vez, siendo muy joven, unos obreros, al cruzar los arrabales, me afrentaron, porque llevaba en las manos el devocionario. ¡Y no sé qué dijeron de los frailes y de mí!

Y el Poeta salmodia:

—Más de una vez, los albañiles que almuerzan en el arroyo, se burlaron de mis melenas... Pero ¿eso qué importa? En tales casos, ellos no hacían más que repetir, inconscientes, las palabras que les había dictado algunos de mis colegas, es decir, un intelectual, puesto que reproducían la letra de los periódicos librepensadores o satíricos. Yo puedo jurarte, hermana mía, que las veces que he sentido humillada mi dignidad de poeta o de hombre, el insulto ha partido de esos terribles proletarios del pensamiento que se llaman intelectuales, para poder, sin duda, hacer befa de la inteligencia como de cosa sometida. Y en este barrio populoso, tú lo ves, nadie todavía nos ha negado esa deferencia debida al pensamiento. Y a ti, hermana de un poeta, te hablan con respeto las mujeres de los artesanos.

—Es verdad—suspira la hermana—. Y ambos permanecen en silencio.

En aquel instante llaman a la puerta. Es la asistenta que llega acompañada del marido que va al trabajo otra vez, después de almorzar. El ingenuo rústico camina cogido a su mujer, no ya bandera negra, sino estandarte de triunfo. Y la mujer le cobija ampliamente con sus sayas. A todas partes va con ella, niño y no demasiado grande, pues conserva una estatura casi pueril. La mujer dice:

—Ya se va éste al trabajo. Ahora arreglaré las cosas.

—¿Con que ganaron ustedes la huelga?—le dice el Poeta gratulatorio.

—Sí—responde el rústico amasando, eterna torta, su gorra—. Ganamos, sí, señor.

Habla como un soldado ínfimo, ignorante de la mecánica de la victoria. Agrega:

—¡Gracias a Dios que ya se acabó la huelga! Si dura más, me vuelvo al pueblo. Entre unos y otros no le dejan a uno vivir.

¡Alma ingenua! Ha ido a la lucha obligado por la necesidad, porque la vida es muy dura y las hadas maternas del mundo rehusan ya sus senos. ¡Lo mismo el Poeta, sintiéndolo, deplorándolo y casi avergonzándose, pronuncia ya palabras de guerra! El uno querría volverse al campo, el otro a la poesía pura, como a algo fundamentalmente ubérrimo y generoso. Pero ya no es posible. La lira va a rehusar su canto como esa campana laboriosa, callada tanto tiempo. En realidad ya el Poeta apenas pulsa ese trofeo ale-

górico y sólo ejercita su profesión de proletario desencantado. Mañana, ¡quién sabe! Artesano y Poeta encamínanse a su labor, y hasta en esto lleva la peor parte el Poeta. Porque el proletario recorrerá un itinerario pintoresco hasta llegar a su horno, se hundirá en ese cuadro pastoril que se ve desde los balcones. Pasará junto al río y bajo árboles. La hermana le dice:

—A ver si trae usted esta tarde hojas de eucaliptos para hacer el cocimiento.

Mientras estuvo en la huelga no pudo traerlas; pero ahora las traerá, traerá esas hojas con las que la hermana hace un cocimiento para la tos del Poeta.

—Sí, sí, señora—dice—; no se me olvidará. ¡Ya lo creo!

—¡Tierna ofrenda impagable del proletario al Poeta que asegura, pese a todo, la eterna generosidad de la vida!

XIV



Es *La Ofrenda* la revista literaria en que publican sus versos espontáneos y generosos los poetas de diván. Cada mes aparece un número de la revista destinado a agostarse, prematuramente otoñal, ofrenda de nadie agradecida en el frío clima de la indiferencia. ¡Ofrenda desdeñada tan unánimemente que casi es lícito dudar de que sea una ofrenda! Su director y fundador es el amigo Lucas, un hombre sencillo y entusiasta que tiene una imprenta, y cuyo romanticismo nativo, falto de mejor empleo, manifiéstase en esa forma literaria. Fué en sus tiempos juveniles un paladín revolucionario; pero se desencantó bien pronto del radicalismo político, desilusionado de las ruindades que vió, con un asombro que aún perdura en su rostro pasmado. Retiróse de la política, encerróse en su casa y proclamóse Individuo. Pero la facultad solidaria que había en él, el ansia de dádiva que había en su alma sencilla y generosa, adoptó esta forma inocente de la

ofrenda lírica. Al principio redactaban aquella revista entre él y los cajistas de su imprenta; llenábanla con aforismos y máximas de moral avanzada, copiados de los evangelios radicales, y a veces añadían algunas líneas de su propia inventiva, poesías con aire de copla, cuentos elementales con aspecto de suceso periodístico. Más tarde, el director, ambicioso de prez literaria, solicitó la ayuda del Poeta y éste le granjeó la colaboración de sus amigos. Entonces adquirió la revista un aire más literario, pero también más presuntuoso, sin perder no obstante del todo su intimidad humildosa de cuna lírica. El amigo Lucas—que así se llama su director—lleva todos los meses al Poeta el número de *La Ofrenda*, justificando con la aportación real su título, ávido de escuchar un elogio, que es la única palma de aquel esfuerzo casi anónimo. Repasan ambos juntos las páginas, pañales de tanta inspiración juvenil, e inclinados sobre ellas comentan, paternales, sus eventuales bellezas. Y de las hojas tiernas y simpáticas llega hasta ellos un fresco vaho de puericia que orea sus almas.

Aquel mes la revista parece menguar en las manos del Poeta, que exclama atónito:

—¡Pero *La Ofrenda* está ahora en una fase adversa como la luna!

El amigo Lucas le explica:

—Es que el papel está ahora muy caro y me he visto obligado a reducir el tamaño de la revista. Muy caro, amigo mío. Los demás periódicos han reducido

también sus dimensiones, ¿no lo ha notado usted? Y eso que el Gobierno, como usted sabe, les ha concedido el anticipo reintegrable. Pero para nosotros no ha habido anticipo. ¡Como *La Ofrenda* es una revista puramente literaria! ¡Y no tenemos influencia! Aunque ya me conoce usted y sabe que nunca hubiera aceptado esa ayuda inmoral. Yo quiero que *La Ofrenda* sea una revista pura.

—¡Es verdad!—contesta el Poeta—. De suerte que *La Ofrenda* reduce sus páginas y se muestra en menguante. ¡Metamorfosis lunar! ¡Menos mal si ha de seguir un plenilunio!—y repasa dolido aquellas páginas que parecen encogerse en sus manos.

El amigo Lucas, un hombre inefable que parece un lego del templo de la poesía, asistido del fervor y de la humildad de los legos, ya que él apenas si enciende una candelilla en aquellas fiestas líricas, firmando algunas líneas en el lugar más discreto, salvo, es verdad, que su nombre campea en la gran lápida de la portada, sigue lamentándose con el Poeta, como si deplorase la poca suerte de su hijo.

—La revista—dice—no tiene éxito. No se lee apenas. Yo la sostengo a expensas de privaciones. En ella se me va cuanto gano con la imprenta. Es como un lujo mío, como un vicio más bien: pues está hecha con la ropita que no le compro a mi hija, con la falda nueva de que mi mujer se priva, con el pastel que no pongo en la mesa. Yo ya sabe usted que soy frugal por temperamento: pero aún lo soy más desde

que tengo la revista. Esta es como mi bolsillo roto. Me privo de todo por ella. Pero ni aun así la puedo sostener. Se me van agotando los recursos... y el entusiasmo.

—¿El entusiasmo también, amigo Lucas?

—¡También, amigo mío! ¡Usted no sabe, o mejor dicho, sí ha de saber lo que son los poetas! Antes, cuando hacíamos la revista entre nosotros, los cajistas y yo, la hacíamos de cualquier manera, es verdad, pero la hacíamos, y la revista circulaba y la leían nuestros amigos, los hombres de ideas avanzadas—y el impresor hace un gesto vago señalando el triángulo bajo el que su última voluntad de hacer bien se cobija—y nos felicitaban porque hacíamos una labor útil. Pero desde que los poetas empezaron a venir a la imprenta y a interesarse, al parecer, por la revista, nos impusieron una verdadera tiranía. Nos miraban desdeñosamente, como si fuéramos sus inferiores, buenos no más para dar forma con el metal a sus ideas, como criados de sus musas o palafreneros de sus pegasos.

Luego, usted lo sabe tan bien como yo, ya no se contentaron con la forma que tenía entonces la revista, sino que empezaron a formular exigencias de una suntuosidad en la que yo agotaba todos los corondeles, cabezas y remates que tenía en las cajas. Querían que sus versos se ofreciesen al público ataviados y pulidos con todo el lujo de los cajetines. Pedían que aumentase también las páginas, para que su colaboración pudiera ser más numerosa y prolija. Y final-

mente sugirieron la idea de publicar retratos para que sus efigies fuesen conocidas del público y sedujesen a los ojos demasiado atareados para fijarse en los versos.

Y yo cedía a todo, porque, efectivamente, la revista salía mejor presentada y yo esperaba que agradaría más a mis amigos y que hasta en el público hallaría más aceptación, hecha por poetas, que no redactada a prisa por las manos tiznadas y torpes de unos pobres obreros. Pero debo confesarle que no ha sido así. Nuestros compañeros han dejado de leerla, porque dicen que no les interesan esos versos puramente personales en que los poetas lloran desastres pueriles de amor o mala ventura, cuando la humaninad atraviesa una era nefasta y una guerra tremenda ensangrienta el mundo y se ven signos de desgracia que nunca se habían visto, más espantosos que los antiguos cometas. Y el público tampoco lee la revista, porque sin duda opina como nuestros amigos y reserva sus ojos, no para ver retratos de poetas, sino caras de héroes.

—Pero usted—interrumpe el Poeta—, usted sentía la belleza, se rendía a la suntuosidad de hacer una obra bella...

—Sí—responde el amigo Lucas--; yo me he complacido hasta aquí en la belleza de la obra, y por eso he sostenido la revista. La belleza nos seduce siempre; pero al fin uno se aburre de admirar a una estatua. ¿Para qué sostener, a costa de nuestra sangre,

la vida de una estatua? No hay nada tan oneroso como la belleza...

—*Si la Belleza no fuese la muerte*...—dice el Poeta recordando el verso de Mallarmé—. Sí, la Belleza es siempre la muerte.

—Sí, no hay nada tan oneroso como la Belleza, de mujer o de arte. Porque uno va poco a poco empeñándose en perfeccionar la estatua, en llenar sus órbitas vacías con piedras preciosas, en ornar de anillos sus manos y al fin concluye por ser víctima de ese ídolo inexpresivo. ¡Porque la verdad es que ahora nuestra revista no dice nada!

—¡Dice belleza, amigo Lucas!

—Pero decir belleza únicamente, me parece que es decir muy poco, porque también la dicen las cosas inanimadas. Una obra dotada de voz, debe decir algo más profundo. Crea usted que a veces me asaltan escrúpulos por haber aceptado la colaboración de los poetas. Porque yo había fundado la revista con intención de hacer una labor altruísta y humana, de contribuir a la emancipación de los espíritus, de unir mi grito a los gritos del mundo. Pero los poetas me han hechizado, me han adormecido, me han puesto una mordaza y un témpano en la boca. Ya, como usted ve, apenas escribo, porque comprendo que mis lamentaciones sociales o mis gritos de protesta desentonarían bastos y tiznados, en esa corte de poetas, que parecen vestir todos casaca de raso, como en las cortes antiguas, y no haber sufrido nunca, sino a lo

sumo, contrariedades amorosas. ¡Oh, nunca había podido figurarme lo falso y engañoso que era el arte!

—¡Usted sabe, sin embargo, que manos tan tiznadas y pobres, más que las de los obreros, escriben esos versos pomposos y sobre qué mesas tan inestables!

—Sí; pero en sentándose a escribir, se olvidan de su miseria, como si la pluma fuera un cetro. Y se tornan altivos y despiadados como déspotas. Se diría que sus tinteros son retortas de alquimia. ¡Si los viera usted en la imprenta! Lo avasallan todo. Recaban todo espacio para sí, como si hubieren de instalar su allí solio. Piden para sus versos el primer lugar, critican los de los compañeros, hasta los de usted a veces; sólo lo suyo es interesante: y corrigen las pruebas como si cada una de sus palabras hubiese de tener transcendencia universal. Nunca había tratado tan íntimamente a los poetas; pero ahora crea usted que empiezan a inspirarme aversión.

— Siempre es peligroso mirar el fondo de las jaulas en que cantan ruiseñores. Pero al menos son generosos...

—No lo crea usted. No son generosos, sino a la fuerza. Se resignan a no percibir remuneración, porque no es posible otra cosa y porque no pueden renunciar a exhibir sus vanidades. No tienen el valor de afrontar la prueba que el obrero arrostra cuando ofrece un trabajo que aspira a un precio digno. Pero pretenden obtener ese precio por otros caminos me-

nos nobles. No tiene usted más que pensar en la bohemia literaria. Casi todos los que me traen graciosamente una poesía, pretenden sondearme luego los bolsillos. Y a veces me afrentan con suspicacias, dando a entender que comercio con su inspiración, como el hombre que vende meolladas de carnero.

—¡Está usted hoy pesimista, amigo Lucas—observa el amigo, levantando su *bock* de cerveza—; habla usted de los poetas como Mahoma!

—Los conocería como yo. Tienen todas las malas cualidades. ¿No se comparan ellos mismos con meretrices y juglares? No crea usted que exagero. Las peores cosas de ellos, las han dicho ellos mismos. Claro está que hay excepciones. O mejor dicho, esos no son poetas, sino poetastros.

—Se equivoca usted. Una es el alma del poeta genial y del poetastro. Lo que ocurre es que el poeta genial es casi siempre un poeta ya muerto o anciano, que se nos aparece consagrado con el nimbo de los santos que a veces tuvieron también un pasado vergonzoso. La culpa de ese dolor del poeta, la tiene su misma condición de poeta, que le obliga a hacer una labor generosa, no aceptada, sin embargo, por el mundo. Pienso a veces que el mundo odia a los poetas y los acepta a desgana, aunque otra cosa parezcan indicar esas estatuas coronadas de un lauro de bronce. El mundo odia a los poetas y de buen grado los mataría de un tajo certero, pero no se atreve y los va aniquilando lentamente, mediante el

ayuno y el desdén. Usted mismo, usted odia a los poetas, amigo Lucas.

El amigo Lucas calla un momento. Luego exclama sonriendo, como arrepentido de su dureza:

—¡Oh, no vaya usted a creer eso por lo que he dicho! En el fondo me son simpáticos. La prueba es que sostengo esta revista. Pasa con los poetas una cosa muy rara. Se les odia y se les quiere al mismo tiempo.

—Sí, como a esas cabezas cercenadas, sobre las cuales se ponen coronas y que reposan ellas mismas en bandejas de plata. La muerte los santifica. Con los poetas ocurre, como usted dice, una cosa muy extraña. Se les quiere y se les odia, se les compadece y se envidia. Sí; se les envidian sus metáforas, sus imágenes, sus oros fantásticos, pero que no por eso existen menos y también su estatua. Necesitan el suplicio para purgar su vanidad excesiva, la misma petulancia de su dádiva absolutamente generosa. Pienso, amigo Lucas, que sería necesario poner un precio a la poesía.

—Yo también, porque esa generosidad de los poetas, indicio de un gran optimismo injustificado, pudiera ser una fuerza reaccionaria. A veces se me aparecen los poetas como los grandes esquiroles, como los suplidores de todos los obreros en huelga. ¿Qué opina usted de eso?

—Que tiene usted razón. Esquiroles parecen. Su generosidad les vende y acaso hacen daño creyendo hacer bien. Dotan al mundo de una belleza falsa y

XV



SAS palabras del amigo Lucas han dejado un reguero, y no de estrellas, en el ánimo del Poeta. Y éste piensa otra vez. ¡Qué terrible, qué onerosa y qué despiadada es la belleza! He aquí que esa humilde revista de arte agota los recursos de un hombre, empobrece su mesa, falta de frutos los días festivos, priva de juguetes la infancia de una niña y veda toda gala al traje de una esposa. Y además llena de bilis el alma de un hombre generoso. Pero siempre es onerosa la belleza, y cuantos han sentido la adoración del ídolo, han concluído por alimentarlo con sus carnes. Testimonio terrible los harapos, las manos denegridas de los poetas. Hasta los reyes, hasta los emperadores fastuosos han tenido que reconocerse pobres ante la fatal magnificencia del ídolo, pagando a un precio oneroso y a veces mortal el ansia de lograr la belleza, de introducir en su vida un momento exquisito.

Donde quiera que la flor de belleza brota—corte

de Salomón o corte de Luis XVI—, asume un sentido augural y fatídico. Las cabezas ruedan segadas por hoces que tienen la curva tajante de las liras. Monumento suntuoso o hermosa concubina, ídolo siempre, su belleza es fatal. Y las muchedumbres no agradecen nunca la dádiva espléndida que les empobrece. Y rechazan la magnificencia cortesana como la suntuosidad lírica con un instinto de su augurio funesto, sin un sentimiento de gratitud para el monarca ni para el Poeta. Los surtidores de los jardines versellescos se convierten en lanzas para traspasar los cuerpos de las cortesanas, espejos demasiado claros en que las harpías de la pobreza ven reflejadas sus arrugas y sus greñas. Y el Poeta, transido de pánico, exclama:

—¡Oh, suntuosidad pavorosa del instante exquisito! ¿Cuántas lanzas, asestadas contra los duros cielos, sostienen la dulzura de ese instante y lo defienden suspendido sobre los abismos del tiempo? ¿Cuántas venas que sangran subrayan la melodía de esas fuentes; de qué ojos duramente oprimidos se elevan esos surtidores, nunca exhaustos, que alcanzan una altura superior a la de los peristilos? ¿Cuántos pechos magullados sollozan bajo tu peso magnífico, oh, instante exquisito?

¡Mármoles y oros nos responden con un silencio desdeñoso; y tú sonríes con una sonrisa misteriosa, tú que eres más frágil que todo! Mas—¡ho, pavor inefable!—sacrificándose a tu hechizo, mujeres generosas y tristes se despojan de sus sombras, su última

túnica, para engalanarte; hombres heroicos vierten las perlas de sus ojos en la copa de tu alegría; cabelleras cercenadas aspiran a alargar los humos de tus brasas desvanecidas, y nuestra misma alma, por debajo de tu magnificencia, tiembla, ¡oh, instante exquisito!, sintiéndose desnuda bajo tus brocados y presintiendo ya, cariátide de esta clepsidra suntuosa, que esas estrellas maravillosas y esas flores extraordinarias sólo podrán ser vistas luego, reflejadas y remotas, en los espejos deshelados por un hálito demasiado vivo.

Sí; donde quiera que el hombre alcanza la condición artística, es decir, ese grado de plenitud generosa, es defraudado al punto, y en uno u otro modo convertido en víctima, así en el arte como en el amor. El Poeta tiene la prueba en sí mismo. Siempre la belleza se le vendió con un precio oneroso y peligroso. Su conquista fué algo aventurada y fatal, así en el rostro de las mujeres como en las simples cosas bellas, que con su belleza parecen encubrir o paliar alguna deficiencia íntima. Helo ahora en la casa sin calefacción tiritando de frío, ante los cristales desnudos que la escarcha viste de unos visillos inesperados, contemplando el paisaje que le seduce y cuya posesión paga como la de un cuadro, antiguo y fabuloso, al precio de su frío y el de la hermana, que se calienta las manos en un braserillo deficiente, bueno sólo para quemar en él aromas. Y la hermana le recuerda cómo se mudaron a aquella casa destartalada y lóbrega, solamente porque en lo exterior,

compensación irrisoria de sus paredes yermas, la adornaba aquel paisaje semejante a un tapiz magistral.

—Nos vinimos a esta casa por las vistas—suspira la hermana—, porque tenías el ansia de ese cuadro que no hubieras podido adquirir en un Museo. Te sedujo el cuadro; el río, las montañas azules, con su eterno incienso, los árboles y hasta esa campana que toca en lo hondo, semejante a la de ese reloj que marca una hora verdadera en algunos cromos. Querías poseer ese cuadro que nunca hubieras podido adquirir en una subasta. Y por eso nos mudamos a esta casa lóbrega.

—Sí—confiesa el Poeta—, me halagaba la dulzura de esa hora verde que en verano tenemos ante los balcones como una aurora más perdurable que la otra. Me halagaba la idea de contemplar el solemne domingo eterno de las montañas, con su incienso y su plata. Me seducía todo eso, en verdad.

—Y demasiado pobre para poseer ese paisaje en el cuadro de un pintor, ¿te creiste lo bastante rico para poseerlo en la realidad? ¿Pudiste pensar que esa belleza se te daría de balde? Ahora ves que toda esa magnificencia la pagas como un mendigo, a costa de tu cuerpo. Porque esos árboles, cuya hoja en verano te es grato acariciar, ahora traspasan tu cuerpo y el mío, con las agujas de su escarcha y con el hálito de humedad que soplan al través de estos cristales sin visillos sobre nuestras bocas y nuestras mejillas. Y el

río, demasiado cercano, nos envía también su soplo frío como el que sale de una boca senil. Y nosotros, tú y yo, tiritamos ante ese paisaje magnífico, ante esos tapices verdes en los que, nuestros pies, se helarían, y somos semejantes a niños pobres que, descalzos, contemplan el cuadro maravilloso expuesto en un escaparate. Y por las noches, todo ese fuego de los cielos que vemos al través de los cristales, no basta a calentar nuestros ojos. Ya ves, hermano, cómo pagas la belleza.

—Es verdad, es verdad—suspira el Poeta—; como el espejismo de un desierto es para nosotros ese cuadro. Tiritamos los dos como en una estepa y, a pesar de ese braserillo insuficiente, tenemos la sensación de tener nuestros pies descalzos y rosados.

—Cuando nos íbamos a mudar, recuérdalo, yo encontré otras casas en el corazón de la ciudad, donde el frío no hubiera sido tan sensible al rescoldo de las tahonas y los hogares; pero tú te empeñaste en que la casa había de tener vistas. Le exigías un panorama, como si fuese esa joya olvidada que por acaso deja el inquilino anterior. Y no pensaste en que un cuadro es siempre oneroso, así en el arte como en la realidad. Ahora, en esta casa destartalada, tiritamos ante ese paisaje espléndido, y todo el rosa de esas nubes se nos comunica a las mejillas.

—Tienes razón, hermana, no hay nada tan oneroso como la belleza. Ahora lo comprendo, ahora que ya

voy dejando de ser joven y el precio de lo que puedo ofrecer por ella disminuye.

—Toda la vida la sacrificaste siempre por la belleza. En todo hiciste como en lo de la casa. Mira, esa mesa desvencijada que cede al peso de tanto leve libro. ¿Te acuerdas cuando la compraste? Había allí otras y más fuertes y duraderas que la que no ha podido soportar el peso de tus libros. Pero tú preferiste ésta, porque te pareció más bonita, porque tenía esa humilde labor de talla. Ya te advirtió el comerciante que no había de durar mucho.

—Es verdad—murmura el Poeta, recordando análogos engaños.

—Y en todo, en todo te habrá pasado lo mismo en la vida—agrega la hermana—, ¡oh venda maravillosa de los poetas! ¡Qué raro que no hayas sido afortunado en nada! Verdaderamente, deberías desconfiar siempre de tu inclinación. La belleza de una cosa debería servirte de advertencia para evitarla. ¡Mira ahora cómo tiritamos aquí, y en vano buscamos algo suficiente que arrojar a ese fuego! Y yo me escondo, como ves, por la casa, para que no me alcancen las flechas de hielo de ese paisaje invernal, cuya sola vista convierte en témpanos mis ojos!

—¡Oh, sí—murmura el Poeta—, qué terrible, qué despiadada es la belleza! ¡Y nos consumiría sin pesar ese paisaje con su soplo de hielo! Porque es una obra maestra, y la obra maestra devora al artista y a quien se prenda de ella! Ahora voy comprendien-

do—tarde piensas—por qué el mundo huye de la belleza y la rechaza. Comprendo que teme su hechizo nefasto, su voracidad. Teme caer en esa sima florida. Porque las joyas de un imperio no serían bastantes para saciar esa pira que siempre reclama metales nuevos. Sí, a mí también me inspira ya horror la belleza.

—La belleza es tu tos, tu desvelo, tu palidez. ¡Mira cuántas cosas tristes por un júbilo!

—¡Oh, sí!—suspira el Poeta—. Por eso todo el mundo rechaza en el fondo la belleza, a la mujer demasiado hermosa y al verso demasiado perfecto. Una conveniente medianía es lo agradable. Y por eso odia a los poetas.

—¡Oh, hermano, cómo me alegra oirte hablar así! ¿Te desengañarías alguna vez de esa pasión nefasta?

—¡Sí, hermana—salmodia el Poeta, transido de pánico—, siento ya en mi alma el sagrado horror de la Belleza y el espanto de adorar yo sólo a un ídolo!

En aquel momento llega de la calle el marido de la asistenta. Terminada la faena, el buen rústico descansará ahora largamente hasta mañana; en compañía de la mujer, reposará tal un Adán primitivo, en los anchos poyos de las puertas. Él tiene el sentido utilitario de los campesinos, y nunca le seducirá una quimera. En el pueblo degolló muchos corderos blancos, sin dejarse enternecer por sus rizados vellones, y sus zaleas eran trofeo en sus manos.

—¡Buenas tardes!—dice, restregándose los dedos, y ni por un instante se asoma a ver el paisaje mag-

nífico y aterido. En sus manos trae toda la belleza del campo que acaba de atravesar, sintetizada en las hojas de eucaliptus que al paso recogió. Y esas hojas que son la salud, esas sencillas hojas, ni siquiera de lauro, valen más que todo. ¡Oh, el Poeta nunca trajo del campo sino rimas!

XVI



ADA día, un nuevo detalle advierte al Poeta de la extinción de esa vena generosa que en otro tiempo acarició a la vida y que ya se agota como si todas las madres se restañasen los pechos. Las cosas todas pierden su condición artística y de plenitud, eso que constituía la ofrenda impagable, aun después de satisfecho un precio. Las telas, los manjares, pierden lo que en ellos había de acariciante, de superfluo, con relación a la necesidad estricta, lo que justamente las hacía dignas de ser cantadas por los poetas. Escasea el papel, el papel que para los escritores era como un pan, más bien como un maná prodigioso, que a todo pan suplía. Los editores escamotean al público el número de las páginas, brindándoles un libro mermado y empequeñecido, aunque en apariencia conserve la medida tradicional de su volumen. En los cálices antiguos aumenta la parte concedida al puro peso y negada al vino sacro. Ya en las imprentas se niegan a dar pruebas,

esas pruebas que eran como las placentas generosas del libro. Y el pan mismo, el pan sacro e inviolable como la hostia, su hermana, es escatimado y desvirtuado, de suerte que resulta impropio, aun para la eucaristía de la mesa. Merma también la luz en las calles y en las casas, y muchas veces, súbitos desfallecimientos de la lámpara advierten al poeta de la actividad de un contador tacaño y severo. Sobre todo, a la hora en que están abiertos los teatros, la luz de la lámpara es débil y turbia, como si la absorbiese la belleza de los artistas en la escena, y a la medianoche, ¡conmovedor, no obstante!, un reguero más vivo anuncia al Poeta que el espectáculo ha terminado y que la mano avara y administrativa le concede claridad.

Todo mengua y se extingue, salvo el plenilunio. La generosidad de otra edad, juvenil y romántica, se agota. El yermo triunfa alrededor de los soñadores. Y, sin embargo, en el diván, los poetas persisten, tenaces, en su loco empeño de aumentar la belleza del mundo. Nuestro Poeta se sienta ya con temor en esos divanes, donde sueña una locura peligrosa. Porque, fijándose ahora en esos rimadores de perlas, advierte que sus gemas cuajan en la bolsa de la bilis. Alquimistas entregados a una labor quimérica que nadie estima, operan el milagro, merced a artes reprobables e indignas. Tan limpios en su veste lírica, todos están mancillados en su alma. Se debaten, cantores sublimes, en un estercolero. La labor inútil y

no remunerada, llena sus almas de encono, y unos a otros se combaten, ensangrentándose mutuamente por esa palma que en ninguna parte está.

Como otras tantas noches, como siempre, ahí están, discutiendo las obras que nadie reclama, aquilatando en crisoles arbitrarios el genio desdeñado, pretendiendo adquirir a costa del compañero la talla de la estatua y vengándose con dardos de una ironía emponzoñada del tremendo suplicio de crear obras inútiles. Los demás hombres se contentan con la belleza viva y ya creada, que sonríe en los rostros de las mujeres o en los ramos de rosas ¡que todavía existen! con la belleza oportuna y discreta que no trastorna ni envenena. Pero ellos quieren el ídolo, ¡lo más oneroso! Y con sus manos, de todo vacías, quieren modelar estatuas del metal más preciado. Y el Poeta llega a sentir encono contra aquellos hombres que prolongan vanamente una edad pueril, ya abolida de todos los calendarios, y se empeñan en obtener del mundo ese agasajo y ese raudal de larga dulzura que sólo se concede, sin pesar, a un niño.

La única que le inspira piedad, es la poetisa. Pobre criatura extraviada, belleza viva y tierna, perdida en los divanes de los poetas, de aquellos cuya misión terrible es agotar todos los venenos de belleza, parásitos tremendos, si bien se mira, de toda rosa, ya que su única labor consiste en trocar lo bello en artístico. ¡Pobre muchacha! ¿Qué va a ser de ella, si se obstina también en esa labor inútil y terrible, si vistien-



do esa falda que la eximiría de todo esfuerzo de pensamiento, ya que ella debe pensar con sus senos, renuncia a su plácida misión de musa para ser ella misma poeta? ¡Tan feliz como podía ser sencillamente con un niño sobre la falda!

El Poeta la mira largamente, deshojando sobre ella sus párpados piadosos, y ella se estremece, ingenua, bajo la larga mirada:

—¡Qué me mira usted, maestro!

El *maestro* calla. ¡Oh, si pudiera salvarla todavía! Pero no; para eso sería preciso que él pudiera amarla, sin sonrojo, ante su edad demasiado juvenil, y por eso calla.

—¡Qué me mira usted!

Y luego, como el maestro no contesta nada, ella le dice:

—Mire, he traído incienso como a usted le gusta. ¿Quiere que quememos unos granos?

El maestro sonríe y festeja la ofrenda:

—¡Oh, sí; ande usted, y que una nube de ese incienso sagrado la envuelva prestándole anticipadamente el nimbo antiguo de la gloria!

Coloca los granos de incienso, esos granos tantas veces comparados a lágrimas sobre un platillo y los inflama con una cerilla. Al punto, elévanse las humaredas azules, tras las que Salomé danza siempre, o más bien ellas son Salomé. De las mesas vecinas se vuelven caras curiosas y escandalizadas. Los poetas miran también e insinúan metáforas y reminiscencias,

—¿Quién es esa que sube del desierto como columnita de incienso sahumada de mirra?

—Ya todos somos dioses—observa don Manuel.

—¡Oh el Oriente lejano y misterioso! ¡Parece que viajamos en esa nube azul!—dice el poeta de las manos tiznadas.

Y un anhelo nómada, la nostalgia de un viaje suntuoso, pasa por sus ojos de niño pobre, ávido de todas las perlas y todos los deleites orientales.

—Parece que estamos en Semana Santa—dice el pobre Chepilo.

—Sí, verdaderamente; ¡en la semana de pasión de los poetas!—murmura el *maestro*.

Pero ninguno de ellos repara en el gesto conmovedor de la muchacha al quemar ante ellos ese incienso sagrado. A poco ya están perdidos de nuevo en sus discusiones, en una atmósfera más turbia y no tan fragante como aquella humareda. La poetisa ve tristemente morir aquel humo sagrado, y sobre las cenizas del incienso, sus miradas se encuentran con las del *maestro*, fenices ambas.

—Ya se acabó—dice.

Y añade:

—¡Como los amores! ¡Como los amores! Sí; ¿no lo ve usted? ¡No me hace caso!

Se refiere al Poeta romántico de las patillas rubias que en aquel instante expone con gran exaltación sus teorías estéticas—emoción, emoción y emoción.

—No podíamos entendernos. Quería que yo escri-

biese como él. O mejor dicho: no quería que escribiese. Todo lo que hacía le parecía mal; decía que no había arte en mis versos, que eran demasiado sencillos. Concluyó por decirme que no le interesaba. Oiga usted.

En aquel instante el Poeta recitaba como ejemplo de sus teorías, un poema suyo a la *Amada que perdió sus chapines*.

—Por lo visto—dice la joven—hay que andar descalza para interesarle.

Y añade:

—*Maestro*, tengo que hablar un día a solas con usted, contarle mis penas, pero sin que se entere nadie, ni mi madre ¿sabe?

El *maestro* asiente:

—¿Pero qué le pasa?

—Nada... que me parece que voy perdiendo la brújula de la vida... Que ya no consigo ser feliz, desde que publiqué mis primeros versos... que unas veces me creo muy grande y otras muy chiquita... casi despreciable... que ya me indigna hasta el que me mire un hombre que no sea poeta y al mismo tiempo, los poetas, me inspiran horror y los odio... que vivo como en una embriaguez continua sin saber nunca cuál es la realidad... que cuando usted acepta unos versos míos para *La Ofrenda*, me parece que mi talle se agranda y que luego, cuando a solas me miro los pies, me entra un desaliento muy grande y me pregunto: ¿pero quién eres tú, pobre pavo ridículo?

Y unas veces miro al mundo con un desdén olímpico, y otras, escuchando a mi madre que se queja de la miseria de la vida, siento remordimientos de perder las horas escribiendo cosas que nadie, salvo usted, estima... y me pongo de mal humor, y siento un sabor amargo en la boca y me lleno de despecho y siento, siento como si dejara de ser mujer...

Pavorosa frase que el Poeta contempla largamente sobre los labios de la joven.

—Sí, maestro... porque siento una rabia que ya no es de mujer... Y luego, otras veces, me acomete un gran desaliento y estoy como perdida sin remedio. ¡Oh! ¿Qué soy yo? Ya sabe usted, me han hecho ya el amor tres poetas: el primero era un muchachito loco, que hacía versos al champán y a las camelias; le entusiasmó—según decía—mi figura grácil y perversa. ¡Imagínese usted! Quería arrastrarme a sus noches elegantes y aturdidas. Me abandonó, al comprender que yo no respondía à su ideal de portada de novela exótica. Luego me cortejó un poeta clásico, un muchacho sensato y juicioso, demasiado sensato. A éste asustábanle mis versos ingenuos, atrevidos de puro sencillos. ¡Porque en ellos, hablaba mucho de amor! Y ahora, este otro que me ha hecho tantos madrigales, también me abandona. ¡Oh, querían tener en mí a una modelo, a una criatura dócil que repitiese sus palabras! No querían, sin duda, que yo tuviese alma y corazón. Y ahora ya siento horror de los poetas y de la poesía. Comienza a asustarme la poesía. ¡Oh,

hubiera sido yo tan feliz cosiendo la ropa blanca sobre mis rodillas! Y ahora ya, sin embargo, necesito la poesía, necesito hacer versos para creer en mí; sólo podría encontrar consuelo en la gloria. ¡Comprendo que no podré casarme nunca!

Y la pobre muchacha suspira con una profundidad que enternece y maravilla al Poeta. Otra víctima de la obra desdeñada, otra criatura arrojada al ídolo, ávida de ser ídolo también y esperándolo. ¿Qué decirle? La profundidad de su suspiro da a entender la profundidad de su mal. El Poeta le diría: —Oye la voz de ese pánico, aléjate del arte ¡pobre criatura! Pero ¿no creería ella que había en él el deseo de apagar unos luceros vespertinos? Así el Poeta calla y la mira con unos ojos que temen despertar un amor.

Es tarde. Tarde porque está con ellos una mujer y el horario femenino es más breve que el gran reloj viril. El *maestro* se levanta. La poetisa y su madre le siguen. Algunos poetas también. Salen a las calles mal iluminadas. Y ateridos, en la calle, forman un lamentable grupo, pareciendo pedir con los ojos, instintivamente elevados al cielo, una limosna de luz, una aurora anticipada para su gloria obscura. La madre de la poetisa, por lo bajo, pregunta al *maestro*:

—Cree usted que mi hija tiene talento?

Terrible, pregunta:

—¿De qué sirve tener talento, pobre madre?

Pero ya la poetisa se acerca y murmura sus anhelos:

—¡Publicar un libro, ser célebre! ¡Oh, cuánto tarda la gloria!

El Poeta responde:

—Mucho. Más tarda en llegar a la frente del poeta que la luz de esa estrella que, según dicen, tarda siglos en llegar a la tierra. La humanidad ve ahora la luz de la gloria que irradian las frentes de los poetas muertos, se alumbra con el reflejo de ocasos ya remotos. ¿Cuánto tardará en ver la luz de estas auroras juveniles? ¡El día eterno de la gloria está precedido de una noche más larga que la del polo boreal!

Casualmente pasan junto a una librería que tiene cerrado como un sagrario su escaparate, en el que están los nombres célebres y refulgentes. Pero en las maderas laterales, hay inscritos algunos de estos nombres. La poetisa los deletrea con respeto, los balbucea. Los poetas van salmodiando:

—¡Imbécil, idiota, necio!

De pronto la poetisa pide un lápiz. Y con grandes trazos, osada, impaciente, heroica, entre aquellos nombres consagrados, escribe el suyo anónimo: ¡Leonor Rodríguez!

¡Y no hay bastante luz para alumbrarlo!

EN VÍSPERAS DE HUELGA

● ●

XVII



HAN llegando los días presentidos por el Poeta; los días pavorosos y justicieros. La necesidad nivela las clases sociales, borrando las distinciones establecidas por el orgullo o por una tradicional voluntad de mantener cimeras ancestrales. ¿Que es ya la clase media, la prole superviviente de los antiguos hidalgos, la que conserva todavía en el recuerdo, ya que no en la realidad, blasones y trofeos de una gesta borrada? Los caballeros que ya se negaron a sí propios, transigiendo con el siglo y aceptando un trabajo remunerado que les equiparaba con los pecheros y renunciando a la ociosidad, esa condición indispensable de toda nobleza, apenas se distinguen ya de los artesanos. La necesidad los iguala a unos y a otros; y a menos de perecer, la clase media ha de suscribir las reivindicaciones del proletariado cobijándose bajo su bandera negra, semejante a la bóveda de un templo de desastres. Hasta las profesiones liberales se van convirtiendo en

gremios y emplean el arma de la huelga. Ha habido en pocos días huelga de carteros y de telegrafistas. La espada misma, fiel siempre a los poderes, ha llegado a erguirse amenazadora como el fiel de una balanza proletaria. Y ahora se dice que va a haber huelga de periodistas. Así pues, la humanidad, que ha estado sucesivamente privada de pan, de carbón y de luz, va a estar privada también de lo que aún parece más indispensable que todo eso, de la noticia, de la noticia espontánea y gratuita en las sociedades ingenuas y con la que algunos hombres trafican en las naciones civilizadas, adobándola y amañándola como a una piel nativa, elaborándola como a una primera materia suministrada por la casualidad.

En las redacciones de los periódicos empiezan a circular invitaciones para adherirse al Sindicato de periodistas. Éste tiene su domicilio social interino en la Casa del Pueblo. He aquí ya operada en principio la unión entre el redactor y el hermano cajista, tantas veces invocado en el artículo periodístico, cuando se le imploraba clemencia en la errata. Ahora esa fraternidad va a ser quizá algo más que una frase retórica.. Dícese por lo bajo, «como un rumor»—pero de otro modo grave que los rumores políticos—que el Sindicato de periodistas presentará sus bases a los patronos juntamente con los obreros tipógrafos y con los vendedores callejeros, es decir, que de acordarse la huelga, irán a ella cuantos colaboran en la industria de la noticia, cuantos componen esa creación de

la ciudad moderna, esa bola de nieve o de estiércol. En la redacción los compañeros del Poeta hablan con misterio del movimiento naciente, pero también con energía. ¡Hay ceños proletarios! Hasta el redactor-jefe, ese hombre enlutado y sigiloso, en cuya pechera negra la cadena del reloj finge una puñalada de plata, muestra un entusiasmo sindicalista, excepcional en su acostumbrada temperatura de nieve. Todos murmuran por lo bajo reivindicaciones hurañas:

—¡Sí, es una vergüenza que los tipógrafos ganen más que los redactores!—dice uno.

—¡Ya no es posible vivir con decoro!—dice otro.

—¡Ya no es posible vivir!—corea un tercero.

El Poeta los oye y comenta en su interior esas exclamaciones. Sí—piensa—, la necesidad nivela las clases, hace imposible ese decoro amado de la clase media y la convierte, por eso mismo, en una clase proletaria: poco a poco, va anulando todos los trofeos que blasonan una distinción tan antigua que casi parecía natural. ¿En qué se diferencia ya un periodista de uno de esos tipógrafos que el Poeta se ha encontrado más de una vez en los teatros con sus familias, ataviados con unas galas reveladoras de holgura doméstica? Y todavía entonces, aun el periodista, ciertos periodistas, al menos, podían mantener la distinción, gracias al favor logrado en los Ministerios, al parasitismo político. Pero ya esas mercedes que mancillaban al par que dotaban de cierto prestigio a la Prensa, las han acaparado, en su favor, los directores,

que son los que ahora obtienen actas parlamentarias, o realizan negocios turbios y enriquecedores, cobrando para sí el precio de todas las plumas de la redacción, como los antiguos condottieri el precio de sus lanzas y compensando con una soldada mísera la parte usurpada del botín. Tal ese *Don Criterio* grotesco que cobra él sólo cuantas perlas excepcionales pueden cuajar en el cerebro de sus redactores y como los antiguos déspotas usurpa cuantas presas eventuales arroja la fortuna a esas playas de la prosa periodística.

En otro tiempo, el periodismo era como una nave corsaria tripulada por hombres arrojados que se repartían equitativamente la presa obtenida en el asalto a las carabelas del poder. Esa nave era comparable a la barquilla de los poetas. El periodismo era una profesión verdaderamente liberal, distinta de todas las otras, una profesión que no tenía jornada fija ni salario marcado y en la que cada cual fiaba su porvenir al propio genio. El periódico era una institución solidaria, al propio tiempo que magníficamente individualista. El mérito personal tenía en ella cotización plena. La hoja periodística solía vivir a veces de la savia de un solo redactor, de la pluma o la espada de un solo individuo; pues, institución verdaderamente libre, como una milicia irregular, el valor tenía también en ella su precio. El Poeta recuerda la idea que, en su niñez, tenía del periodista formada en la lectura de las novelas: la de un hombre ingenioso, mez-

cia de poeta y de político, con su flor en un ojal y una pluma no menos florida en el otro, una pluma rozagante e irisada como la del pavo real. Las artistas de teatro se les sentaban en las rodillas, los ministros lo llamaban a sus consejos; decoraba con su figura los palcos rojos de la Ópera y las madrugadas de los bailes de Carnaval, y escribía sus artículos, sus epigramas, sus madrigales, en el pico de una mesa, donde la copa del champán era más visible que el tintero.

Durante mucho tiempo, el periódico vivió de esa inspiración arbitraria y de ese genio veleidoso del periodista. Entonces los hilos del telégrafo que suministran cada día la noticia común, no tenían la importancia que esos otros hilos más sutiles del cerebro del periodista, de ese telégrafo único que suministraba la noticia excepcional, la noticia intuída o adivinada en una fiebre semejannte al rapto sibilino. Pero como hicieran en la iglesia los obispos con el clero, los directores, de acuerdo con las empresas —fué así desde el día en que el capital, antes aplicado a otras manufacturas, se aplicó a la elaboración industrial de la noticia—fueron restringiendo los poros del periodista, equiparándole a los demás instrumentos de producción, tan importante o acaso menos que una rotativa o un estereotipo.

Pocos eran ya los periodistas que en una redacción plantaban su pluma sobre las mesas como una lanza blasonada con una divisa. El Individuo había

muerto en el periodismo. Los redactores componían una turba gregaria y uniformada, la cual realizaba una labor tan unánime como la de amasar el pan. Cierto que los directores consentían aún el uso de la firma, pero al pie no más de artículos literarios que les eran indiferente, reservando para sí el artículo de fondo y los comentarios políticos, como su lucrativa plana de anuncios, mientras una administración avara establecía una contribución sobre todo, ampliando el concepto del reclamo y pretendiendo cobrar todos los epítetos, aun los que proclamaban el genio de un escritor o la belleza de una artista. —Nada de adjetivos—solía decir *Don Criterio*—; esos los pongo yo. De esta suerte, el periodista quedaba reducido a la categoría de un burócrata cualquiera, con su jornada y su sueldo fijo, más desgraciado todavía que el burócrata, puesto que ejercía una actividad intelectual y creador en cierto modo, ardía, relativamente, en la fiebre de inquietud de los artistas. Y no tenía tampoco la seguridad de un escalafón. —El día que yo tenga un periódico mío—solía decir *Don Criterio*— renovaré la redacción cada diez años; el periodismo necesita gente joven. Las plumas se agotan y las piernas se cansan. Y los redactores agotados, que *Don Criterio* lanzaría a la calle, no tendrían siquiera una jubilación o un retiro obrero, supremo consuelo de proletarios de tan pronta vejez. He ahí cómo la evolución, operada por el capital dentro del periodismo convertía la profesión, liberal por excelencia, en una

actividad apenas distinta de un oficio manual. El Individuo desaparecía, y con él todo sentido generoso y aventurado. Y así la solidaridad con el hermano cajista, conjurada tanto tiempo, iba a operarse ahora naturalísimamente, tanto más cuanto que ya existía una prensa socialista con redactores francamente proletarios, como oriundos del tiznado infierno de las cajas.

Cuando *Don Criterio* tuvo noticia de la gestación del Sindicato, dió muestras exuberantes de asombro: —¡También los periodistas se sindicaban! ¡Era, sin duda, la moda! ¡Se imponía la blusa!—Luego, recordando que dirigía un periódico templado que aspiraba a tener fama de liberal, encontró al punto la fórmula mixtificadora y falaz. —¡Está bien! Todos somos proletarios. ¡Quién más proletario que yo! ¡Yo, que trabajo veinticinco horas seguidas!—Sumaba las horas de trabajo de sus redactores. Luego: —Yo no me opongo a que los periodistas aspiren a mejorar su situación. Yo siempre he sido un amigo, un padre de los periodistas. ¡En esta casa se ha atendido siempre paternalmente a los redactores!—Luego, visto que nadie le contesta, pues ya los redactores adoptan instintivamente la táctica de los proletarios: —Yo estoy siempre del lado de lo justo. Criterio: ¿que los periodistas se sindican? Está muy bien. Pero ¡también han de ser libres de sindicarse las Empresas! Criterio: la misma medida para todos.—Los redactores callan y fingen estar muy abs-

traídos en la elaboración de la noticia. *Don Criterio* insiste: —Pero ¿saben ustedes qué pide el Sindicato?

—¡Psch!; nada—murmura el redactor-jefe, enlutado con la puñalada de plata—. Aumento de sueldo... que no haya meritorios... descanso dominical... ¡nada!

—¡Pues vais a estar mejor que yo!—exclama.

Don Criterio, con una sonrisa que se pierde entre sus grandes bigotes, pues desde que es director, sonríe siempre—sonrisa copiada de los próceres parlamentarios—. Luego pregunta:

—¿Y cuenta el Sindicato con la ayuda de los obreros?

—Sí, señor—responde el hombre apuñalado—. Los obreros firman también las bases.

Tórnase grave la cara de *Don Criterio*. Le asusta la borrasca de ese día azul de las blusas, de insegura bonanza.

—Está bien—dice—: nadie como yo desea la dignificación del periodista. Yo soy un director paternal. Yo siempre me he sacrificado por mis redactores. Me parece muy bien que os sindiqueis. Pero, cuidado: ¡vais con mala gente! No imitéis sus procedimientos de coacción. ¡Libertad! ¡Libertad absoluta! Ese es mi criterio. Que los periodistas reclamen aumento de sueldo—siempre que lo justifiquen—; pero que las empresas puedan elegir sus redactores. A mí, por ejemplo, lo mismo me da repartir la nómina entre veinte señores que entre diez. Que no me im-

pongan a los veinte. ¡Ah, eso no! La coacción nunca. ¡Criterio: una cosa es beber y otra emborracharse!... ¡Una cosa es sindicarse y otra sindicalizarse!

¡Oh, cómo han intimidado a los redactores las últimas palabras de *Don Criterio!* Presienten ya una mortandad entre sus filas y todos de antemano tiemblan presumiéndose víctimas. Después de lanzar su flecha, *Don Criterio* se ha encerrado otra vez en su castillo directorial. Los redactores levantan sus cabezas atemorizadas y hostiles.

—¡Parece mentira!—dice uno—que hable así, habiendo sido él en otro tiempo un simple *repórter*.

—Y con las veces que ha dormido en los divanes de los cafés—agrega otro.

—¡Vaya el paternal!—insinúa un tercero—. ¡Si tratase así a sus hijos!

—¡Calma, señores, calma!—susurra el redactor-jefe—. ¡No hagan ustedes caso!

Y agita los brazos en ademán de remar, como si con ellos impeliese el tiempo.

—¡No digan nada, y adhiéranse al Sindicato!

El Poeta calla y piensa:

—¡Cómo cambia las cosas la Necesidad, oh numen trágico! ¡Ayer, cuando había una huelga, solían condenarla como perturbadora y subversiva, y hoy son ellos mismos los que van a declararse en huelga!



EN LOS BARRIOS BAJOS ● ●

XVIII



AMINANDO por los barrios bajos, según un itinerario querido—pues en otro tiempo estos barrios eran el venero de la onda más generosa—, el Poeta encuentra a su amigo el novelista. Como surgido, condensación corpórea, de la sombra amplia que deja la luz mermada de los reverberos públicos, el hombrecillo borroso y, sin embargo, glorioso, se adelanta al encuentro del Poeta con grandes demostraciones de entusiasmo, alzando los brazos en el estilo de las antiguas salutaciones rituales. El Poeta reprime su piedad para contestarle en el mismo tono entusiasta y con el mismo gesto hímnico. ¿Por qué ese entusiasmo en el hombre, si aún sigue vistiendo el mismo traje mísero, y sin temor a un deshielo demasiado amplio, desprendióse ya, prematuramente, de su abrigo, proclamando una primavera que sólo está todavía en su imaginación? Pero el amigo se lo explica al punto. Ha terminado ya su novela, su gran novela, original y atrevida, que ha de suscitar, sin

duda, un escándalo entre los críticos y que ha de ser como esa bomba que estalla sobre la ciudad, arrojando de pronto toda la metralla de que un hombre, sereno y retraído, la cargó lentamente en el silencio y el misterio de sus noches.

—Figúrate que estudio en ella el problema social, pero de un modo que no ha sido estudiado hasta ahora, reivindicando los fueros del Individuo y protestando contra el creciente aborregamiento de las muchedumbres. Es mi obra un grito de guerra en pro del ideal y de los fueros del espíritu. ¿Qué te parece? Llamará la atención, pues hoy las corrientes sociales siguen los cauces del socialismo, de tal modo que la sociología parece exclusivamente estudio de la sociedad proletaria, y hay que salvar al Individuo. ¿No lo crees así!

El Poeta lo mira con intensa piedad, y calla para no contradecirle. Con la cabeza asiente. El otro festeja aquel asenso como una victoria.

—Sí—prosigue—, el escritor no puede sumarse a las turbas gregarias. La pluma es un instrumento de trabajo no socializable... Nosotros somos la aristocracia eterna...

Se detiene un instante y rebusca afanoso en sus bolsillos, cuyas profundidades no se le brindan tan generosas como las de su tintero. Al fin reúne unos puñaditos de tabaco y brinda un cigarro al Poeta. Fuman ambos, y como si aquella lumbre diminuta del cigarro que ve brillar ante sus ojos fuese una es-

rella o, más bien, el hogar de una locomotora de narcha segura, el novelista se anima.

—He estado trabajando todo el día, he trabajado sí, desde por la mañana hasta la noche, durante un nes entero, sin salir de casa, sin siquiera mirar a la nujer ni besar a los chicos, para dar cima a mi bra. Hoy la he terminado, y he querido salir a ver a ciudad...

Dice aquello con un aire terriblemente voraz, como i la ciudad fuera suya y debiera entregársele con toos sus deleites, a cambio de la obra maestra de que caba de dotarla. ¡Aunque tan pobre y mísero, se ree, no hay duda, superior a todos, como si él fuera a la estatua encumbrada sobre la colina de mármol sobre el coturno de una obra inmortal, ignorante u lvidado, de que el precio de esas inmortalidades risorias es morir! Por lo pronto, ni siquiera posee sa obra, porque la obra manuscrita no existe más ue en un sueño. Y es como ese germen—quiste o ijo—alojado en un vientre.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer con el libro? ¿Tienes ditor?

El novelista vacila.

—No, por lo pronto, no; he hablado del libro con lgunos, y todos se excusan. ¡Como está tan caro el apel! Pero, en fin, ¡como yo se lo pienso dar por ualquier cosa!... Porque todo es preferible a tener el ensamiento secuestrado en un cajón.

El Poeta calla. ¡Qué decir! He ahí otra labor de

pensamiento realizada con el instrumento más fino del hombre, con el más personal e insustituíble, he ahí otra mercancía preciada, más que la perla extraída con riesgo de un mar conocido y de una concha inconsciente, y que se brindará en el mercado, incondicional y sin precio, como el fruto espontáneo y fatal caído de una rebosante cornucopia de la abundancia, como el calostro inútil que se desprende de un seno. ¡Y todo por la gloria de proclamarse creador de esa gema inapreciada y ornarse con un nimbo que a nadie infundirá respeto, porque se sabe que le falta todo positivo signo suntuoso! ¡Y el novelista no es ya joven y tiene hijos, unos hijos desmedrados que no tendrán nunca un trono más magnífico para sentarse que las rodillas de una madre pobre o los libracos viejos de un padre desdeñado! ¿No es tiempo ya de acabar con este poema de belleza pavorosa, de poner un término a ese terrible florecer de la alegría? ¿No es hora todavía de vivir en la verdad?

El novelista torna a rebuscar en sus bolsillos; pero esta vez sus pesquisas son infructuosas y sus cinco dedos salen crispados hacia arriba como un pentalto nefasto. Y adoptando súbitamente un tono de aturdida camaradería, impropia de su edad, ya sembrada de canas, propone al amigo:

—¡Convídame a algo de beber! ¡Necesito beber! ¡El trabajo me deja sediento; tengo en los labios el sabor de la tinta y necesito enjuagármelos con algo fresco!

El poeta accede y ambos se dirigen a una taberna próxima. Está entornada con esa prudencia de los tenderos, en días de revuelta, porque aquella tarde ha habido tumultos y cargas de caballería. Todas las tiendas tienen ya sus puertas cerradas, y las persianas metálicas corridas parecen muros forjados por el miedo. El novelista pregunta:

—¿Qué ha pasado hoy? ¡Tú que eres periodista debes saberlo!

El Poeta-periodista se lo explica:

—Ha sido una lucha homérica por el pan, que alcanza ya la condición suntuosa de un vellocino. Faltó el pan y la muchedumbre saqueó las tahonas; y de paso, como un fuego que se propaga a ciegas, no obstante sus mil ojos de llama, saqueó también las tiendas de comestibles. Fué en las primeras horas de la tarde, en esa hora central del día en que, como en un horno, madura el suceso plural; pero aun ya de noche, pueden verse las huellas del tumulto, del hambre y del miedo.

El novelista hace un gesto de desdén y condenación para las turbas:

—¡Son los bárbaros, los bárbaros dentro de la ciudad!

Pero el poeta no lo oye: su atención se posa en esos interiores de tiendas saqueadas que se entreven por entre las persianas torcidas y en esos regueros de harina que, como los de una nevada fundida en primavera, cubren las calles, evocando el grave re-

cuerdo de la estepa lejana, de la gran estepa rusa—de donde acaso viene el vendaval que la aventó—y, sobre todo, en esas mujeres pobres que, arrodilladas en el suelo, buscan casi a tientas, porque la luz de los reverberos casi falta, un grano de arroz o una habichuela, humilde botín de la lucha. Aquellas mujeres tan patéticamente avarientas, enternecen al Poeta, que fija en ellas miradas filiales. Inclínase para sondear la fortuna de aquellas manos ciegas y las mujeres le muestran lo que han recogido, espigadoras improvisadas, en esa impensada era en que se han convertido las calles. Son mujeres pobrísimas, madres míseras y fecundas, ricas con nefasta opulencia en sus matrices importunas, que tienen hijos pequeños todavía inútiles excepto para la dulzura del ósculo filial y maridos en huelga. ¡Y después de las que descendieron violentas, en la primera hora, armadas para el furor de su saqueo, de ese solo instrumento de lucha que desdoblan las manos, ellas, saqueadoras sin pecado ni riesgo, tímidas y humildes, tienen el aire de acariciar la calle lacerada! El Poeta quisiera arrodillarse junto a aquellas mujeres, ayudarles en su ingrato espulgo, hasta tal punto se siente humilde y proletario! Pero el amigo tira de él y lo arrastra hacia una taberna que les brinda con sus puertas entornadas un acceso mezquino. El novelista ante el mostrador como ante un pretorio, empinándose instintivamente, como para dar la talla, pide dos vasos de vino, y después de apurar el suyo y

mirando de soslayo a los rincones, donde unos obreros dialogan, dice con voz contenida:

—¡Son unos bárbaros, los eternos bárbaros! ¡No comprenderán nunca el espíritu de sacrificio! ¡Nosotros somos la única aristocracia! ¡Nosotros somos grandes, somos grandes! ¡Escribimos, creamos, sin preocuparnos de la remuneración! Mira: yo no he comido hoy. El gabán, ya lo ves, lo he empeñado, anticipando la primavera, porque ya que no puedo sacrificar mi corcel como un poeta del desierto, vivo de mi ropa.

¡Horror grandioso e inútil! Éste vive de su ropa: don Manuel vive de su carne, apurando así la metáfora con un realismo terrible. Pero ¿para qué ese sacrificio que nadie pide y ese desgarrarse el pecho, pelícanos desdeñados, para brindar a la humanidad unas entrañas vanas que no calman su hambre? ¡Y si siquiera ese sacrificio fuera puro! Pero no; se realiza a costa de la dignidad del escritor, a expensas de un parasitismo denigrante que si repara en reclamar el precio de una labor despreciada, con carteles rojos como hacen los obreros, pretende no obstante cobrar ese precio salteando los bolsillos con el platillo de la limosna. Al segundo vaso de vino que ha bebido el empenachado representante del Individuo, deja ver sus llagas como un mendigo anónimo.

—Ya ves, ¡me fallan todos los intentos! Se me cierran las puertas. Últimamente había solicitado de la

Academia un socorro del fondo para los escritores pobres y me lo han negado. ¡Como tengo esa fama de hampón! Este es un país indigno, donde no se protege al escritor y se han acabado todos los Mecenas...

He ahí el término de esa aparente generosidad del escritor, he ahí la secreta llaga de ese delirio magnífico. Pero aún falta por enseñar el pomo de la bilis: y el novelista lo enseña. Porque ya está denigrando a sus compañeros más afortunados, a los que, no locos del todo, después de una juventud de disipación literaria, aceptaron un yugo burocrático o de otra índole, o se dedicaron con toda franqueza al cultivo de un género literario, remunerado y útil. Porque todos al aceptar así el fracaso de lo divino, como el amigo Irisarre, sacrificaron una guedeja lírica en los umbrales de la necesidad. El novelista, que ya se tambalea los execra a todos, analiza sin piedad sus obras, los deja maltrechos y tullidos. ¡Oh, si toda esa fuerza para la acometida y el ataque se hiciese solidaria como la energía obrera, a fin de recabar precio digno para la labor más magnífica! ¡Cuánta mayor pureza no habría en esta labor, expuesta siempre por su mísera condición al soborno y a la plegaria, y convertida, por falta de un vellocino real, en una inútil porfía de vanidades! Pero el novelista anónimo no piensa así, y, tambaleándose y haciendo visajes como si el vino se convirtiese en sus labios en un brebaje amargo, murmura refiriéndose a los

que pusieron un precio claro y franco a su pluma:

—Esos se vendieron, se hicieron proletarios: convirtieron la pluma en una herramienta. Pero nosotros somos grandes, a pesar de nuestra miseria; somos los Cristos literarios. Seguramente, si dijésemos aquí nuestros nombres, no nos conocería nadie; pero nosotros sabemos que somos grandes.

Y tiende su brazo al hombro del Poeta, como al leño de una cruz hermana. ¡Oh! ¿Por qué han de tener las cruces esa altura que las asemeja a las estatuas, y se han de erguir sobre colinas que recuerdan olimpos? Pero el Poeta rehusa esa solidaridad con la gloria monstruosa. Tiene ante sí, en toda su evidencia, la imagen trágica del escritor, con toda su miseria y toda su embriaguez, la imagen grandiosa, desmedida, la estatua inmortal y tiránica, hecha de lágrimas y de sangre. La imagen sobrehumana, legado de los siglos. Pero esa imagen debe acabar ya, no tiene derecho a subsistir en un tiempo en que las mujeres se arrastran por el suelo en busca de un grano de arroz y en que el mundo es demasiado pobre para soportar un ídolo. Y frunciendo el ceño, el Poeta interrumpe al amigo:

—¡No, no; esta vez no pienso como tú! Rechaza ese parasitismo vergonzoso del escritor. El mundo hace bien en desconfiar de esa voracidad inútil de una tierra que sólo produce rosas, y en mirar con prevención al cerebro, como a un instrumento más sobornable todavía que el músculo. No, no creo ya

en la grandeza del escritor que se empeña en vivir de una pluma simplemente vistosa. Esa generosidad de los escritores es precisamente el gran pecado, porque al renunciar a su remuneración franca, se exponen a todos los sobornos. Esa generosidad sólo podrá ser verdadera en la juventud, en la edad de la divina ignorancia. Pero a tu edad, a la mía, ya se ha de tener el valor de pedir un precio por la tarea, aunque sólo sea por saber si es apreciada. Y si se vive en un país demasiado pobre o demasiado indiferente para sostener una literatura, se tiene el deber sagrado de renunciar a ella, aplazando para otros tiempos la sazón oportuna; todo antes que esa farsa indigna del escritor magnánimo, roído por el despecho. Hay que reclamar un precio para sentirse justificado y que los demás lo estén también.

El novelista lo escucha asombrado, aturdido, como si dudase de la realidad de aquellos sonidos verbales.

Se tambalea un momento, agarrándose al mostrador como a la tabla salvadora de un naufragio, y luego exclama con un gesto arrogante, como si disparase una flecha certera: —¡Ah! ¡Pero tú eres un proletario, tú trabajas todo el día en una oficina, tú no eres un artista!...

Pero el Poeta sonríe plácido, dichoso, justificado, y como si esas palabras le redimiesen de todo nimbo turbio y vano, acepta ese nombre que le une con los maridos pobres de esas mujeres que buscan

agachadas, como con el pico—pobres aves humanas—, un grano de arroz en el arroyo.

Y con voz exaltada, dice:

—Sí, soy un proletario. Asumo con orgullo ese nombre inocente, sencillo y verídico, que me une con los seres cuya vida es clara. Acepto la solidaridad con las criaturas que viven en la verdad y visten su alma de días más ásperos que la estameña de los monjes; con aquellos que renunciaron a todo ilusorio espejismo y tuvieron el valor de medir los cuatro rincones de su vida. ¡Lejos de mí las vanas cimeras y las inútiles coronas formadas con plumas y rosas que dejaron peladas y hundidas las cabelleras y las mejillas de nuestras madres! ¡Lejos esos penachos de dolor y vergüenza! Todo lo que es puro entre nosotros, lleva ese nombre de proletario, se alumbra con el eterno día azul de las blusas. Todo lo demás, es turbio y ambiguo. El artesano es el único que cada día, desde por la mañana hasta la noche, mide con sus manos activas esa cinta del tiempo, de igual modo que los puentes miden los ríos y la dejan en talleres y fábricas, convertida en un tesoro cierto. Él da todas las formas deseadas a ese maná indistinto de las horas, que ya no bastaría a saciar la avidez de un niño. Él es el creador más evidente, y todos los instantes de su vida están marcados con toda claridad en esos grandes relojes de las fábricas, blancos como corderos, en los que su trabajo clava cada día veinticuatro puñales—porque el día proletario no

termina nunca—. A pesar de su tizne es el único blanco entre nosotros. Fuera de él tan sólo veo mendigos o canallas, taumaturgos de execrable poder, juglares de infortunada sonrisa, aventureros o tiranos. Proletario es lo único puro entre nosotros—ya sea labor de músculo o de intelecto, si se ofrece clara y limpia y aspira a un precio—. Todo lo demás, esplendores de origen misterioso confesado, que no pueden expresarse en un número; grandes fortunas inexplicadas, grandezas logradas violentando la horas, todo eso es lo inmundo; y si la obra maestra del arte, falta de un precio digno ha de florecer en ese cieno como la de los políticos o los grandes amos de la Prensa, prefiero, amigo mío, de poner el nombre de artista, declararme artesano y unirme a los que en la balanza suprema de la huelga pesan el valor de su obra y la defienden con su vida.

EL SINDICATO DE PERIODISTAS

XIX



QUELLA noche quiso asistir el Poeta a una reunión del Sindicato de Periodistas. Sentía curiosidad por ver cómo aquellos intelectuales se adiestraban en el manejo del arma que hasta entonces parecía patrimonio exclusivo de los obreros, como en otro tiempo la espada de los próceres. Deseoso de asegurarse un interlocutor de confianza, para comentar marginalmente el espectáculo, fué a buscar al amigo Irisarre, y en su compañía dirigióse al local en que se celebraba la reunión. Era un teatrillo ínfimo, donde en otro tiempo se habían exhibido artistas casi desnudas y que ahora, cerrado casi siempre, como esas iglesias donde se ha vertido sangre—acaso porque el espectáculo de tales desnudeces femeninas resultaba una suntuosidad excesiva en aquellos arrabales—, había quedado reducido a prestar hospitalidad a reuniones y mitins societarios. El escenario donde antaño danzara la escultura viva, servía ahora de tribuna a los oradores demagógicos—transforma-

ción notable que parecía un signo temporal y como la confirmación de esa revuelta plebeya que sigue siempre al momento exquisito, como su precio oneroso.

Al entrar los dos amigos en el local, hallábase éste lleno ya de una muchedumbre, en la que predominaba el tono negro de los trajes, el noble luto intelectual, única presea heredada por la clase media, de los antiguos caballeros. En el escenario rebullíanse las figuras de unos cuantos hombres desconocidos y frecuentes. El amigo Irisarre, irónico siempre, evocó el espectáculo antiguo, brindado en otro tiempo desde aquel escenario, y suspiró:

—¿Se acuerda usted de las señoras tan espléndidas que hemos visto con el traje de los incendios en ese tabladillo? Verdaderamente, hemos gozado las delicias de los césares paganos en un tiempo más generoso que el presente. Hemos visto mujeres desnudas, nos han sonreído los ombligos de las bayaderas, hijas de próceres arruinados han cantado para distraer nuestra melancolía... Era en una época en que todo eso empezaba; y nosotros hemos asistido al nacimiento de esa aurora de París en nuestras noches... Pero ahora ese escenario se ha convertido en una tribuna, casi en una barricada. Lo han ocupado unos hombres obscuros. ¿Por qué no son más pintorescos los intelectuales? ¿No observa usted que adoptan instintivamente un luto eclesiástico? ¡Son los caballeros del Santo Sepulcro de la alegría! La blusa siquiera es más gallarda. Se la imagina uno fácilmente con-

vertida en bandera de lucha. ¡Pero esas americanas negras! El luto es el signo de la esclavitud. Verá usted qué cosa más grotesca vamos a presenciar. Será como una parodia de las reuniones obreras.

El Poeta escuchábale contrariado.

—Amigo Irisarre—díjole—; el cultivo de la caricatura le ha deformado acaso la visión. Aguarde, para formar juicio, al final. Mire; la temperatura espiritual es elevada; hay una atmósfera estival de revuelta, un calor de medio día revolucionario.

—Pues yo lo que siento es un frío enorme—repuso el amigo Irisarre subiéndose el cuello del gabán.

También el Poeta lo sentía. Y todos los que se hallaban en la sala. Tenían todos puestos los gabanes y los sombreros y daban pataditas en el suelo para calentarse los pies, esos pies, siempre fríos, de los obreros intelectuales, cuyo cerebro, excitado en la labor, recaba para sí toda la sangre. Los hombres del escenario hallábanse también envueltos en sus gabanes y capas, y a veces daban paseítos, como por una pista, para calentarse. Hacía en el local una temperatura ártica que no bastaban a caldear los caloríferos de los cigarrillos. Y en aquel frío de estepa, los obreros de la noticia, los representantes del pensamiento asalariado, rebullíanse con un gesto tímido y contrariado, esforzándose por mantener un entusiasmo, a cada instante defraudado por la temperatura.

La reunión tenía por objeto cambiar impresiones en vísperas de una huelga probable. Los hombres del

escenario que componían el Comité directivo, exponían a los sindicados las adhesiones con que contaban para el caso de una huelga, y al mismo tiempo exploraban la voluntad de los reunidos. Hablaba en aquel momento un hombre enérgico y modesto, anónimo *repórter* de algún periódico que, envuelto en una capa de pobreza evangélica, parecía un artesano y al que ninguno conocía.

—Los obreros de las Artes Gráficas—decía—han suscrito, con nosotros, las bases presentadas a las Empresas, y están dispuestos a secundarnos, si vamos a una huelga. También se han adherido los vendedores de periódicos. ¡Si las Empresas rechazan nuestras bases, la huelga será completa!

Voces de entusiasmo acogieron aquellas manifestaciones. Partían de un lado del salón, donde, instintivamente, se habían agrupado los desheredados del periodismo, los meritorios, los *repórters* del suceso menudo, cazadores de la desmedrada liebre callejera, los redactores de esos periódicos donde no hay día fijo para cobrar.

Uno de ellos dijo, irónicamente:

—¡Si vamos a la huelga, llenarán el periódico los directores!

—¡Sí! ¡Sí!—dijeron otros—. ¡Tendrían que empezar por aprender a escribir!

—Además—observaron algunos—, ¿quién compondría sus cuartillas? ¡Están con nosotros los tipógrafos!

Aquella seguridad de contar con el hermano cajista, les llenaba de júbilo. La adhesión de los tipógrafos significaba el triunfo, pues ellos eran los únicos que, con su abstención, podían paralizar las máquinas, las plumas grandes y múltiples, haciendo irrisoria la labor de las otras plumas. Ellos tenían en su mano la gran fuente de azul, donde los redactores llenaban sus estilográficas.

Luego, el hombre del escenario expuso la actitud de los directores. Éstos se colocaban del lado de las Empresas. Sólo había la excepción del director de un periódico radical y de los directores de periódicos socialistas. Oyéronse entonces exclamaciones de indignación contra los directores.

—¡Y dicen que son nuestros padres!

—¡Se ponen del lado de las Empresas!

—La culpa la tenemos nosotros. ¿No le hemos puesto al representante del trust el nombre de *Don Padre de los Periodistas?*

Pero aquellas exclamaciones suscitaron rumores de protesta en otro grupo donde habían polarizado los redactores más antiguos de los periódicos importantes, los que al amparo de una libertad ya abolida para distribuir el adjetivo—ahora acaparado por las administraciones—, habían conseguido cargos burocráticos o los redactores-jefes que esperaban ser secretarios particulares de los directores cuando fueran ministros. Eran los que llevaban mejores abrigos, fumaban cigarrillos emboquillados y se movían lenta-

mente, con una noble glosopeda intelectual. Entre ellos estaban los súbditos de *Don Criterio* y *Don Padre de los Periodistas*. Protestaban con voz tímida contra los ataques a los directores.

—¡Esas exclamaciones son de mal gusto!—dijo uno de ellos.

—¡Habría que saber si son verdaderos periodistas los que así hablan!—dijo otro con desdén.

—¡Por ese camino vamos mal!—observó un tercero.

Y otro, finalmente, dijo con acento de profundo pesar:

—Temo que se malogre este movimiento. Con las turbas no se puede ir a ninguna parte. No veo en el Comité a ninguna persona respetable, a ningún periodista verdaderamente prestigioso, a ningún maestro del periodismo, en una palabra. Creo que vamos por mal camino.

El amigo Irisarre miró al Poeta con ojos que expresaban una angustia semejante a la que requiere la dosis de bicarbonato: la náusea del intelectual.

—Echan de menos—dijo—al amo, al patrono, el prestigio, la vejez y la podre. Se han corrompido al contacto con los políticos, se han asimilado su lenguaje y sus gestos, hablan en el estilo cobarde y cuco de sus gacetillas. Si el periodismo se dignificara algún día, habría que empezar por expulsarlos a ellos. Pero ¿cuándo se dignificará el periodismo?

En aquel instante, y como si hubiese recogido sus

palabras, otro orador anónimo que había sustituído al anterior, el cual, aterido de frío, paseaba ahora muy ligero por el escenario, hablaba de la necesidad de regenerar el periodismo. Una musa certera parecía inspirar al orador—un muchacho joven, aún no corrompido por la información política.

—Es necesario—decía—dignificar la profesión, convirtiéndola en una cosa perfectamente clara. Hay que evitar el que ciertos directores de periódicos paguen a sus redactores a expensas de los Ministerios, proporcionándoles destinos públicos. Hay que prohibirle al periodista que acepte esos destinos. El periodista no debe ser más que periodista, y como tal debe percibir su remuneración.

El grupo radical acogió aquellas palabras con entusiasmo, confirmándolas con un deshielo de lamentaciones.

—Sí, hay que deslindar la profesión. ¡Hoy todo el mundo es periodista!

—¡Los periódicos están llenos de intrusos que se llevan la mejor parte! Trabajan por un billete de teatro, por el derecho a hacer el suelto político, que les vale empleos e influencias.

—¡Así llegan muchos a diputados y a ministros!

—Hay que exigir que el periodismo lo ejerzan sólo los periodistas.

Un hálito de pureza salía de aquellas bocas honradas. Las figuras más humildes—y, naturalmente, más sanas—del periodismo, querían quitarle a la profesión

su carácter aleatorio y ambiguo, convertirla en una verdadera profesión, acabar con la farsa del ministro y del prócer que llaman compañeros al verdadero periodista, porque una vez en los principios de su carrera política, cultivaron, sin remuneración, el suelto tendencioso. Aquellos acólitos humildes del periodismo expresaban la aspiración de todas las almas puras y honradas de la Prensa, de los que, como el Poeta, considerábanse incapaces de la intriga, del logro aventurado, conseguido mediante una reprobable habilidad, y reclamaban altiva y honradamente un precio confesado.

Pero los otros, los que consideraban el periódico simplemente un medio, los que jugaban una carta en cada uno de sus números y esperaban ser agraciados en la ruleta política, protestaban escandalizados, aunque sin atreverse a gritar:

—¡Esto es intolerable!—decían—. ¡Eso es una coacción! ¡Soplan vientos bolcheviques!

—¡Sí; hace un frío propio de la estepa!—agregó otro, subiéndose el cuello del gabán—. Lo más prudente será retirarse.

Y empezó un desfile silencioso. Pero el grupo radical, que era el más numeroso, persistió. Restregándose las manos, dando pataditas en el suelo, como si estuviesen vendiendo el periódico sobre la escarcha invernal de las calles, bajo aquel techo sonrosado del teatrillo, que parecía un cielo de diciembre, siguieron formulando sus reivindicaciones, delatando abusos

de los directores y señalando posibles resistencias.

—Ya verán ustedes cómo *Don Padre de los Periodistas* rechaza las bases—decía uno.

—¡Vaya un padre!—agregó otro.

En el grupo de los periodistas conservadores se produjo entonces una disidencia curiosa. Los redactores de *Don Criterio* coreaban aquellas exclamaciones con risas y sarcasmos. Los redactores del trust, en cambio, protestaban.

El Poeta recordó la antigua rivalidad que existía entre unos y otros. *Don Criterio* era el enemigo mortal de *Don Padre de los Periodistas*, al que disputaba aquella paternidad, elevada con el tiempo a la categoría de un patriarcado efectivo, coronado con una mitra de papel impreso. La aspiración más grande de su vida de director había sido hundir el trust, cuyos éxitos envidiaba. Sus redactores tenían orden de no nombrar nunca a *Don Padre de los Periodistas:* éste, por su parte, correspondíale con el mismo silencio. Durante mucho tiempo, *Don Criterio* había publicado en la primera plana de su periódico un aviso que decía, en letras muy grandes: «Este periódico no pertenece al trust.» Hasta que un día, *Don Padre de los Periodistas*, mandó publicar en su hoja, con las letras más grandes de sus cajetines, estas líneas: «Dice el *Gorro de Dormir*—así se llamaba el órgano de *Don Criterio*—que no pertenece al trust; ¿qué más quisiera él? Nuestro periódico no aspira a ser un remedio contra el insomnio. Por lo demás, si

persiste en publicar esa nota, nosotros le obligaremos a quitarla, pues ya nos va molestando un poco el que se haga propaganda a costa nuestra y disponemos de un despertador infalible.»

Don Criterio, que tenía fama de duelista, suprimió desde el día siguiente la nota. Ahora, en la reunión del Sindicato, manifestábase también la antigua rivalidad. Y los redactores de *Don Criterio*, para molestar a los otros, extremaban el tono sindicalista. No hay que personalizar—decían los redactores de *Don Padre de los Periodistas*.

—Sí, sí; ¿por qué no?—decían los de *Don Criterio*—. Que se diga todo. A nosotros no se nos ha puesto veto para sindicarnos.

—Ni a nosotros. Nuestro director es verdaderamente un padre de los periodistas.

—¡Ja, ja!...

—Vámonos—díjole el amigo Irisarre al Poeta, sacándole del local. Y ya en la calle:

—Esto es indecoroso. Ahí tiene usted a esos hombres, igualmente esquilmados, defendiendo a sus patronos. Es el entusiasmo en la esclavitud. A eso no llega ningún proletario. El periodismo, amigo mío, es una cosa podrida en su origen. ¿Cabe algo más criminal que traficar con la noticia, adulterándola, desfigurándola a capricho, vendiendo unas veces la palabra y otras el silencio? Eso es peor todavía que adulterar un pan. Porque el pan siquiera, en su forma de harina ha sido adquirido, ha costado un

precio; pero la noticia es una cosa espontánea y gratuita, más bien una cosa robada por el periodista, que en esto se asemeja a los captadores de saltos de agua o de corrientes eléctricas: el *repórter* es ese puente subrepticio que defrauda a los contadores. Porque la noticia ha sido creada por otro hombre, por el actor del suceso, y el periodista la aprovecha como si fuera suya y la adoba y la amaña, a veces en perjuicio del actor, y además trafica con ella y la cobra él sólo. Y esto que sería un robo manifiesto y no podría hacerse, tratándose de una obra literaria, de una obra de imaginación, puede hacerse cuando se trata de un suceso, es decir, de una obra real.

El periodista puede hacer cuantas ediciones quiera de un crimen, y cobrar ese crimen sin darle participación alguna en las ganancias a ese pobre hombre que va a pagar con la vida su creación. Esto es odioso, aún más que lo que hace la Policía, que siquiera no cobra los crímenes ajenos. Fíjese usted en lo absurda e inmoral que resulta esa captación del suceso ajeno, sin pagar derechos de propiedad. La industria de la noticia es la única que no paga la materia prima. Y por si fuera poco todavía, la adultera y desvirtúa. Y hay una legión de hombres, que se dicen intelectuales, ocupados en esa tarea de desvirtuar la noticia, de amañarla y desfigurarla, convirtiéndola, ya en una cosa anodina, ya en un explosivo. Y esos hombres han abdicado de sus convicciones, acatan el criterio del director, y según la fórmula que éste

les da, combinan la realidad con una fantasía que es, al fin y al cabo, la que constituye su levadura. Los obreros que mezclan polvo de talco con la harina, no son tan criminales como esos hombres que adulteran la noticia, porque ésta es una cosa espiritual y como pan convertido en hostia.

Ya sería arriesgado aventurarse a narrar el suceso por la diversidad de apreciación de los sentidos, que ha engendrado los cuatro evangelios, y también porque la primera fase del suceso es siempre desconocida; pero propasarse a desvirtuarle sistemáticamente, eso es ya demasiado, y los hombres que aceptan tal misión, no merecen ningún respeto. Hago la excepción de usted y de los literatos que, a semejanza suya, hay extraviados por esas redacciones, secuestrados por los hombres de la noticia, como esas alondras extemporáneas que a veces tachonan el blasón de un guerrero .. Pero el verdadero periodista es el tipo del hombre venal por excelencia, del intelectual que trafica con lo más sagrado. ¡Oh, el intelectual! Permítame usted que exprese todo el desprecio que me inspira ese tipo de hombre vanidoso, cobarde, incapaz de toda grandeza, servidor de todos los Poderes, incluso del pueblo, cuando éste puede ser un Poder. ¡Y de estos hombres espera usted un movimiento societario! ¡Quimera de poeta! ¡Estos hombres, ambiciosos y vanos, estarán siempre vendidos a las Empresas! ¡Ya lo verá usted! Valen menos que el obrero más vil. Y estos obreros de la noticia se

llaman intelectuales, cuando representan todo lo contrario del conocimiento intelectual. Ya sabe usted que soy poco erudito; pero recuerdo una frase de Pascal, que usted recordará también: «el conocimiento científico adolece, según él, de ser un conocimiento fragmentario, parcial y sucesivo»; ¿verdad que la frase parece hecha para el periódico?

—¡Es verdad!—murmura el Poeta, que más de una vez pensó en ello con bochorno.

—Pues ¿qué puede usted esperar de hombres que se enorgullecen de esa profesión, y de ella recaban títulos para llamarse intelectuales? Esos hombres son incapaces de hacer ninguna revolución.

—Pero, si vamos a la huelga, siempre habrá sido hermoso, cuando menos, haberse arriesgado por afirmar una voluntad de pureza. Quizá, algún día, los obreros impondrán la integridad en las industrias, y los periodistas la verdad de la noticia...

El amigo Irisarre sonríe escéptico. Luego dice:

—¡La huelga siempre es bella! Es la aurora azul de las blusas que anuncia el mediodía rojo de las revoluciones. Pero esos hombres intelectuales tienen demasiado frío en los pies para encender ninguna hoguera.

LA HUELGA DE LA NOTICIA

◉ ◉

XX



HORA el Poeta, al fin, está ya en huelga, si no como creador lírico, al menos como periodista, dando así plenitud a su aspecto proletario. Un día, al llegar a la redacción, se la ha encontrado abandonada, sin más presencia que la de aquellas plumas que, por desgracia para las Empresas, no son automáticas. Todos los compañeros han abandonado ya la labor, dimitiendo interinamente sus instrumentos de trabajo, esas plumas más adaptables y humanas que ninguna otra herramienta, esas plumas que trabajan caldeadas por la temperatura generosa de la mano. También han abandonado el trabajo los obreros tipógrafos y hasta los ordenanzas, esos ordenanzas que, en días normales, llevaban a la imprenta la noticia tibia y maleable, envuelta, como algo vivo y recién alumbrado, en los pañales de las cuartillas. La huelga alcanza a cuantos intervienen en la elaboración de la noticia, a cuantos cooperan a esa cosecha del fruto espontáneo del suceso. La sala de redacción, desierta y

tranquila, tiene ahora al fin un aspecto de domingo, conoce al fin su primer domingo, esa maravilla ignorada de los que, aun en los días festivos, acechaban el suceso al pie de las madrigueras telefónicas. El gran reloj, tiránico otros días, reluce ahora como un gran semblante plácido. Un rayo de sol en las paredes da a la estancia, desierta y llena de tinteros, el aspecto de un aula escolar, de la antigua clase donde los periodistas, niños, se ejercitaban en hacer palotes. Y el Poeta, en medio de la estancia, desierta, encantado por aquel silencio, hoy que hay huelga, no se decide a irse. Y casi siente en su corazón ingenuo que también este raudal generoso que manaba de los tinteros se acabe y que otra labor incondicional formule sus reivindicaciones. Siente el respeto a los muertos, a los hombres que antes que él se desangraron, generosos, sobre aquella mesa, como sobre una gran tina, y siente también todo lo solemne de aquel tránsito al país de los proletarios. Tales emociones le tienen paralizado en medio de la sala. Y quizá también le tienta la avaricia de sentarse él solo en aquella mesa y escribir, con todas las plumas mojadas en todos los tinteros, un gran poema inútil, asemejándose a un niño que jugase con herramientas de trabajo. Pero en aquel instante ábrese la puerta del despacho del director y aparece *Don Criterio*, vistiendo su bata con charreteras. Asómbrase de ver allí al Poeta, y le interpela:

—¿Qué hace usted aquí? ¿No sabe que están en

huelga? Váyase.—Y el director ríe con una risa extraña, misteriosa, casi alegre.

El asombrado es ahora el Poeta:

¿Por qué reirá este hombre? ¿No siente pena de verse abandonado? ¿No le entristece este silencio absoluto de todas las máquinas, hasta de esas plumas que antes hacían sobre el papel, todas a un tiempo, un rumor de enjambre alado? ¿No le aflige verse solo? ¿Qué misterio se cifrará en esa risa?

Don Criterio vuelve a reir. —Sí, hombre, váyase, váyase a dar un paseo. ¿No ve que si viene alguna Comisión y lo encuentran aquí, creerán que es usted víctima de alguna coacción y me romperán los cristales a pedradas?

El Poeta vacila un instante: pero ante la insistente mirada de *Don Criterio*, se despide.

—Es lamentable—murmura, y esta exclamación resume todo su pensamiento—. Es lamentable que los poderes encargados de la tutela del mundo, hayan hecho del intelectual un propietario; porque falta de amor es lo que revelan esas plumas abandonadas. El Poeta se va. —Adiós.—Se despide de *Don Criterio* con una mirada triste. Pero el director ríe francamente con alegría.

—Adiós. Están en huelga... ¡Una huelga de periodistas! ¡Una huelga de periodistas!

....

El Poeta sale de la redacción y camina desorientado. Hace un día hermoso de soleado invierno; y hace

tanto tiempo que el Poeta siempre encerrado en las almadrabas de la noticia, no ve el venero de donde esta surge, viva y espontánea, la muchedumbre en su hora más ardiente de trabajo y pasión. ¡Y se encamina hacia las rondas y los barrios bajos, hacia sus itinerarios predilectos, buscando los lugares en que las muchedumbres proletarias desarrollan su vida, sujeta a la necesidad y huérfana de todo albur! Pasea hoy, en su primero y excepcional domingo, después de tanto tiempo—quince años—por entre las mujeres que hacen calceta al sol con un pañuelo sobre la cara como si estuvieran muertas y por entre los niños pobres que juegan con el barro y por entre los obreros que trabajan o huelgan también como él mismo. Camina el Poeta alta la frente, con el paso firme, sin esa timidez que otras veces sintió, al caminar por los suburbios, considerándose importuno en tales lugares, sin el santo y seña con que contestar a una interpelación brusca. Si ahora le diesen ese alto temido en otras ocasiones, si ahora le preguntasen de pronto ¿quién eres tú y con qué derecho vienes aquí a presenciar nuestra miseria, tu, intelectual, cobarde, traidor, eterno lacayo de todos los poderes, que salido de nuestro seno, prestas tú pluma mentirosa para desvirtuar la verdad de nuestra miseria, a cambio de un salario mezquino, que ni siquiera tienes el valor de rehusar?

Ahora el Poeta no tendría por qué avergonzarse, pues les contestaría:

—Yo, hermanos, soy uno de vosotros; soy un proletario, pertenezco a un Sindicato, y estoy cumpliendo en este instante una orden de huelga... Soy uno de vosotros: me uno a vuestra protesta, me aventuro a vuestros riesgos, y así como vosotros, en un día de reivindicaciones, apagáis vuestros hornos, yo hoy he cegado mi tintero y tronchado las alas a la noticia, que ya no podrá volar a las manos de los ociosos. Soy uno de vosotros; estoy unido al hermano cajista y al hermano vendedor de periódicos, que ya se llamaba también periodista, como si presintiese esta solidaridad, y de acuerdo con ellos he inscrito mis reivindicaciones en un cartel rojo, y en la espera de ser atendido, he apagado, para lanzar así mi grito de guerra silencioso, ese clamor múltiple que hasta aquí hería los tímpanos de la noche y de la mañana.

Así piensa el Poeta que respondería. Y fortalecido por el sentimiento de esta fraternidad, pasea con andar seguro por los barrios pobres, siempre predilectos. Está lleno de la conciencia heroica de su protesta, del valor inmenso de su ocio, porque en realidad doloroso le ha sido el separarse por un día sólo, de la pluma, de tanto tiempo casada con su mano. Recréase en el silencio que de pronto ha caído sobre la ciudad, en la sombra clemente que envuelve al suceso—desgracia, crimen—desde que no hay periódicos, en la sordina guateada que envuelve delicadamente a la noticia, haciéndola de pronto una cosa tan magnífica y onerosa como un fruto exquisito y remoto

envuelto en gasas finas. Piensa: esta noche la noticia faltará en la mesa de los ricos y en la cama de los que se acuestan temprano; como otros días faltó el pan o la leña, hoy faltará la noticia que parecía infalible. Y entonces pensarán en nosotros, los periodistas; se acordarán de noscotros y nos echarán de menos, de igual modo que otras veces me acordaba yo mismo, yo que nunca viajo, de ese guarda agujas, perdido en el azul de la vía férrea, cuando un telegrama nos hablaba de la huelga ferroviaria.

Ahora el Poeta es ese huelguista anónimo, cuyas reivindicaciones, huelgas y actos de sabotaje refirió él en la hoja impresa, en falsas versiones acomodadas a la índole del periódico. Y de pronto, ante ase recuerdo, un remordimiento súbito asalta al Poeta. Recuerda cómo el redactor-jefe le advertía al entregarle uno de esos telegramas que hacían relación de la gesta obrera.

—Ya sabe usted la índole del periódico. No se incline usted mucho a favor de los obreros; haga usted resaltar los actos de coacción y de sabotaje. Y diga usted que la huelga es antipática a la opinión. Ya sabe usted que ese es el criterio del periódico.

Y el Poeta, aunque sin mucho celo, se atenía a esas instrucciones, abochornado y sintiendo que, al hacerlo así, dañaba a la verdad del dolor de una clase sufrida y heroica.

—¿Y si ahora—piensa el poeta—nos reprochasen eso los obreros? ¿Qué les contestaría yo? ¿Y nos gus-

taría ahora a nosotros, huelguistas hoy al fin, que alguien nos desvirtuase la verdad, diciendo que nuestra huelga era antipática? ¡Oh nuestro gran pecado de torcer la pluma, esa pluma que debiera ser tan recta como la vara de la justicia! ¡Oh nuestra gran vileza de la que nunca nos rescataremos, porque al fin y al cabo siempre habremos de estar sometidos a un criterio parcial y capitalista! Y el Poeta siente bochorno—¡cuántas veces no lo ha sentido!—de ser periodista, evangelista mentiroso de la realidad—. Pero, en fin—suspira luego, y esto es lo más doloroso—; los proletarios mismos incurren en esa inmoralidad, en ese sabotage impuesto por los patronos; pues los obreros panaderos que amasan una harina mezclada con talco, y los dependientes que sobre los mostradores merman el peso, son también cómplices de los patronos. Esa es la ley de necesidad y de pobreza, que pesa sobre cuantos enajenan su músculo o su cerebro: y en resumen, es el gran pecado, la gran coacción del capitalismo. Pero el caso es que ahora también los periodistas estamos en huelga, que hemos prescindido del vano pudor de asemejarnos a los obreros y renunciado a un cúmulo de irrisorias prerrogativas para vivir en la verdad de nuestra pobreza, que hemos realizado el acto suntuoso y arriesgado de señalar un precio a nuestra labor: y que yo, elemento ambiguo ayer, servidor de los poderes, esquirol del pensamiento, estoy ahora, por fin, al lado de los que sufren y luchan firmando una solidaridad

fecunda para el porvenir. En adelante esa legión de periodistas que antes desfiguraba sin remordimiento la historia, comprenderá la trascendencia que tiene toda lucha proletaria, vacilará antes de condenar una huelga, o de exagerar el alcance de actos de violencia cometidos por la desesperación: una solidaridad moral, más fuerte que la complicidad con los poderes, unirá a todos los que trabajan y hará posible la armonía social presentida por los soñadores.

....

En la puerta de Teléfonos, en la Sublime Puerta de la noticia, tan animada siempre, hay ahora una animación excepcional. Todos los periodistas en huelga se han reunido allí, comunicando a aquella suntuosa residencia de la noticia el aspecto turbio y férvido de los muelles ferroviarios o marítimos en días de huelga, salvo que falta en el aire esa aurora azul y primaveral de las blusas. Están allí todos los periodistas en huelga que dejaron clavadas sus plumas en las mesas de redacción en señal de protesta, y también un gran número de curiosos, políticos y bolsistas, asiduos de la noticia, para los cuales la noticia verbal tiene el valor de una cifra aritmética. Privados del periódico habitual, han acudido allí, porque ahora la puerta de Teléfonos es como un periódico vivo, representado por sus autores, como en esas revistas cómicas en que salían los artistas con gorros de dormir o pajaritas de papel, marcadas con los títulos de la Prensa local. Hoy el periódico está allí,

encarnado en sus autores y hasta entre sus obreros; porque entre los grupos de redactores, casi todos vestidos del noble luto intelectual, se ven también corros tímidos de cajistas que, con sus manos tiznadas de ese otro luto inmortal de la tinta de imprenta, dan fe de una gallarda y como inverosímil solidaridad. En la ausencia de la hoja impresa, que le da cierto aspecto estable, el periódico vuelve a ser la hoja hablada, efímera y circunstancial que fué en sus orígenes. La noticia brota espontánea y cunera; circula, es rectificada, se agranda, sufre toda clase de metamorfosis y muere, sin haber logrado la perennidad relativa de la letra de molde, porque están ociosas, en este su viernes santo, las plumas que la plasman y las máquinas que la multiplican. El palacio de Teléfonos parece la gran urna de cristal en que esa noticia extinta ahora reposa, aguardando su resurgir entre el clamoreo pascual de las máquinas.

Y entretanto los huelguistas, como siguiendo el inveterado resabio de la profesión, trazan verbalmente el balance del día y expresan en el aire la facundia, otras veces desahogada en las cuartillas, en los artículos de fondo y en los sueltos políticos. La huelga no es total: los redactores de algunos periódicos—naturalmente, los pertenecientes a la buena Prensa—no se han sindicado; otros, aunque sindicados, no se han atrevido a secundar la orden de huelga por no contar con la solidaridad de los tipógrafos, reclutados entre los trabajadores libres. La noti-

cia más sensacional es la de que *Don Padre de los Periodistas*, director de un periódico liberal, de abolengo republicano y avanzado, que hasta aquí pareció favorecer la política societaria de los obreros, hasta el punto de ser el periódico que las alondras jornaleras llevaban en los tranvías matinales al lado de sus portaviandas, se ha declarado resueltamente antisindicalista en el momento en que sus redactores pretendieron seguir la política societaria por él aprobada en los proletarios. El director de ese periódico, organizador de un trust periodístico que ya agoniza—sólo lo forman en la actualidad dos periódicos, uno de la mañana y otro de la noche, con los que pretende ceñir los dos hemisferios del día—, es presidente de la Asociación de la Prensa y ostenta el epíteto, mil veces otorgado con la solemnidad de un gran collar, de padre y maestro de los periodistas, y de patriarca de la Prensa, título que justifica en lo exterior con unas largas barbas patriarcales ya algo blancas. Ahora sus *hijos* empiezan ya a repudiar esa paternidad postiza, y, como si despojaran su cuerpo prócer de insignias y veneras, le arrebatan, uno por uno, todos esos epítetos.

Y algunos dicen:

—¡Será preciso destituirlo, mediante votación, de la presidencia de nuestra Sociedad!

Y en aquel momento tendrían mayoría los que así hablan. Caldéase el ambiente con un buen calor proletario y los semblantes muestran un ceño agresi-

vo, que es como el arco iris de una justicia largo tiempo esperada. Otra noticia.

—Los maestros del periodismo, los periodistas que ya se encumbraron a los altos puestos de la política o la literatura, los exministros y los académicos son enemigos de la huelga e invocan los fueros de las profesiones liberales. Su argumento principal es que no puede ponerse tarifa a la pluma. Argumento que hace sonreir al Poeta. ¿No han puesto ya precio a las plumas todas de las redacciones sus directores? A su lado, periodistas anónimos y mal vestidos, bravos cazadores de la noticia y como su clero humilde, protestan contra ese lenguaje episcopal.

—¡Claro—dicen—, como a ellos no les falta ya nada! Pero ¿qué tienen que ver ellos ya con los verdaderos periodistas? Ellos se han divorciado hace ya mucho tiempo de la noticia y de esta profesión que se cumple en la calle casi a la intemperie, con todas las molestias y riesgos de una profesión manual y hasta con su anónimo. Ellos son los periodistas de la firma, del artículo, que ni siquiera van a la redacción. Claman así aquellos proletarios de la pluma; y el Poeta, no obstante ser él también— al menos en su aspiración—un periodista de firma, comprende la justicia de aquellas protestas, que confirman la existencia de un proletariado dentro de la preconizada profesión libre. ¡Que la culpa recaiga sobre aquéllos que exasperaron hasta el término de la protesta a ese noble proletariado! E instintivamente piensa en los directores.

¿Qué hacen ahora los directores? Desde el primer momento, arrojaron el antifaz del compañerismo, y si no emplean sus plumas como lanzas para combatir a su hermanos, es porque las rotativas inmóviles no reproducirían sus palabras con esos crasos caracteres que son como su escritura habitual; pues el tipo es la letra de los directores. En un corro, junto al Poeta, dicen:

—Los directores se han reunido con las Empresas y están deliberando. Quieren constituir un bloque, ayudarse mutuamente con sus medios de defensa, publicar un periódico único, que sea como el órgano oficial de los patronos. Según dicen, no pueden pasarse sin la comunicación espiritual con el público.

—Sí; magnífica frase—dice uno—, la conocemos. Es una frase de artículo de fondo en épocas de censura. ¿Para qué necesitan ellos la comunicación espiritual con el público? ¿Le hablan alguna vez con el corazón? ¿Le dicen alguna vez la verdad? Lo que ellos desean—prosigue—es la comunicación financiera. No quieren perder la moneda con que el público paga esa comunicación.

—Pero no lograrán formar ese bloque; ya lo verán ustedes—dice otro periodista, al que no conoce el Poeta, pues hoy la solidaridad profesional es tan viva que aun los desconocidos dialogan—. No lo conseguirán, porque están desunidos, como ustedes saben; el egoísmo los separa y todos ellos tienen antiguos resentimientos que vengar. Los enemigos del trust, en-

tre ellos *Don Criterio*, el autor de ese célebre aforismo...

—Una cosa es beber y otra emborracharse—continúan todos a coro—. Una cosa es sindicarse y otra sindicalizarse.

—Bueno, pues los enemigos del trust, entre ellos *Don Criterio*, celebran la ocasión que se les presenta para destrozar a su antiguo adversario, y se opondrán a toda solidaridad entre los patronos. *Don Criterio* ha de ser el eje del bloque antitrustero, y como *Don Padre de los Periodistas* se ha declarado francamente hostil al Sindicato, la táctica de *Don Criterio* ha de consistir en gestionar una fórmula de arreglo con los periodistas sindicados, haciendo equilibrios sobre la cuerda floja de su aforismo—una cosa es sindicarse y otra sindicalizarse—. Él favorecerá la sindicación por conveniencia y combatirá la sindicalización por deber cívico. Él resolverá la huelga y en pocos días, pues el interés de los enemigos del trust consiste en aprovechar la descomunal torpeza cometida por *Don Padre de los Periodistas*, y el abandono en que han de dejarle redactores y tipógrafos, para atraerse al público de esos dos periódicos que no salen.

—Y además—agrega otro—, fundándose en la huelga y en el aumento de sueldos, propondrá a sus compañeros de bloque la elevación del precio de los periódicos, idea que persigue hace tiempo, suprimiendo la tradicional perra chica, «remuneración indigna de la noble mercancía intelectual».

El Poeta escucha con gran atención estas palabras, que le descubren la clave de la huelga con esa sagacidad periodística, habituada a inquirir en las intenciones de los políticos. Ahora se explica la intempestiva alegría de *Don Criterio*. ¡Alegría feroz de desquite! Y además, no ve entre aquellos grupos a ninguno de sus compañeros, ni al redactor-jefe, al hombre enlutado y triste, que acaso sea simplemente un taimado, un mueblecillo de secretos, ni a aquellos otros que parecen gozar de la confianza de *Don Criterio*. Pero ¡qué importa! ¡Él ha ido a la huelga de buena fe! Él está resuelto a obedecer al Sindicato, con toda formalidad, desde que se ha declarado proletario. Pero ¿qué pasa? De pronto un gran revuelo. Las parejas de la Guardia civil montada, evolucionan, casi quieren invadir el andén de Teléfonos. Es que acaban de llegar las ediciones vespertinas de dos periódicos elaborados por esquiroles, y los vendedores en huelga se los arrebatan, para quemarlos, a los hermanos traidores. El Poeta, con otros periodistas, sale a la calle. Es el momento patético, la nota pintoresca de la huelga. Verdaderamente interesante, porque nunca la hoja impresa fué hasta tal punto estandarte y lábaro. Grupos hostiles se la disputan y luchan por ella; los vendedores esquiroles la defienden, adhiriéndosela al pecho como en esas noches invernales en que un periódico puede ser un abrigo ingenuo; los vendedores huelguistas tienden a apresarla con sus manos airadas para destruirla como a una bandera

odiosa. Hay un poco de lucha y los huelguistas gritan: ¡Es mi pan! ¡Es nuestro pan!

El Poeta, simple número en aquella muchedumbre, secunda por piedad instintiva a los huelguistas. Hay entre ellos ancianos, mujeres y niños: y es suya la hoja, debe ser suya, pues en todo tiempo la vocearon forzando su garganta, y apretándola contra su pecho; y más de una vez la ampararon con su prestigio a cambio de ese calor generoso, pues la hoja impresa, ilustrada por esas figuras patéticas, se llenaba de una belleza inesperada que forzaba el óbolo reacio. Los esquiroles son, en su mayoría, redactores del propio periódico, señoritos afiliados a Sociedades antisindicalistas, advenedizos del periodismo, esquiroles de afición. Y es duro verles contender, con energía deportiva, con la verdadera prole obrera. Pero los huelguistas, junto al Poeta, han conseguido arrebatar a los esquiroles un puñado de hojas impresas y las han prendido fuego, improvisando hogueras que recuerdan los juegos infantiles de San Juan. Y algún huelguista viejo, olvidando su encono, se calienta un momento las manos, junto a ellas, con un gesto plácido. Pero algunos transeuntes bien vestidos protestan contra el atropello y proclaman la libertad del trabajo. ¿Por qué se ha de obligar a nadie a la huelga? Eso es una tiranía.

El Poeta sonríe amargamente. ¡Conoce de antiguo esa romanza de la libertad! ¿Pero es que existe en alguna parte esa libertad ilusoria? ¿No abusan siempre

los poderes de la coacción? ¿Y se ha hecho algo alguna vez sin tiranía? El caso se cifra en que la tiranía sea justa y tenga la sanción del mayor número. Y en este caso la tiene. Y sin poderse reprimir, con un gesto que resulta heroico bajo la inminencia de los caballos de la Guardia civil, interpela a uno de los protestantes:

—¿Pero usted cree en esa libertad que sería un caos? ¿Usted no cree que existe una solidaridad moral? ¿No le declararon a usted soldado a su tiempo; no le vacunaron, pinchándole en el brazo; no le aislan, si tiene una enfermedad contagiosa, para que no se la comunique a los demás? ¿No ve que no existe el derecho a ser sucio ni a tener la viruela ni a echarle a otros sus piojos? Pues tampoco hay el derecho a envilecerse, aceptando una remuneración indigna por su trabajo. Porque esa vileza recae sobre todos lo mismo que la pústula variolosa.

Habla con un brío, que el transeunte desconocido calla y reflexiona. Y se disculpa diciendo:

—No, verdaderamente, yo no estaba enterado.

Pero en aquel instante unos brazos sucios se le tienden, conminadores, al Poeta, y una voz de inflexiones histriónicas, grita:

—Pero, por Dios, ¿tú maestro, tú poeta, mezclado con las turbas proletarias? ¿Tú huelguista? ¿Pero es que el pensamiento puede holgar nunca?

Es el novelista. Sin duda, está borracho, pues hay demasiada luz en sus ojos mustios. El Poeta le mira

con desdén, molesto por aquel aparato histriónico. El novelista prosigue con tono plañidero:

—Oh, maestro, el corazón se me parte de ver consumirse en el fuego a estas hojas que van marcadas con el noble sello del pensamiento. ¡Me parece que veo arder algo vivo y humano, un cerebro en este auto de fe! El pensamiento es sagrado. ¡El pensamiento no debe ser nunca víctima de coacción, sea de quien sea; el pensamiento, por naturaleza, ha de ser libre! Quemar una hoja impresa es un acto de barbarie. Y yo, que soy un intelectual, no puedo consentirlo.

El novelista se exalta, grita ya, y con sus manos, a riesgo de quemarse, apaga la diminuta hoguera.

—La apago con las manos—dice—porque los pies me parecerían irreverentes.

Y con las manos va sacando del fuego las hojas chamuscadas. El Poeta se opone a esta labor salvadora; lo coge de los brazos, lo zarandea.

—Basta de farsa; estás borracho. ¿Qué te importa a ti el pensamiento? No lo aprecias, lo das de balde; si lo estimaras, estarías con nosotros, que tratamos de dignificar el cerebro. Deja que se consuman esas pavesas, ¡miserable!

Pero el novelista lo mira fijamente, hasta que sus ojos, embotados por la bebida, se tornan de una extraordinaria sagacidad. Y con voz quejumbrosa, pero de una sinceridad suprema, le dice:

—¡Oh, hermano, no seas ciego! ¿Qué tienes tú que

ver? ¿Eres acaso un proletario? ¿Eres siquiera un periodista? No, tú eres un poeta; este señor—en voz alta—es un poeta, no un periodista. Tiene la nobleza de no ser un periodista. Hermano, aunque los periodistas triunfen en sus reivindicaciones, ¿qué adelantarás tú? Tú serás siempre un poeta, condenado a la pobreza absoluta, porque nadie se cuida de los poetas, ni hay para ellos Sindicatos. Para ti ni para mí no hay Sindicatos. No hay más que el placer noble y generoso de regalar pensamiento a la muchedumbre ingrata. Por eso para nosotros no debe haber sino el culto al pensamiento. Hermano, no restablezcas los autos de fe. Escribe siempre, y sin condiciones: ¡ese es tu deber único!

—¡Sí; y que sigan la farsa y la tragedia del escritor!

—¿Y qué has de hacerle, hermano, si naciste poeta? Para nosotros no hay redención posible. ¡Ya ves, yo, para quien nunca estas hojas tuvieron un elogio, yo, sistemáticamente proscrito de las columnas de la gran Prensa, tiemblo y me enternezco al verlas arder, y apago con mis manos ese fuego, lo único que ellas podrían darme!

Y abrazado al Poeta, el novelista solloza con una efusión demasiado viva para ser histriónica. Y el Poeta ya no sabe qué decirle y solloza con él.

....

La hermana está llena de zozobra y de desencanto estos días. Teme por el Poeta, que como esos huelguistas cuya suerte en otro tiempo la inquietaba por

pura piedad, está expuesto ahora a los peligros de la represalia de los poderes, expuesto a que en su carne se grabe, tatuaje doloroso, la huella de las herraduras de los caballos pretorianos; y, además, una gran desilusión la sobrecoge, la desilusión de no ser más que hermana de un proletario, enteramente igual a la asistenta vestida de un luto basto y recosido. Contempla al Poeta pobre, que muestra ahora en su frente un ceño enérgico, enteramente nuevo, como el signo de una edad tardía, y solloza. El Poeta la interroga.

—¿Por qué suspirar, hermana?

Ella hace un gesto de desaliento, dejando caer su mano lacia como esa trenza de pelo que se renuncia a trenzar.

—No sé— responde—, me inquieta ese tu sombrío entusiasmo. Nunca te había visto ceño hasta ahora, ese ceño que parece un puño apretado. Y me apena pensar que sólo seas al fin un proletario, un pobre proletario en huelga. Me parece como si acabáramos de perder una noble presea heredada; el pudor y la altivez de nuestra clase media. ¡Y tus ambiciones de poeta también!

El Poeta la mira con ojos tristes y opacos como esa ventana de cristales emplomados que se niega a reflejar ni el oro de un ocaso y responde:

—Es verdad que parece que una cimera se nos ha desprendido de la frente. Pero, en cambio, una mayor claridad se revela ahora en nuestra piel desnuda.

Empezamos a vivir en la verdad y hay en nuestras frentes, como el resplandor, helado acaso, de una aurora de invierno, pero sincero y honrado. ¿A qué vivir en la mentira de nuestras ilusiones, si, Poeta, creador de una belleza inútil, era una cosa todavía más pobre que un obrero? Ahora al menos, soy un proletario.

La hermana se estremece, como si en su alma esa palabra diese un reflejo opaco.

—¡Pero eso es lo que me apena, hermano mío! ¡Tú, poeta, de semblante tan risueño cuando niño y hasta ayer mismo joven, mostrando ahora el ceño antiguo de los proletarios! ¡Tú, unido a los que enarbolan una blusa tiznada como bandera! ¡No a los que visten los mantos de armiño y las capas de oro y soportan en las frentes coronas y mitras!

Le asusta el pensamiento de descender, siente el pudor y el desencanto de perder la jerarquía ideal. El hermano le responde:

—Sí, unido a las blusas. Así debía ser, hermana. ¿No soy el hijo de una madre pobre, no he sido un niño pobre y no me he arrastrado en la casa paterna, jugando entre virutas? El arte era una cosa demasiado onerosa para mí; nuestro padre consumió el pobre aliento de su vida enfermiza, corriendo tras la sombra del arte, sin poder siquiera engalanar con esa sombra pavorosa y magnífica, nuestra casa; y yo, ya lo ves, sucumbo también, después de haber compartido mi esquiva suerte, entre el trabajo y el arte: pe-

riodista y Poeta, ¡qué cosa tan ambigua y vaga he sido yo en mi vida! ¡Ni siquiera un bohemio franco, con el orgullo de sus harapos y la ilusión de llevar estrellas entre sus greñas piojosas! Ahora siquiera, soy algo: soy obrero y he puesto un precio a mi labor como los artesanos.

—Y estás en huelga. Y te colocas frente a la que, al fin y al cabo, es tu clase y tu estirpe.

—¿Y qué hicieron ellos por evitarlo? ¿No fueron ellos mismos los que me lanzaron fuera de la urbe cerrada, hacia los suburbios? Te comprendo, oh hermana; sé lo que quieres decir. Que mi actitud pudiera parecer una traición. Pero ¿no fueron ellos los traidores? ¿No gobernaban en nombre del Espíritu, no me enseñaron a adorar a ese Espíritu, casi como a un ídolo de culto sanguinario? Y, sin embargo, sistemáticamente, ellos despreciaban a ese Espíritu, cuando se manifestaba en nuestras frentes y halagaban a esa barbarie que decían condenar. Se inclinaban ante la fuerza, transigían con las blusas, consagrándolas así como lábaros. Pactaban con las espadas y los bastos, mientras que a la pluma ni siquiera la saludaban con un gesto de pleitesía. Nos expulsaban ellos mismos de su urbe sagrada, después de habernos prometido el mejor lugar en el foro. ¿Sabes lo que ha respondido el director de un periódico a las reivindicaciones de sus redactores? Pues que no les temía, porque contaba con la fidelidad de sus tipógrafos. Para ese hombre el redactor es un intermediario in-

útil entre su voluntad y los cajistas, algo simplemente comparable con una estilográfica. ¿Podrán reprocharnos después de eso nuestra deserción? Si ahora mismo titubean un poco, ¿no es porque les infunde miedo el batallón de blusas azules que nos secunda? Lo que nos hace algo respetables es esa cohorte de arcángeles tiznados.

La hermana suspira, y pregunta luego:

—¿Y qué dicen ahora los directores? ¿No se proclamaban antes hermanos y padres vuestros?

—¡Oh el engaño del suelto periodístico! Ahora los directores hacen causa común con las Empresas. Han arrojado la máscara. Y empleando el lenguaje de todos los patronos, dicen que no defienden intereses, sino principios. Condenan simplemente el espíritu sindicalista. Así dicen, pero esa es su argucia antigua. En tiempo de las revoluciones políticas, los poderes se oponían a las reivindicaciones de esa índole exhortando al pueblo a las reivindicaciones económicas; ahora que las revoluciones de la masa son de esa clase, las acusan de falta de idealidad. ¡Como si a ellos les interesasen los ideales! ¡Como si no fuesen siempre las clases dominantes y pudientes las más inmorales con su práctica descarnada e insolente del lujo! ¿Cómo pueden erigirse en paladines del idealismo los que así se lanzan sobre las preseas materiales? ¿Será una de sus mujeres más adecuada madona para sostener a un ideal que tú, oh hermana,

de rodillas lisas en esta casa sólo poblada por las golondrinas de los desvanes?

Calla la hermana y, en silencio, recuerda el lujo que ostentan la mujer y los hijos, y la casa de *Don Criterio*, y a qué largos y venturosos itinerarios conduce el autómovil que ella ha visto a la puerta de la redacción alguna vez, cuando le llevaba al hermano el blanco pañuelo de hilo, olvidado en la premura de la salida. Evoca por un momento las pieles de la arrogante consorte y de sus hijas, y sus fulgentes coturnos, y hasta ese oro artificial de sus cabellos con que parecen querer aumentar el brillo de su riqueza: y comprende que el Poeta tiene razón. Pero, no obstante, le asusta ver en sus ojos, estrella de mal presagio, esa llama proletaria.

—¿Quién más idealista que nosotros? ¿Acaso él, que cuando por primera vez se sentó en su mesa directorial estaba lleno del fango de la calle y hoy, luce charreteras de ese ridículo Estado Mayor de los advenedizos? ¿Él, que arroja en las mesas de juego, fiándolos a la fortuna, esos billetes azules con que tú apenas te atreves a tapizar tus sueños? No, los idealistas somos nosotros que, verdaderamente, nos hemos sacrificado por el Espíritu hasta descarnarnos, para representarlo más propiamente. ¿Y ahora se asombran de nuestras reivindicacionos? ¡Ellos que ni siquiera son próceres; que ni siquiera en su semblante tienen un cartílago o un signo cualquiera que los proclame descendientes de un linaje noble!

Habla con brío, invirtiendo su penacho y, la hermana, lo oye asustada, temblando ante el porvenir misterioso.

Y le conjura:

—No hables así. ¡Podrían oirte! Temo, temo que tu entusiasmo te sea fatal. A pesar de todo, no puedo creer en la solidaridad de tus compañeros. Seguramente, ellos estos días no tendrán abandonado al director como tú, que sólo vas a engrosar el número de los huelguistas. No puedo convencerme de la sinceridad de los intelectuales. ¡No sé por qué, me parece que los Sindicatos y las huelgas sólo son armas eficaces en las manos fuertes y leales de los proletarios!

—Puede que tengas razón, hermana. Ya lo he pensado alguna vez. El obrero no tiene la soberbia y el falso pudor del intelectual que aspira a ser Individuo. Es más sincero y más gregario. No aspira a ser un número desprendido de la suma, girando, estrella solitaria y altiva, en la noche de los demás. ¡Y, además, esgrime el arma de la coacción, sin temor a la censura! ¡Después de todo, es lamentable que todavía, en esta huelga, no haya habido lucha verdadera: que ni una gota de sangre haya signado estas reivindicaciones!

Al oir la palabra rosada y alarmante, tiembla la hermana y conjura al Poeta.

—¡Por Dios, no hables así! Tú Poeta, ¿te convertirías en una furia demagógica?

—No, hermana. Pero es bello enseñar al fin los puños. Los puños son una cosa bella, porque afectan, si reparas bien, la forma esférica de los frutos, la forma misteriosa de los frutos cerrados. Mis manos hasta ahora fueron como la flor abierta en sus pétalos, flores que ni siquiera podían adornar una solapa; pero ahora al fin son fruto y yo las contemplo como a una cosa perfecta. Porque el fruto es el término de la flor y sería monstruoso que mis manos hubiesen sido siempre flores.

De pronto la hermana se levanta de su asiento y suplica:

—¡Cállate ahora, que viene el marido de la asistenta! ¡Que no te oiga!

Suena, en efecto, el timbre, y a poco entra el buen rústico que en el umbral de la estancia se detiene con su saludo en la mano, como un ramillete. La mujer, que estaba en la cocina, le acompaña velando por él como su égida eterna:

—¡Buenas tardes! – saluda el hombre. Luego dice:

—¿Y esa huelga, señorito?

El Poeta contesta:

—¡Sigue adelante!

El rústico agrega, halagado:

—¡Son tan pesadas! ¡Un horror! ¡Yo pasé más cuando la nuestra! Pero ya se arreglará, ¡qué caramba! ¡La cosa es resistir! Después de todo, ¿qué va a hacer uno? ¡El Sindicato obliga! ¡Pero, mire usted que el señorito en huelga! ¡Quién lo iba a decir!

La mujer, temerosa de que diga algo inoportuno, le corta la palabra, se lo lleva de allí.

—¡Ea, vámonos, que tienes que lavarte!

El rústico se despide, dócil, y repite otra vez:

—¡Las cosas que se están viendo! ¡Miren que el señorito en huelga!

Y mentalmente ambos hermanos repiten las palabras del rústico.

....

Sábado, y en huelga. El periodista va a sentarse en el diván de los poetas. Están allí todas las figuras habituales que yerguen sus bustos sobre el mármol de la mesa, como si presintiesen ya el zócalo que ha de sustentar sus efigies; están todas aquellas sombras, humos sobre el diván rojo, humos vespertinos sobre aquella sangre de ocaso. Están todos altivos, presuntuosos y arrogantes, como si tuviesen alguna relación de altura con los grandes techos, desangrándose, en realidad, por secretas heridas, de suerte que parecen suscitar con su hemorragia aquel rojo de los divanes. Están allí el poeta romántico de las patillas rubias, que reproduce en su efigie una medalla antigua, y el poeta bohemio de las manos sucias, que lleva las manos como calzadas en aquellos guantes de imborrable tizne, y ese otro, frío y altivo en su miseria, que ostenta un monóculo, semejante en su ojo a un cristal recogido del suelo y puesto así sobre los párpados con una intención de suplicio, como si fuese ese prisma falso de las ilusiones literarias; y el pobre Chepi-

lo, que sigue escribiendo, con su mejor letra, las ajenas obras; y está también Leonor, la poetisa, desilusionada y triste, al lado de su madre, que la vela piadosa, como si aún fuera su mejor sueño. Están todos, y esta noche se muestran muy ufanos, casi insolentes de brillo falso y llamativo y de un orgullo de pocos quilates como el oro rojo. Con gestos de escándalo saludan al *maestro*, que se ha declarado proletario y se ha unido con las blusas, renegando del noble luto intelectual, y se ha declarado en huelga, como si su pluma fuese un vulgar instrumento de trabajo. El *maestro* los apostrofa:

—¡Esquiroles!

Ellos aceptan el epíteto como un timbre de gloria. Sí; efectivamente. Los poetas han aprovechado la huelga de periodistas para ofrecer sus plumas a los periódicos intransigentes, que estos días, interrumpiendo una costumbre tradicional, traen sus planas henchidas de versos, supliendo así, con este original espontáneo, la antigua prosa informativa. Los poetas celebran este hecho excepcional como una victoria, y creen haberse apoderado, por un golpe audaz, de las prensas, de los instrumentos de la publicidad y de la gloria.

—Hemos conquistado los periódicos, antes inexpugnables, y hemos clavado en ellos nuestras plumas. Los periódicos parecen hoy revistas literarias. Nos hemos adueñado del poder como los bolcheviques. ¡La Prensa es hoy nuestra, *maestro!*

El *maestro* sonríe tristemente. ¡Una vez más la poesía ha servido de paño de Verónica, de recurso, para suplir la indigencia de la prosa! Los hombres que antes la proscribían sistemáticamente, hoy la aceptan, obligados por la necesidad y vencidos por su carácter de ofrenda espontánea. Antes, esos hombres soberbios, escribían con grandes caracteres en sus periódicos: —No se publican más trabajos que los solicitados. No se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos—palabras despiadadas y tremendas, que indicaban la temperatura de nieve cordial, compatible con el calor de los cerebros. Ahora, obligados por la necesidad, aceptan esa ofrenda que los poetas ponen en sus tornos.

Así es la Poesía hoy como siempre esa cosa vana con la cual se transige como se acepta una medalla a falta de una moneda auténtica. Y el Poeta recuerda aquellos días de penuria en su periódico, cuando defraudados por el gran abastecedor gratuito de los periódicos *La Casualidad* y en la impotencia de las tijeras y el engrudo, venían a solicitar de él con tono humilde y mendicante: —¡No tendría usted alguna cosa literaria! Una vez más la Poesía realiza hoy su función execrable de sustituta, misión humilde si se considera bien, como la de un pingo, apenas tolerado antes y del que la necesidad hace una gala.

Y con gesto airado y piadoso al mismo tiempo, interpela a los poetas.

—¡Esquiroles! ¿No os da rubor entregar así vues-

tra obra sin recompensa, como si fuese una cosa despreciable? Dáis vuestros versos con la misma profusión con que da su flor la rosa vulgar. Al armiño hay que acosarlo para que entregue su manto; la perla hay que buscarla en el fondo del mar a profundidades peligrosas, conteniendo el aliento con riesgo de morir; la rosa misma amaga con el peligro de sus espinas, y hasta el cordero defiende, con la intención de sus cuernecillos, la molicie de su zalea. La cosecha de la miel en las colmenas, es un acto heroico, para el que los hombres se arman como para una lucha, defendiendo con caretas sus rostros, porque mil aguijones implacables defienden la dulzura anhelada; vosotros sois los únicos que entregáis sin precio y sin lucha vuestro bien, vuestra flor y vuestra perla. Como si nada valiese la entregáis y hacéis sospechar que nada vale, cuando tan sin pena la ofrecéis, como algo sin peso en las balanzas, semejante a esa flor de escarcha que se derrite en las manos. Sois de una fecundidad sospechosa y ofrecéis vuestra obra como si os hiciesen una limosna con aceptarla. Sois los únicos creadores que nunca reclamáis un precio. Os arrastráis en los umbrales de los editores, brindándoles vuestra dádiva, incondicional, como si les ofrecierais pústulas; porque en realidad, es la ampolla inflamada de vuestra vanidad la que le brindáis. Y por eso ellos os tratan con desdén absoluto; porque la ofrenda que les lleváis no está dignificada por un precio y ellos mismos dudan de que

tenga un valor. Oh, pobres poetas, ¡sois irredimibles!

Los poetas se indignan; repiten una vez más las consabidas frases. La poesía no tiene valor, porque su valor es absoluto y nunca puede ser pagada. La poesía no es la obra de un artesano; es algo superior e inestimable. El Poeta debe darse a sus hermanos los hombres en una eucaristía. ¡Es el pelícano de Lamartine! Pero el *maestro* conoce ya todos esos estribillos. ¡Esa es la miseria tradicional del poeta, el espejismo de su vanidad—dice—. Todo lo que no está legitimado por un precio, es una cosa vana. El precio es lo que reivindica las cosas, lo que las justifica y magnífica. El precio representa al mismo tiempo que una ambición, una piedad, porque al par que torna las cosas inaccesibles en lo que tienen de esencial, las hace asequibles a la posesión efímera. ¿Cómo os hubierais acercado, si no, mediante la piedad del precio, a ciertas bellezas inaccesibles? Pero una cosa que nada vale, por la que nada se pide ni ofrece, es una cosa importuna e inútil. ¡Oh!, poetas tan generosos, vuestra generosidad resulta ya intempestiva y empalagosa, como el canto de esa cigarra que obliga a cerrar las ventanas en estío; o como ese agüilla con que un pecho esquilmado pretende simular el licor de la vida. Y vuestra generosidad aparente no es más que ruindad; porque, faltos de la justificación del precio, cifráis el triunfo de vuestra obra en la victoria de vuestra vanidad y necesitáis ver sangrar a un compañero para saber que habéis vencido... ¡Ahora sois esquiro-

les y acabáis con vuestro acto de enajenaros el afecto de las muchedumbres proletarias, las únicas que podrían ser hoy ya vuestros mecenas! He ahí la gran impiedad de vuestra misericordia. ¿Qué pensarán mañana, los obreros, de las liras? Pero vosotros erais también los que otras veces cantabais el 1.° de mayo. ¡Sólo pedís que se vea claro vuestro nombre al pie de una poesía; sátira, himno o proclama, ¿qué más da?

Hace una pausa el *maestro*: y la poetisa, tirándole del brazo, le dice en voz queda y plañente:

—¡Tiene usted razón: se han unido para asaltar los periódicos y han prescindido de Chepilo y de mí! ¿Por qué? ¿Nos tienen envidia?

Mira el *maestro* a Chepilo que está a su lado y expresa un gesto de piedad. El pobre copista le mira con ojos angustiados, como si sobre él se hubiesen cerrado inexorables todos los cielos. —¡Nos han dejado fuera!—suspira:

Pero los otros contestan agriamente. Ellos no se han unido para solicitar nada; los han llamado. Apelan a la ficción, al engaño, al engaño habitual en sus rimas.

Chepilo, insiste:

—Se han ofrecido ellos. ¡Esquiroles!

Llegan en aquel momento otros poetas. No han sido tampoco del bloque esquirol y sienten despecho hacia sus compañeros afortunados.

Uno de ellos dice:

—Eso de ofrecerse para sustituir a los huelguistas,

es una indignidad. Lo menos que podemos hacer los poetas en estos litigios, es permanecer neutrales. Es decir, yo no: yo soy bolquevique, ¿no sabe usted que soy bolchevique?—dice encarándose con el *maestro*. Es un joven todavía, claro de frente y de ropa, alegre, risueño con esa alegría conmovedora de las libaciones. Se tambalea un poco y repite:

—¡Sí, yo soy bolchevique! Quiero que caigan los poderes que no protegen la poesía. Los bolcheviques protegen la literatura. ¡Ya lo véis! Han nombrado a Gorki ministro de Intrucción pública. Gorki ministro está bien ¿no? Por eso soy bolchevique, y lo que estos han hecho, me parece una indignidad.

—¡Hay que ser románticos, hay que darse!—replica el de las patillas.

—Tú hablas así por despecho; te ofreciste y no te admitieron.

—El deber del poeta es hacer buenos versos y nada más; a nosotros no nos afectan las cuestiones sociales.

—¿Hacer buenos versos? ¿Pero acaso los míos son malos, di?

Y se adelanta hacia el del monóculo, con un gesto de agresión, sin perder su sonrisa de borracho.

—Aunque estoy un poco dionisiaco, no te tolero que me ofendas. ¡Voy a quitarte ese monóculo para que me veas bien, esquirol!

Alarga el brazo como un arma primitiva hacia la cara de su adversario que se apercibe a la defensa,

esgrimiendo una botella de agua, que entre sus manos tiembla, maleable al parecer como un simple volumen acuático El *maestro* se interpone entre ambos y la botella se rompe sobre el mármol de la mesa, hiriendo en la mano al periodista. Leonor acude solícita en auxilio del *maestro*, le enjuga con su pañuelo la mano, se la venda y se la besa luego con sus labios ardientes, de una primavera misteriosa. Después, ya más tranquila, es cuando todo el sentido de lo presenciado se le revela con un calofrío de pavor. Su madre también se ha levantado del asiento y, con sus ojos adormecidos, contempla la escena de lucha entre los dos poetas El del monóculo ha empujado al otro, derribándole, pesado de embriaguez, en el suelo. El público del café inicia ya el revuelo de los escándalos. Alguien dice con tono despectivo: —Son los poetas. Siempre están así. La poetisa, asustada, pálida, temblorosa, se levanta, y cogida a los brazos de su madre y del *maestro*, como las dos preseas únicas que quisiera salvar de un desastre, murmura:

—¡Vámonos; vámonos pronto, *maestro*, y no volvamos más aquí! Me da susto, me da susto; he visto claro esta noche todo lo terrible del arte. Me parecía que esos divanes manaban sangre nuestra y de todos los poetas que en él se han sentado; ¡qué terrible, qué terrible! Son unos ingratos. ¡Le han herido a usted, le han herido a usted, a quien todo se lo deben! ¡Oh, qué horror! ¡Veo la sangre de su mano multipli-

carse como la herida de Cristo! ¡Le duele a usted ahora!

Se la estrecha, le acaricia aquella mano herida, se la besa otra vez, como si quisiera sellar con su beso ardiente el sangriento venero.

Están ya en las calles mal alumbradas de la ciudad, afligida por todas las carestías. Van juntos: el *maestro*, la poetisa y su madre. Los demás poetas se han quedado allí dentro, sobre los divanes rojos que simulan sangrientos corales de los que ellos toman la única púrpura dolorosa y triunfal. ¿También Chepilo? No; el copista está a su lado, humilde, triste, contemplando con ojos de inmenso dolor el oscuro cielo impenetrable como un antiguo paraíso. Y la poetisa murmura:

—No volveremos más, *maestro*; no volveremos más. Comprendo lo que usted quería decir. Está mal hacer versos así, por vanidad. Yo no haré más versos. Yo, después de todo, nunca he hecho sino coplas, para desahogar mi corazón. Pero nunca pensé en ser una literata. De este afán de vanidad, sólo pueden salir cosas malas: pobreza y envidia. No tienen corazón. La sangre de usted me ha redimido.

LA HABILIDAD DE DON CRITERIO

XXI



CABÓ la huelga de periodistas y de nuevo vuelven a poblarse las grandes mesas de las redacciones y las plumas a unirse a las manos como su prolongación natural. El Poeta está otra vez sentado en su sitio, delante de un rimero de trabajo atrasado. A su alrededor, los compañeros se felicitan unos a otros por el triunfo de la huelga. Consideran que han logrado sus reivindicaciones; cobrarán en adelante más sueldo, se les ha prometido un contrato de trabajo y el descanso dominical. Todos elogian a *Don Criterio*, que suscribió el primero las bases de los huelguistas y rompió el bloque de las Empresas, contribuyendo a hundir al trust que representaba la tendencia antisindicalista.

—Vean ustedes cómo salen ahora esos periódicos, da grima—dice el redactor-jefe, triste y enlutado con su aire de presidente de un duelo; en realidad parece que está siempre presidiendo el duelo interminable del trabajo intelectual—. Parece que se han bo-

rrado con la sombra de la huelga; apenas se les puede leer: no traen información, los han invadido los poetas—y lo dice como si aludiera a la invasión de un edificio por la carcoma—. Los hemos hundido. Lo esencial parece ser esto: ¡hundir al trust rival!

El Poeta va comprendiendo. El redactor-jefe hace luego el panegírico de *Don Criterio* y la condenación de *Don Padre de los Periodistas*, y dice que será preciso elegir a aquél presidente de la Asociación de la Prensa en la primera junta general. ¡Oh la actitud transigente de *Don Criterio!* ¡Oh su gestión paternal! Los demás redactores secundan sus elogios. El Poeta se entera de que durante los días de la huelga, todos ellos le visitaron y estuvieron con él, colaborando en la fórmula de arreglo, que al Poeta se le antoja una mixtificación. El Poeta siente un asombro ilimitado y mágico—un asombro poético—, e ingenuamente le pregunta al redactor-jefe:

—Pero según las bases firmadas, ¿los directores no se reservan el derecho de reformar su personal?

—Sí.

—¿Y también el de elegir redactores no asociados?

—Sí.

—¿No conservan ellos la libertad soberana en sus asuntos internos?

—Sí.

—¿Y no siguen publicándose los periódicos redactados y compuestos por esquiroles?

—Sí.

—¿Vendremos a trabajar el domingo?

—Sí.

—Pues entonces, ¿en qué consiste nuestro triunfo?

Hay un silencio desconfiado. El Poeta nota que le miran con recelo.

—Hemos triunfado en principio, hemos vencido al trust enemigo del Sindicato. Usted es demasiado radical. Pero usted es un poeta y siempre ve las cosas a su modo.

¡Un poeta! Le arrojan al rostro ese nombre como una afrenta; parecen cavar así un abismo entre él y ellos. Y el Poeta que para los poetas es un periodista, para los periodistas es un poeta. ¡Eterna contradicción de su vida! Y el Poeta comprende que, efectivamente, aquellos hombres no son sus compañeros; él no puede formar con ellos un número. No interpreta las cosas a su modo, no ve el mundo con sus mismas pupilas, con aquellas pupilas que parecen graduadas, según una escala unánime como ciertas lentes. No, él no es su compañero; él es el poeta, el hombre dado al ensueño, de conducta irregular, que no sabe aceptar la servidumbre de los horarios y naufraga en esas grandes esferas. Él pertenece, a pesar suyo, a la clase de los irredentos. Representa entre aquellos hombres a la poesía, temeroso legado, y nunca le reconocerán sus fueros. Y para no enconar más aquel instante, calla.

De pronto entra *Don Criterio*. Resplandece radiante su rostro en la negrura de la barba. Abre los

brazos como si esperase acoger en ellos los cuerpos de los redactores desmayados de gratitud. Pronuncia dos o tres ¡ohes! incoativos. Los redactores solícitos se levantan y lo felicitan. Él sonríe ampliamente, y abriendo sus grandes manazas velludas sobre un número del periódico—él no puede vivir sino hollando ese papel fresco y maleable—, explica.

—Lo que he hecho no tiene nada particular. Criterio; yo siempre estoy en lo justo. Me parece muy bien que los redactores pidan aumento de sueldo. Pero me parece *también* muy justo que las Empresas les exijan idoneidad. En los periódicos, por ejemplo, no deben estar más que los periodistas. Los que no sepan la profesión, deben irse. Por eso me he reservado yo la facultad soberana de reducir el personal. A mí me da lo mismo repartir la nómina entre veinte señores que entre diez. Criterio; creo que se impone una eliminación. En un periódico lo principal son los periodistas—recalca mucho esto, evitanto mirar al Poeta—. Yo, mejor que un literato, quiero un periodista que no sepa poner las haches, pero que me cace el suceso. Pues bien; el que durante los meses próximos, no me demuestre que es periodista, no tendrá derecho a sentarse en esta mesa. Esto no me lo puede impedir el Sindicato. De este modo quedarán aquí los verdaderos periodistas, gozarán más sueldo y habrán ganado en consideración. Pero, como se les habrá aumentado el sueldo, *también* tendrán derecho las Empresas a aumentar el precio del periódico. Desde hoy

empezaremos una campaña para pedir de los Gobiernos hagan obligatorio este aumento. Ya sé que el *trust* se opondrá a ello; una razón más para pedirlo. Y ahora, ¡a trabajar de firme! ¡Que no se escape ningún suceso! ¡Quien deje ir una noticia, dejará ir también su empleo! —Y el director lanza a sus redactores una amplia mirada. Todos sonríen y aplauden. ¡Oh vergüenza! El aumento de sueldo les ha sobornado y ya casi se arrepienten de su momentánea rebeldía. El director insiste: —Y no olviden ustedes que una cosa es sindicarse y otra sindicalizarse; ¡no os dejéis arrastrar por las blusas, que no sabéis adónde pueden llevaros! —Extiende la mano velluda, señalando a un peligro remoto, pero visible, como si esas blusas fuesen uno de esos tormentosos ríos azules de la geografía y no una bonanza eterna. Los redactores, muy graves, parecen meditar sus palabras.

—Sí—dice uno de los *repórters*, que es al par burócrata de un Ministerio—; indudablemente hay que proceder con cautela: la solidaridad con las blusas podría conducirnos al bolcheviquismo.

—A mí, lo que me parece mal, es esa Casa del Pueblo—arguye otro—.

El redactor-jefe observa:

—Esta unión ha sido una cosa momentánea...

Don Criterio, conciliador y benévolo, resume:

—Yo lo que os aconsejo es una sola cosa: que procuren ustedes proceder con cautela... Ya conocen

mi aforismo: una cosa es beber y otra emborracharse. Una cosa es sindicarse...

—Y otra sindicalizarse—repiten a coro todos los redactores.

—Ya ven ustedes—prosigue *Don Criterio*—, ahora dicen que se proponen dignificar el periodismo, prohibiendo a los redactores que cobren sueldo de los Ministerios...

—Eso es abusivo—exclaman los redactores burócratas.

—Y que tengan pases de ferrocarril y de tranvías.

—¡Oh, oh!—protesta el informador municipal que tiene pases hasta para las sillas públicas—. Eso no puede tolerarse. Si así fuese, yo me daría de baja en el Sindicato.

—Y yo... Y yo.. —van diciendo todos.

Don Criterio sonríe satisfecho.

—Por eso les digo que anden con cautela. Una cosa es sindicarse...

—Y otra sindicalizarse—repiten los redactores.

Y *Don Criterio*, arrullado por aquel coro unánime, se vuelve a su despacho. Luego, el redactor-jefe, grave y mustio, como un piano enlutado, recorre la larga mesa, lentamente, porque también él padece la noble glosopeda intelectual, advirtiendo:

—Ya lo saben ustedes. Criterio del director. No decir nada de la huelga de periodistas en provincias. A las otras, quitarles importancia, y decir que la opinión no las ve con simpatía. Yo he hecho un suelto

dando cuenta de la solución de la huelga de Madrid, y os lo voy a leer.

Y el hombre grave, lee: «Se ha resuelto, como no podía menos de resolverse, favorablemente para los redactores del *Gorro de Dormir*, la huelga que, por solidaridad con los periódicos, plantearon los elementos de esta redacción. En esta casa, donde impera la paternal dirección de *Don Criterio*, no teníamos, los redactores, verdaderamente motivo para ir a la huelga; hace ya mucho tiempo que teníamos logradas todas nuestras reivindicaciones, sin haberlas formulado... Sueldos remuneradores, descanso dominical, todo eso teníamos de antiguo. La Empresa, sin embargo, se impone ahora, gustosa, nuevos sacrificios, siguiendo su tradición de velar paternalmente por su personal. Pero todo esto merece una compensación, y, para corresponder a estos sacrificios de la Empresa, nosotros no cejaremos, desde ahora, hasta conseguir que los poderes públicos hagan obligatoria la elevación de precio de los periódicos.»

—¿Qué les parece a ustedes?

—¡Admirable!—responden todos.

El Poeta los mira con amargura. ¿Y para esto se ha hecho una huelga? ¿Para seguir como siempre, falseando la verdad, engañando a la opinión y, sobre todo, poniendo la pluma a merced de la mano basta y maligna que con ella traspasa el corazón del escritor? ¡Ah! ¡Infame parodia de una huelga seria realizada por proletarios! ¡Qué monstruoso servilismo,

que llega hasta el extremo de ofrecer de rodillas el arma, si no mortal, torturadora! ¡Y todo ello por perdurar en una profesión que, privada de la dignidad del escritor, resulta inferior a cualquier empleo en que, sin la más remota inquietud literaria, se resuelven expedientes o se coordinan números! ¿No es un bochorno vivir en esta mentira, prestarse a colaborar en esta versión amañada de la realidad, realizar esta labor adulterada, más culpable que la de los proletarios que amasan un pan mezclado con harina de talco? Y el Poeta siente de nuevo la gran vergüenza de su profesión.

XXII



L amigo Lucas va a buscar al Poeta. Le lleva el último número de *La Ofrenda*, el último y el postrero, porque *La Ofrenda* no se publicará más, no se expondrá más a los rayos del sol que en las esquinas de los kioscos marchitan tan pronto sus hojas, dotándolas de un oro inútil

—Suprimo la revista—dice el amigo Lucas—; no puedo sostenerla por más tiempo. Me resulta más gravosa que una querida. El papel está cada día más caro, y el público rechaza la poesía. Como le dije en otra ocasión, este anuncio indigno es el único que me ha ayudado a sostenerla—y señala al Poeta el famoso anuncio gráfico que figura un clister—. Así que este es el último número.

El Poeta contempla con amor y melancolía aquel último número de la revista, el destinado a marcar el término de una era generosa, semejante a ese niño raquítico en el que se agota la fecundidad de unos padres. Y le encuentra una gracia especial a aquel número, quizá por lo que tiene de adiós y de ocaso.

Y no obstante sus veleidades de tacañería y su anhelo de un precio para la labor lírica que le haga suntuosa, no obstante su himno a los puños cerrados, siente ahora pesar de que esa revista, vestigio de una edad generosa ayer mismo, desaparezca. Y débilmente objeta el amigo Lucas:

—¿De modo que se cansó usted?

—Sí—responde el impresor—. Estoy ya cansado de hacer esta dádiva que nadie agradece, y que ni siquiera es ya dádiva; porque fíjese usted que para que saliera la revista, tenía que aceptar este anuncio indecoroso, que no obstante su forma, me parece un puñal. Antes, cuando la hacíamos yo y los chicos de la imprenta, en los ratos libres, garrapateando el original sobre las cajas, cuando salía sin pretensiones, modestamente como esas hojas con coplas de los ciegos, podía yo costearla y hasta se leía más; pero desde que usted me trajo a los poetas, y éstos impusieron sus exigencias, y se empeñaron en darle un carácter serio y ambicioso aumentando sus páginas y mejorando su papel para ayudarme en los gastos, ya excesivos, tuve que aceptar ese anuncio que desluce mis intenciones. *La Ofrenda* vino a ser entonces como un rotativo cualquiera, de esos que trafican con sus páginas. Vea usted qué caro es el arte y cómo conduce a la inmoralidad con la mejor intención aparente.

El Poeta comprende toda la razón de ese amargo razonamiento. Pero objeta aún:

—Sin embargo, a pesar de eso, usted realizaba una labor benéfica y desinteresada que no realizan esos periódicos, cuyo lujo máximo consiste en la maquinaria. Usted ayudaba a los poetas. Aunque sólo fuese por eso, debería usted continuar publicando la revista.

El amigo Lucas hace un gesto de escepticismo y de encono.

—¡Los poetas! Pero ¿cree usted que vale la pena darlos a conocer? No me hable usted de los poetas. ¡Son la vanidad en persona! ¿Para qué ayudarles? ¿Para que nos miren con desprecio? Ya se lo he dicho a usted: cada línea que publicaban en la revista, realzaba su estatura, como si aumentase la altura de sus tacones. Parecían caminar en zancos de papel impreso. La primera vez que llegaban a la imprenta se presentaban muy humildes, ofrecían sus versos como memoriales, no se atrevían a entrar, como si les infundiesen respeto las minervas destinadas a trasladar sus cuartillas a la letra de molde, o como si les pareciese imposible tal milagro. Pero en cuanto publicaban la primera poesía, ya entraban allí como si fueran los dueños de todo, como si les perteneciese todo el metal, y trataban a esas máquinas como a animalejos familiares...

—Esa es la vanidad propia del poeta, vanidad simpática, sin embargo; porque es como la conciencia que tienen de su compromiso con la gloria y de

ser como los diputados líricos del mundo, los que dan voz y letra a los anhelos de todos...

—¡Ca!—arguye el amigo Lucas—. ¡Si siquiera fuera así! Pero no, no cantan más que sus cosas y en un estilo que nadie les entiende. Cantan sus penas y sus amores, nada más que los suyos, y a veces en tal forma, que ni siquiera se sabe lo que cantan. ¡Son unos solemnes egoístas! ¡Si siquiera compusiesen una letra clara y sentida como el himno de la *Marsellesa* o *La Internacional!* Sólo poesías así justificarían el gasto de un papel hoy tan costoso.

El Poeta calla; de buen grado objetaría al impresor que precisamente al escribir así, en cifra, realizan los poetas su más alta misión, pues expresan en la única forma posible lo que es por su esencia inexpresable y suplen la mayor indigencia del mundo. Pero ¿para qué objeciones? El Poeta cree adivinar cierta rivalidad entre el cajista y los poetas, la misma que existe entre él y sus compañeros de redacción. El amigo Lucas, que ha escrito algunos cuentecillos de tendencias revolucionarias, se considera ya un escritor y se equipara con los poetas. ¡Terrible espejismo el de la analogía entre la letra de una carta de familia y la de un manuscrito genial! ¡Así también el aprendiz que silba por las calles podría creerse un Beethoven! El Poeta sonríe con fingida benevolencia y se limita a observar.

—Sí, tienen sus defectos; pero son simpáticos, porque son generosos. Demasiado generosos, quizá.

Sus melenas son como el símbolo de un alma que se extravasa.

Pero el amigo Lucas sonríe maligno.

—Sí, sí, generosos; así parece, porque no ponen precio a su trabajo. Pero eso es porque son incapaces de realizar un verdadero trabajo. Pues luego, bien procuran, por caminos turtuosos, obtener una compensación. Parásito y poeta, todo es uno. Y si no, que me lo pregunten a mí y a los chicos de la imprenta. Si las peticiones dejasen huella, tendría yo acribillado este bolsillo. También suprimo *La Ofrenda* por eso. Me saqueaban la imprenta, se llevaban los libros que tenía allí, los periódicos que recibía, hasta el metal. Precisamente ando buscando a uno que se me llevó el otro día unos libros que no había leído y que me interesaban mucho. Ahora me lo recuerda usted. He de buscar a ese individuo hasta encontrarlo. El del monóculo ha sido: ¿quiere usted que veamos si está en el diván?

El Poeta asiente: después de todo, será mejor que él se halle presente a la escena, como una dulzura que tendrá a su favor el bohemio. Es precisamente sábado, y aunque el Poeta había jurado no volver a aquellos divanes rojos, que le recuerdan la palidez de la pobre musa asustada, condesciende a acompañar al amigo Lucas; porque él es, después de todo, la gran piedad con que en el mundo cuentan los poetas.

En el diván los poetas están como siempre, hundi-

dos ante copas agotadas, perdidos y borrados entre el humo de las cenas sabáticas y los descotes fascinadores de las mujeres. Para atestiguar su presencia y no borrarse del todo, hablan y gesticulan. Pero esta noche parecen mustios y agobiados, como si sostuviesen sobre sus cabezas el diván que les sostiene a ellos. El Poeta sabe la causa. Porque normalizada la vida de los periódicos, ya no son necesarios sus oficios de esquiroles; y de nuevo las angostas columnas periodísticas rechazan sus versos desmedidos. Al ver al Poeta y al amigo Lucas, saludan, reanimados a *La Ofrenda*. El Poeta les brinda el último número. ¡El último! Y al enterarse de que ya *La Ofrenda* se agota también como esos saltos de agua que ya no abastecen, tacaños, a las dínamos eléctricas, se ponen más tristes y en sus frentes por primera vez se dibuja un duro ceño de avaricia. Por todas partes la hostilidad les acosa y se les cierran las puertas. Y sin quererlo están en huelga, en la huelga peor, en esa huelga forzosa que puebla en invierno las plazas de hombres sin trabajo. Y el poeta de las manos sucias murmura:

—Será menester escribir con carbón en las paredes.

Y el de las patillas románticas, dice:

—No, leeremos nuestros versos en público, sobre los bancos de los paseos.

—No—dice don Manuel—, escribirlos sobre la propia piel y desnudarse para que los lean los amigos.

¡Pobre don Manuel, que ya es piel y nada más!

Pero entre tanto el amigo Lucas dialoga con el poeta del monóculo, que adopta un aire impasible, en armonía con su técnica parnasiana.

—¡Necesito los libros! ¡Eso que ha hecho usted es una indignidad!

—¡Ah! ¡Pero tanta importancia da usted a los libros! ¡Si fueran otra cosa! (Se advierte que el poeta que hace su dádiva incondicional no reconoce un valor mercantil al libro.)

—¡Ah! ¿Pero es que un libro no vale? Entonces, ¿para qué se los llevó usted? ¡Ya los habrá vendido a estas horas!

—Me los llevé para leerlos... Después de todo, si algo valían, ya se lo he pagado con mis versos gratuitos.

—¡Yo no necesitaba sus versos!—exclama el amigo Lucas ya furioso—. Le he hecho un favor publicándoselos.

—¡Ah sí!—replica indignado el poeta, herido en su corazón—; ¿que me ha hecho usted un favor? Pues yo creía habérselo hecho a usted, porque, en fin, la revista se habrá vendido algo; usted habrá cobrado el anuncio del clister, pero nosotros no hemos visto un céntimo de ese surtidor intestinal...

—La revista me ha costado el dinero—clama el amigo Lucas—; ¡me he arruinado por publicarle a usted sus versos!

—Eso dicen los editores, y editan libros. Algo

ganaría usted cuando publicaba la revista. ¡Y el gusto de titularse director!

El amigo Lucas, que practica diariamente el boxeo con un balón inglés, está a punto de alargar sus brazos en dirección a la frente del poeta.

Los comensales de las cenas sabáticas y las mujeres de los descotes se alarman. Alguien dice: Son los poetas. Siempre están riñendo. El Poeta advierte tanto desdén en aquella frase, que se sonroja. Intercede:

—Por Dios, Lucas, está usted pisoteando una pluma de escritor—y al otro—. ¡Devuélvale usted los libros!

El Poeta se limita a responderle:

—¡Qué razón tenía usted! No se debe hacer la dádiva incondicional!

—¡No, no se debe!—corean los demás—; no daremos más nuestros versos gratis. Si quieren nuestros versos, si necesitan algo más que esa poética disposición de espíritu en que les coloca la digestión de una paella, que nos paguen nuestros versos. Si no, escribiremos para nosotros mismos. Inventaremos un lenguaje hermético.

—¡Publicaremos nuestros libros en manuscrito!—dice Chepilo.

El Poeta tiene el alma transida de piedad. En su interior repite: ¡Oh, qué desmoralizadora es en verdad la dádiva! He aquí que ahora *La Ofrenda*, tan pura al parecer, deja caer sobre todos chorros de pus

Vierte sobre la mesa la abundancia prometida por su clister. ¡Piedad de aquellos poetas irredentos, desdeñados por todos, execrados, insultados todavía en el proceder irregular a que les obliga la bohemia! Verdaderamente no se debe estar más en esos divanes de los que ha huído una mujer. Helos ahora pobres y execrados, afrentados por ese humo de las cenas sabáticas y por esos escotes vedados, y por todo eso que se les niega. Don Manuel murmura a su oído:

—*Maestro*, ya me he comido a mí mismo; ya he devorado mi estatua; sólo me quedan los huesos: lo que no es comestible. Y entre tanto, el amigo Lucas, verdaderamente cruel, encarga una paella, para que sus humos eclipsen más todavía a los colaboradores de *La Ofrenda.*

EL ENEMIGO DE LA ESTATUA

XXIII

UANDO, aquella tarde, *Don Criterio* llamó a su despacho al Poeta, abriendo las dos hojas de la puerta, entre las que se mostraba como el muñeco de ciertos relojes antiguos, al punto comprendió aquél el objeto de su llamada. Hacía ya algún tiempo que notaba a su alrededor una hostilidad sorda, como si su participación en las ventajas de la huelga indignase—ya que era un simple poeta—a aquellos adobadores de la noticia, a aquellos esforzados periodistas que, siguiendo el ejemplo de su director, jactábanse de haber nacido para empaquetar el suceso, y no podían accionar sino amasando entre sus manos un periódico fresco aún de tinta. A partir de la huelga, y de la intervención en ella de los poetas como esquiroles, habían reconcentrado en el compañero todos sus odios líricos; parecían hacerle responsable de cuanto los poetas hacían y aun de la existencia de los poetas. Cuando hallaban una poesía en un periódico, gritaban, escandalizados, como si hubiesen

encontrado una mosca en el café, y expresaban su disgusto en exclamaciones solidarias, mirando de reojo al compañero lírico. Medían los versos con los dedos, contando las sílabas de igual modo que contaban las letras en las hojas telegráficas; y como, por su ignorancia de las libertades poéticas, se encontrasen defraudados, protestaban, y con el periódico en la mano pedían cuentas al Poeta, como si él fuese el responsable de todos los abusos líricos.

—¿Ha visto usted esto?—le decían, como si le presentaran las huellas de un crimen.

Y el redactor-jefe, el hombre enlutado que parecía encarnar la *noble* prosa periodística, acribillada por los dardos de los poetas, suspiraba:

—¡Así se hunden los periódicos!

Identificaban así al Poeta con la poesía, le hacían responsable de todos sus atrevimientos y hasta de su existencia, y parecían mirarle con recelo, como a un intruso peligroso en aquella fábrica del suceso. El Poeta lo comprendía; sentía la conspiración que contra él tramaban aquellos servidores de la actualidad anecdótica, que se consideraban superiores a él, como obreros de la noticia, de manos encallecidas y expertas y que, sin embargo, más de una vez, torpes para manejar los grandes diccionarios enciclopédicos, le pedían las haches y las uves dobles que necesitaban para la escritura de nombres extranjeros.

Así que, cuando aquel día le llamó *Don Criterio* a su despacho, al punto adivinó de lo que se trataba.

Irguió el cuerpo para igualar a su estatua futura y penetró con cierto recelo en el despacho directorial, en aquel laboratorio de sueltos explosivos, lleno de conexiones y enlaces con todas las cajas de caudales, y en donde el Poeta andaba con cautela, como si temiese pisar, a cada instante, hilos peligrosos. *Don Criterio* estaba sentado a su mesa, su gran mesa-escritorio, amplia como un desierto, tan grande, acaso, como la de redacción, y en la que unos pisapapeles oportunos, que figuraban pedruscos minerales, sujetaban rimeros de papeles de aspecto oficinesco y antiliterario. Al ver entrar al Poeta, *Don Criterio* irguióse en el extremo de la mesa, entre sus papeles, y, mirándole de soslayo, díjole, con gran precipitación y con una grosería verdaderamente grandiosa, que denotaba valor y miedo al mismo tiempo, como el temblor con que los bandidos bufos apuntan sus revólveres:

—Le he mandado a usted llamar, porque necesitaba hablarle. Amigo mío, usted es un excelente literato; pero no es periodista... Así, que... ya comprenderá usted...

Callaba, como si las palabras se le atragantasen, y agitaba las manos, braceando como un leoncillo. El Poeta lo miró serenamente, lleno de calma ante su agitación, como ese mar que desdeña a los nadadores imprudentes, y respondió:

—¡Sí, ya comprendo; que no le sirvo a usted!

—Eso es—respondió *Don Criterio*, desconcertado

por aquella calma—; esperaba, cuando menos, un asombro, una súplica. Eso es; no me sirve usted, como periodista; usted no es periodista, no siente la profesión. Es literato... Mire usted: una cosa es el periodismo y otra la literatura... Yo, por ejemplo, no soy literato; estoy seguro de no serlo; pero, en cambio, soy periodista, y por eso he llegado a este puesto. El periódico es la noticia. Hay que sentir la noticia, gozar con la noticia, entusiasmarse con la noticia. Yo, me levanto entre periódicos, vivo entre periódicos, me duermo entre periódicos; cuando me despierto, de madrugada, echo de menos el periódico de media noche. Debiera haber un periódico a cada hora, para seguir, paso a paso, la noticia... La noticia es el todo. Pero usted no siente la noticia, no se entusiasma con la noticia... Usted vive en un mundo especial, muy elevado, no lo niego..., pero en el que no hay noticias...

—Pero la literatura misma, ¿no es una noticia? La publicación de un libro, ¿no constituye un suceso, y notable, en la vida de una nación? ¿No debe un periódico también reflejar ese aspecto del prisma de la vida?

—¡La publicación de un libro!, dice usted. Ese es un suceso que no interesa más que al autor, o cuando más, a su editor; pero en este último caso, es una noticia que debe pagar a la administración. No; eso no son noticias: yo me refiero al suceso, al suceso verdad, a la noticia que interesa a todo el mundo...

—Ya; al crimen, a la algarada socialista, a la bomba... Al suceso manchado de sangre que se destaca, rojo, sobre las páginas...

—Al suceso que interesa, ¿qué quiere usted? Una corrida de toros es un suceso y la publicación de un libro no lo es. El público busca el suceso y lo paga. Y yo, como usted comprenderá, no he de negárselo, cuando la realidad me lo brinda, tan espontáneo... Criterio; el periódico se hace para el público.

—Sí; pero usted olvida la misión educadora que los periódicos se arrogan y cotizan, sabiamente, cerca de los poderes. Ahora mismo, su periódico se imprime en papel suministrado por el Gobierno, para compensar la carestía existente. Y esto lo hacen los Gobiernos a título de protección a la cultura...

Don Criterio tuvo una sonrisa desdeñosa para la ingenuidad del Poeta.

—A los Gobiernos les interesa tanto la cultura como a nosotros. El Gobierno le teme a la noticia, que sabiamente manejada, es un arma terrible.

—Pero, en fin; ¿usted está seguro de que la literatura no le interesa a nadie? ¿No será eso una generalización peligrosa de una falta de interés suyo? ¿No tendrá también la literatura sus lectores?

Don Criterio hace un gesto de escepticismo.

—No lo creo. Lo que el público quiere son noticias. Si no publico un crimen, los lectores se me darán de baja; pero si mi periódico sale sin los artículos de usted, no perderá ni un lector. Mi criterio es

un criterio sólido, basado en veinte años de experiencia.

El Poeta sonríe. Le parece escuchar las palabras del amigo Lucas. El clister simbólico continúa expresando el sentido del cuerno de la abundancia. Él es la salvación única. La tarea consiste en llenarlo bien y verterlo sobre el público. Ese clister, en su forma expresiva y bochornosa, es el lábaro salvador. En el periodismo, ese clister multiplicado, llena la plana de anuncios, remitiéndonos a las consultas para enfermedades secretas y a los despachos de gomas invulnerables. *Don Criterio*, triunfal, insiste:

—Yo llevo veinte años de periodista y conozco al público. He nacido, como quien dice, entre periódicos, me he amamantado con la noticia. Mi criterio es infalible. Por eso mi periódico prospera. Y he de llegar a hacer un periódico de cuatro, de cinco ediciones al día. Lo ideal sería una edición a cada hora, para que ninguna noticia se enfriase, sino que llegase al público con su calor natural. Pero para eso necesito periodistas.

—¡Comprendido! Pero usted mismo, ¿no siente anhelos de nada más? ¿Se considera plenamente satisfecho en ese culto servil a la noticia?

Don Criterio le mira con extrañeza.

—¡Satisfechísimo! La noticia me da cuanto necesito; me viste, me calza, me calienta la casa, a mí y a los míos, ¿qué más quiero? ¡Yo no creo en la estatua! ¡Yo no aspiro a la inmortalidad como los poetas!

Ante aquel cinismo tan rastrero, el Poeta no puede ya contenerse. Y fulminándole con los ojos y con el índice extendido, ese índice que podría ser mortal en las grandes indignaciones como un revólver, convertida al fin toda su serenidad en una gran amargura, le increpa:

—Pero usted, ubérrima foca del helado mar de la noticia, bestia que se nutre de esa bellota agreste y primitiva de la realidad, arca llena de los inútiles desperdicios del tiempo, ¿no siente sonrojo de confesarse tal? ¿No se avergüenza de declararse así menospreciador del pensamiento del hombre, del esfuerzo de la más noble víscera, como si todo eso fuera nada y sólo el suceso fuera algo? ¿No se abochorna de confesarse así traficante en una cosa que ni siquiera crea, puesto que el suceso se lo da hecho la misma realidad y es usted como el hombre que cotiza indignamente los aceros homicidas y el valor de esos cadáveres que pasan gratis a las mesas de disección? ¿No se avergüenza usted de ser el proxeneta de los actos ajenos, mezquino cronista de los actos vulgares, que vende a sus lectores, no el horror creado por el artista, el horror grande y noble, sino el horror real, recogido en el arroyo, o sorprendido indiscretamente por los ojos fisgones de sus *repórters*? Traficante en sucesos, ¿quiere usted decirme con qué derecho se lo apropia y lo vende? ¿No debería usted pagar más bien, como a sus verdaderos redactores, a esas criaturas que le llenan generosamente sus planas, al cri-

minal, al ladrón, a la adúltera, a cuantos realizan ese suceso, que trasciende ya fuera del marco de las puertas domésticas? ¿No ve usted que se enriquece, en la industria más módica, a costa del dolor y de la vergüenza ajenas? ¿Y a costa también de la credulidad de los públicos, porque esa noticia que recoge abandonada y baldía, usted la amaña y adoba a su gusto para halagar los peores instintos y a veces los peores propósitos, como cuando se hace cómplice de los poderes, imponiendo el veto a ciertas noticias sociales, *saboteando* la noticia política? Dice usted que desprecia la estatua y nos desdeña a los que en ella creemos. Pero, si no fuera por nosotros, los poetas, que tenemos la candidez maravillosa de creer en la estatua, que ya la vemos formada a costa de nuestra carne, ¿qué sería de usted que no cree en ella? ¿Ha pensado usted alguna vez en el peligro de que todos nos decidiéramos a cambiar esa estatua en una realidad carnal, a disputarle a usted su presa en la vida? ¿Ha pensado usted alguna vez en el peligro de manifestar ese desdén a nuestra abnegación, que es al mismo tiempo el talento? ¿Cómo se atreve usted a despreciar mi literatura, a hablar así de esos artículos y de esos versos con que, durante muchos años, di un sentido moral a ese amasijo de noticias amañadas con que usted trafica? ¿No advierte usted que eso era lo único puro que encubría el vergonzoso negocio que usted realiza, como ese cielo raso de una sala de juego poblado por un artista de figuras ideales? ¿No

le merecen respeto esos versos y esa prosa con que yo realizaba una ofrenda impagable y que acaso a más de un alma pura hicieron simpático este periódico manchado de sangre y de tizne, respaldado por una inmunda plana de anuncios? Pero si quita usted la literatura de su periódico, ¿qué queda sino su noticia amañada y el suelto político en que resplandece la monstruosidad del estilo tendencioso, esa única creación del genio periodístico? Reducido a mero traficante en noticias en que se diferencia usted, ¿quiere usted decírmelo, de los industriales que elaboran el sebo o la pez, y a los que ningún poder subvenciona? ¿Pero en nombre de qué sino de un presunto influjo espiritual ha podido usted medrar, hacerse respetable, lograr un asiento en la Cámara y obtener todas esas cosas, que no valen, es cierto, lo que valdrá mi estatua póstuma?

Hablaba erguido, como si ya fuese la estatua misma; y *Don Criterio,* hundido en su asiento, le contemplaba mudo, aterrado, manoteando instintivamente, como para repeler una agresión. Estaba ante el Poeta como un reo enjuiciado, y el Poeta le fulminaba como si ya fuese la posteridad. En cada pausa, *Don Criterio* le interrumpía:

—Pero, hombre, por Dios, no se ponga así; escúcheme. Es que yo vivo en la realidad... Mi mujer, mis hijos... Vivo en la realidad...

Parecía implorarle el derecho a su lujo ilícito, como

si se reconociese, al fin, defraudador de los que creen en la estatua...

—Oígame usted: yo reconozco que usted tiene mucho talento... Yo le buscaré alguna compensación... No se vaya... Yo quiero ser su amigo...

El Poeta le miró con asombro y desdén.

—¡Mi amigo! No, nosotros no podemos ser amigos... Yo no soy un periodista, como usted ha dicho; yo sólo soy un poeta; creo en la estatua que usted niega. No; nosotros no podemos ser amigos, porque somos los enemigos eternos. Usted es de la raza de Esau—lo proclaman sus manos velludas—, de la raza de los hombres que venden el ideal, primogenitura o estatua; y yo soy de la raza de Jacob, de la de los hombres que esa gloria ideal, ese vago azul a todo el oro prefieren. Para que yo me pareciese a usted, tendría que envolverme, como Jacob, en una zalea. Si el periodismo ha de ser lo que usted cree, yo no soy periodista.

Yo concibo el periódico de otro modo muy distinto que usted. Si yo algún día fuese director de una hoja impresa, haría un periódico, grande, amplio, como una ciudad, que no estuviese reservado únicamente a la noticia, a la noticia sensacional y sangrienta que usted adora y de la que exclusivamente se nutre; no a esa noticia pasto de comadres, y demasiado visible por el reguero de sangre que deja tras de sí; sino a esa otra, discreta y sutil que se recata y requiere ojos perspicaces para descubrirla, y que cons-

tituye el atavío de una nación; la noticia del buen libro, del invento, del rasgo hermoso de cualquier criatura humilde, de todo eso que algún día ha de tener su estatua y que, desde luego, la merece. Haría un periódico que justificase el grito matinal o vespertino con que atronaría la ciudad, porque sería como su conciencia, expresada en un alarido múltiple. Ese periódico fijaría su atención apasionada, no en lo anecdótico y fugaz, sino en lo que constituye la esencia vital y perenne de los pueblos; sería la enciclopedia diaria, la divina comedia humana de cada día. Y ese periódico estaría redactado por poetas y por sabios, no por simples traficantes en noticias; porque se necesita una gran caridad y una gran sabiduría para inclinarse sobre la entraña de la realidad y hundir las manos y la mente en esa herida que los hechos abren en ella cada día e interpretar serenamente esos síntomas que el simple mercader se limita a divulgar, traficando sin emoción alguna con esa noticia que es vida o muerte para alguien. El periódico así comprendido, podría ser muy hermoso, como esa plana gratuita de anuncios que los corazones necesitan para encontrarse y entenderse; y el periodista sería algo más que un policía rastreador del suceso, porque sería su creador. ¡Oh, cuántas co sas bellas podrían hacerse con estas hojas de papel por hombres que creyesen en la estatua! Pero, mientras ese periódico futuro no llegue, mientras las alas de papel no se emancipen de esas manos velludas,

sí, reconozco que tiene usted razón... Aún no existe entre nosotros el periódico en que yo pueda estar...

Y volviendo la espalda a *Don Criterio*, salió del despacho. *Don Criterio* seguíale humilde, mendicante.

—¡Pero, hombre, no se vaya!... Es cuestión de criterio, pero...

Los demás redactores, tímidamente, alzaban la cabeza, como si presintiesen un suceso excepcional. La actitud del Poeta, arrogante y altivo, les intimidaba. Recogió el Poeta sus papeles, y dirigióse a la puerta. Al llegar a ella, volvióse hacia el director, que le seguía, y dijo:

—Es cuestión de criterio. ¡Adiós!

Y se fué para siempre. Con él se iban de allí la Poesía y el Espíritu.

EL SILENCIO DE LOS POETAS

XXIV

HORA, en la casa, al lado de la hermana triste, el Poeta, ya no joven, privado de toda promesa segura ante el porvenir misterioso, medita en la amargura de su experiencia.

—He aquí cumplido, finalmente, lo que yo temía: el unesto augurio del arte—le dice la hermana—. Como una víctima de la Poesía te miro. ¡Qué caro has pagado el alojar en tu corazón algunos sueños!

—Es verdad—murmura el Poeta—. ¡Nunca había ensado que fuera un lujo tan grande el ser poeta! Como veía siempre florecer el verso en las manos más pobres! ¡Pero ahora comprendo bien que era un ujo y, acaso, el más oneroso!

—Yo lo sabía, hermano, y por eso te advertía. ¡Mi orazón temblaba de susto cuando te sentía llegar en a madrugada, acompañado de tus amigos, los poetas! us voces, mojadas de niebla, se clavaban en mi pecho como cristales. Decía: ¡Cómo este hermano, tan obre, se permite ese lujo tan terrible de disipar así

sus noches y su sueño! Luego, a la mañana, sentía remordimiento de llamarte, y llegabas siempre tarde al periódico. Y esos minutos que robabas a la prosa, no te los perdonaban, ni tampoco ese aire taciturno y lejano que, sin duda, absorto en tus visiones, tendrías entre ellos...

—¡Tienes razón!

—Yo pensaba muchas veces, comparándote con otros: ¡No bebe, no anda detrás de la mujer ajena, no tiene ningún vicio vergonzoso y, sin embargo, se perderá, como los que tienen algún vicio, por su amor a la Poesía! ¡El amor a la Poesía es peor que los vicios todos en un hombre pobre!

—Tienes razón; pero yo esperaba de la Poesía algún gran consuelo, alguna fortuna, para cuando ya no fuese joven. Ahora veo que era ella la que todo lo esperaba de mí; que en vez de ser una madrina, era una sirena fatal. Por fortuna, me he desengañado a tiempo.

—Pobre, sin juventud, más pobre todavía que un proletario, puesto que no te adornas sino con ese título de Poeta, por el que ninguna mujer te querría, ¡qué pena me da de ti, pobre hermano!

—¡De mí mismo la siento yo! ¡Qué engaño ha sido el mío! Pero ¿podía yo, en la edad juvenil, precaverme contra la ilusión de los libros de retórica y los panegíricos de los grandes hombres? ¡Leyendo esos ditirambos que ponderan la grandeza de ser poeta y la dicha de las naciones que los poseen, yo

sentí crecer en mi alma el anhelo de intentar ese albur famoso! ¡Yo creía que ese nimbo con que se me mostraba la figura del poeta muerto, tendría alguna equivalencia en la realidad! Al leer esas líneas consagradas, esos exultantes magnificatos, se hubiera dicho que las naciones sentían la necesidad urgente del poeta. Y yo, niño todavía, me consagré, iluso, a satisfacer esa necesidad...

—¡Oh, fatales espejismos! ¡Más valiera que la madre no te hubiera enseñado a leer... o que los maestros, compasivos al verte tan pobre, te hubiesen vedado la vista de ese paraíso encantado de los poetas muertos!...

—Pues no lo hicieron así, hermana; lo contrario hicieron... La primera vez que en esa funesta clase de retórica me obligaron a hacer unos versos, unos versos de tema forzado y sujeto a la pauta de las métricas tradicionales, como saliera yo no del todo desairado en mi empeño, el profesor, con un aplauso, me consagró poeta, y hasta compuso otros versos en mi honor, cual si mi música pueril despertase sus ecos seniles.

—¡Oh, ilusos profesores! ¿Por qué no hablarte más bien de la desventura de ser poeta, por qué no mostrarte su miseria y sus llagas?

—Lo hacían; pero de tal modo, que se convertían en cosas prestigiosas, en nimbos y preseas, como las llagas y la corona de espinas de los Cristos. El hambre misma de los poetas era un hambre gloriosa, de

unos estómagos no necesitados de nutrirse sino de néctar, como los de las abejas musicales. ¡La mutilación misma de nuestro genio nacional nos parecía una singularidad gloriosa en las estatuas, y yo hubiera sacrificado ya entonces, con júbilo, mi brazo, pobre aún de toda cosecha, por salvar el resto de mi cuerpo en la estatua!

—¡Oh, maravillosa locura!—dice la hermana, apiadada—. ¡Qué velo ponía la ilusión de la gloria ante tus ojos!

—La gloria pensábamos que lo fuese todo. ¡Ella lo recompensaría todo, y tarde o temprano, cuando viniese, sería la buena madrina que, sin morir, nos enriquece!

—¡Y se te pasó la juventud y no vino! ¡Ve ahí el final de tus ensueños!

—Creía yo, hermana, que mi deber se cifraba en perseguir la obra maestra. ¡Creía que el mundo sólo esto esperaba de mí! Ahora me convenzo de que sólo yo era quien anhelaba la obra maestra y le concedía en mi interior un premio. Los demás, ahora lo veo, esperaban de mí otra cosa más modesta, pero más útil para ellos.

—¡Tarde te has convencido, hermano!

—Pero ahora de una manera definitiva. El hombre que me ha dicho esas palabras tan crueles, ha desprendido de mis ojos el último velo. ¡Ahora veo claro, hermana, esta pobreza de nuestra casa, esa triste-

za tuya y estas canas en mi cabeza? ¡Ahora, al fin, voy a vivir en la verdad!

—¿Qué piensas hacer, hermano?

—Renunciar para siempre a una suntuosidad que me estaba desde un principio vedada. ¡No más libros en esta casa pobre! ¡No más pensamientos magníficos en mi frente! Ahora me inspira horror todo eso. Paréceme que mis manos sangrarían si tocasen el canto del libro de un poeta. ¡Lejos, lejos todo eso de mí! ¡Si la voz del poeta no vale nada para el mundo, callaré! ¡Si la humanidad tan sólo acepta al poeta muerto, para llorarlo, hipócrita entonces, cuando ya su cuerpo frío tiene la belleza no onerosa de la estatua, le negaré mi vida! ¿Para qué más sacrificio, a fin de adornar con la suntuosidad del arte, la morada de esos hombres que no creen en la estatua? Ellos no aman al poeta, no estiman ni honran al Espíritu, a pesar de lo que digan, y sería absurdo empeñarse en cargarles con una dádiva que rehusan y con una gratitud que nunca podrían compensar. El silencio de los poetas se impone en un mundo ingrato que sólo estima la música de los motores. Esa campana proletaria que llama al trabajo, tú lo viste, sólo estuvo callada unos días, porque el mundo no podía prescindir de su música. La lira del poeta podría estar muda por una eternidad sin que nadie pretendiese sobornarla. ¡Así, pues, que calle para siempre! Hasta ahora, tuvo la humanidad poetas, pudo proclamarse no del todo material, gracias al sacrificio monstruoso, de los

que entregaban su vida al pleno albur o cumplida una jornada de trabajo proletario, aún reunían sus últimas fuerzas para soplar en los caramillos. Yo era periodista; y en las horas que otros conceden al amor o a la disipación, modelaba mis sueños con la sensación de realizar entonces mi verdadera obra. Cuando ese buen rústico que nos traía las hojas de eucalipto, apagado su horno, se sentaba en el quicio de su puerta o cogido del brazo de su mujer, cruzaba los panoramas de los viaductos, entonces para mí, no menos cansado que él, empezaba la verdadera labor, labor ardiente también, ante un horno voraz cuyos rescoldos encontrabas tú por la mañana en forma de esas chispas apagadas, caídas de mi boca y que tú recogías por los rincones. Y ya has visto cómo he sido recompensado. En adelante, me restañaré esta vena generosa. Mira mis dientes cómo se aprietan unos con otros, para no dejar salir una palabra bella; mira cómo mis manos cerradas se convierten en frutos duros como la piña. En adelante, yo seré una criatura tan humilde y tan magnífica como las que llevan grabado un precio en el pecho o en la frente. ¡A la ciudad sin luz y sin pan, yo le añado el silencio del poeta!

Calla el Poeta y, la hermana, le contempla aterrada de la severa y avarienta expresión de su rostro y de sus manos. Es verdaderamente la imagen del hombre que se rehusa. Parece que de sus labios no podría salir más una sonrisa, que de la humedad de sus ojos no podría nacer más un arco iris, que todo él ha

sido restañado en una tina. La hermana lo encuentra de pronto más viejo, más mondado, como si de su frente se hubiese desprendido una cimera y de su alma una locura. Y la hermana siente ahora el pesar de verle así, y se arrepiente de haberle exhortado alguna vez contra la generosidad, comprende lo grave que es el silencio de un poeta, lo triste que es esa renuncia a la cimera lírica, tan triste o aún más que la renuncia de una mujer al atavío, porque ese gesto lacio y rencoroso proclama el arribo de una edad senil y murmura como una pavorosa confidencia.

—¡Pobre, sin juventud, y ahora ya sin esa ilusión de arte, sin esas cicatrices gloriosas de las madrugadas líricas que es ya este hombre que renuncia a la corona del triunfo literario que, no obstante sus espinas, indicio de sus rosas, es al fin una corona!

Y se arrepiente de haberle hablado otras veces duramente, de haberle comunicado quizá su despecho, y le implora:

—No, no seas exagerado tampoco; no renuncies del todo a tu última ilusión; no es del todo triste ser poeta; aún es más triste haberlo sido... No te parezcas al amigo Irisarre... Yo, a veces, he sentido la dulzura de ser hermana de un poeta...

Pero el Poeta la mira inexorable, inflexible, con el rostro atónito y duro de quien ha presenciado un desastre. Y con voz grave y cruel, como si sus dientes cercenasen rosas, dice:

—No, hermana; todo eso son puerilidades. Sería

monstruoso que yo permaneciese en esa edad pueril. Aunque la infancia de los poetas sea muy larga, hay momentos y palabras que la dotan de súbita madurez. Ese hombre, que al cabo de tanto tiempo echó de su casa a la única golondrina, ha puesto fin a mi infancia. En adelante, ya no seré poeta. A la oscuridad y el hambre de la ciudad ingrata, yo añado otra plaga: el silencio del poeta.

....

El Poeta ha ido a ver a su amigo Irisarre; y en el paisaje ya conocido de los cafés democráticos, ambos, semejantes ya en el gesto tacaño y duro, y en la efigie monda, como si se hubiesen cercenado alguna magnífica cabellera, dialogan lentamente como pudieran hacerlo dos cariátides desengañadas, que al fin hubieran arrojado lejos su carga florida y suntuosa. Dialogan acerca de su liberación del arte, con un júbilo aparente, amargo en lo íntimo de su corazón, porque no hay nada más triste que ese gesto jocundo y triunfal, al parecer, con que se depone una carga de amor o de arte, o un simple cestillo de frutos de bronce, que al par que nuestra carga era todo nuestro tesoro y nuestra fortificación, como ese hijo que agobia los hombros de una madre.

—No me sorprende—dice el amigo Irisarre—, que el periodismo le haya arrojado lejos de sí a usted, el poeta. Eso es un signo de los tiempos de esta época tacaña, en que vemos menguar todo, excepto el regazo maravilloso de las madres. Usted es esa rosa

que, entre otros despojos más recios, arroja a la playa un mar enfurecido, para el que hasta el encaje de sus olas es una suntuosidad excesiva. El poeta, en el periódico, representaba esa generosidad antigua que ya en todas partes vemos extinguirse. Al formular sus reivindicaciones los proletarios de la pluma, entre ellos habrían de repartirse el escaso botín, sacrificando al poeta. Porque el poeta es la única criatura que no puede formular sus reivindicaciones, porque no realiza una labor deseada.

—Es verdad—murmura el Poeta—. ¡Y, sin embargo, yo he visto, en benignos crepúsculos, colmarse los platillos de los ciegos que cantan coplas y romances!

—Sí; la copla es todavía grata a los públicos, sobre todo entonada por un hombre ciego, por una mujer o un niño, considerada como una excusa de la mendicidad. La muchedumbre, entonces, echa en el platillo una limosna, no un precio. Pero lo que nunca concebirá la muchedumbre es que la inspiración del hombre que canta pueda constituir un arte remunerado. Hay demasiada alegría en el gesto, aún triste, del poeta, del creador, para que su labor pueda ser considerada un trabajo. El dolor del poeta parecerá siempre festivo, como el de la mujer que alumbra. El derecho a poner su nombre al pie de la obra, salvándolo, así, del olvido de los demás nombres anónimos; ese gesto, osado y fatuo, parecerá ya a la multitud una remuneración suficiente.

—Pero es ya hora de desengañarla de su error. Es ya tiempo de revelarle que esa labor, que parece tan espontánea como el canto primaveral de las aves, es, en realidad, todo un arte lleno de fatiga. Es necesario enseñarle el vientre abierto de sus ruiseñores.

—Será inútil. Se ha nimbado a los poetas con una leyenda tan magnífica, aun aceptando sus dolores; se les ha dotado de epítetos tan tremendos, como los de divino e inmortal, que la muchedumbre se ha acostumbrado a considerar su pasión como una cosa figurada, a semejanza de la pasión de ese Cristo que muere y resucita todos los años. Si le enseñáramos el corazón, llagado, de un poeta, los coágulos de sangre le parecerían rubíes congelados, y en el buche de esos ruiseñores se asombraría de encontrar otra cosa que perlas.

—Y, sin embargo, usted lo sabe. Aun prescindiendo de su pasión, cierta e infalible, aunque no siempre marcada con el signo indubitable y patético, hay veces en que el poeta sella con el rojo lacre sanguíneo el martirio de su vida. Recuerde usted los poetas suicidas que en la sien nos muestran un rubí, más precioso que el de los orífices.

—Ese signo es el rescate por su superioridad divina. De otra suerte, la Humanidad no toleraría esa criatura excepcional, que eterniza su nombre de otro modo que en el hijo. Fíjese usted en que casi todos los dioses han sufrido pasión.

—Sí; pero ese concepto trágico del poeta debe

caducar ya, en honor de la Humanidad misma. Es menester resolver el enigma y el escándalo del poeta; dilucidar, de una vez, la necesidad posible del cantor, y, aceptada la misión de las liras, equipararlas, en honor y en derecho, a esos otros instrumentos que, como trofeos cívicos, se exhiben el 1.° de mayo.

—La Humanidad se resistirá siempre a reconocer el derecho de las liras, porque nunca será posible una huelga de poetas. Lo fatal del poeta es su tremenda necesidad de cantar. Su silencio es tan inconcebible como el de las aves en primavera; porque toda edad de poeta es una juventud enamorada y generosa; ¿detendría usted esa sangre que brota, necesaria, de la herida gloriosa de una pubertad?

—Pero es espantoso que la Humanidad se aproveche, cruel, de esa necesidad fatídica del canto, que atormenta al poeta, porque, al fin, ella recrea sus oídos con ese canto y, con él, magnifica sus horas obscuras. Merecería, despiadada, el silencio absoluto de los cantores.

—Eso no ocurriría nunca. Porque muchas liras en la Naturaleza, aunque sólo fueran el buche de los ruiseñores y la garganta desnuda de las mujeres, sustituirían, espontáneos esquiroles, a la lira muda de los poetas. Pero, puesto que ocurriese, el poeta sería el más castigado, ya que entonces renunciaría a lo único que puede consolarlo del dolor de ser poeta: al júbilo y la magnificencia de cantar. Porque, sépalo usted, amigo mío: el dolor no está en adoptar a esa

lira, como un fruto de nuestras manos, sino en ser poeta, en vivir en una eterna edad pueril, en ser la eterna víctima de un sueño que nubla, fatal incienso, nuestros ojos y nos condena a ser la presa de los demás hombres. Yo, ya sabe usted que he renunciado, hace ya mucho tiempo, a mi arte; que he hecho la huelga de mi lira... porque yo, antes que todo, fuí poeta—dijo esto con el orgullo triste de una vieja que hubiera dicho: —Fuí mujer—; pues, bien: en mi vida sigo siendo un poeta, y los versos, que no escribo, me cantan y se hacen viejos en mi cabeza, y me aturden y distraen como esas campanas ilusorias que oímos en nuestras noches de fatiga... Y, a pesar de todos mis esfuerzos por ser un hombre como los demás—ya ve usted que he suprimido en mí todo signo visible de una misión lírica, hasta esa cabellera, que es como el plumaje que da el calor suficiente a los huevos del ruiseñor—, noto en mí todos los signos recónditos del poeta, tan ciertos como esa protuberancia que atestigua, entre los hombros, según dicen, el don profético. Y, a veces, me pregunto si no sería mejor recabar mi derecho al canto, como los demás poetas, aunque sólo fuera para lanzar un grito perdido en las tinieblas, anónimo y sin valor, como el que lanza una vieja ebria; porque, al fin, quien sufre con mi silencio, soy yo mismo... Habíase dulcificado su semblante y parecía derretirse el témpano de su alma, en la temperatura cordial de aquella confidencia, bajo la presión de la antigua vena generosa.

El Poeta le miraba asombrado, sorprendido ante aquella actitud que desmentía sus palabras antiguas. Pero de pronto el amigo Irisarre se repuso, apretó los labios como para contener un reguero de perlas y dijo, recobrado ya su antiguo gesto sórdido:

—Pero no; no lo hago, no lo hago, no lo haré nunca más; ya paso la edad juvenil y yo no tendría disculpa. Pase que no pueda borrar de mi cabeza el verso espontáneo ni anular el resabio de una costumbre, largamente practicada en otro tiempo: yo soy como un borracho antiguo que aún conserva en su cuerpo posos de embriaguez; pero sería imperdonable que deliberadamente me embriagase de nuevo. No; ya le he dicho a usted que no quiero obligar a la Humanidad a una gratitud imposible haciéndola una dádiva impagable. Tacaño al parecer, soy el más generoso. Mire usted: cuando alguna vez me acomete el anhelo de recordar el antiguo empleo de las plumas y no puedo defenderme de la tentación, saco el lápiz y garrapateo un resabio de las antiguas rimas en el mármol de la mesa. Luego lo leo y lo borro. No tienen los demás derecho a leerme. Este es nuestro sagrado *boycottage*. Pero nosotros tampoco tenemos derecho a escribir. ¿Cómo nuestras manos, que no se adornaron de una joya, podrían aspirar a la suntuosidad de manejar una pluma gloriosa? Pero, en fin—agregó suspirando—; todo esto demuestra que no somos jóvenes; mengua también, en nosotros, la vena generosa que vemos menguar en otros vene-

ros antiguos. Hemos visto nacer el 1.° de mayo y la primera huelga de intelectuales. Hemos visto, sucesivamente, reclamar su precio a cada cariátide de la ciudad. ¡Y sería monstruoso que nosotros, ya que no podemos reclamar un precio por nuestra labor desdeñada, no impusiésemos, cuando menos a la ciudad, el *boycottage* de nuestro silencio!...

EL REPUDIO
DE LA CIMERA ● ●

XXVI

ON mano pesarosa, pero inexorable —tal esa mano de mujer que destroza una gala—el Poeta revuelve ahora sus libros y sus papeles, apartando, para sacrificárselo al genio sombrío de su madurez, cuanto en otro tiempo fué una locura de su juventud. Con despecho y encono, como una mujer que al verse vieja en un espejo veraz y voraz, cercenase uno tras otro todos los ramales de una cabellera frondosa, mejor todavía, como un niño que, al conocer su pobreza, se despojase heroico y mohino de sus juguetes, el Poeta va apilando en el suelo sus libros, y destrozando sus manuscritos, esos manuscritos que nunca habrían de trocar su escritura por la tinta indeleble. Porque cada día el papel está más caro, y parece haberse agotado esa pulpa generosa que antes nutría al libro, en el corazón de los árboles cercenados, para calentar el penoso invierno de los guerreros de Europa. Todo aquello a que ahora renuncia, pesó agobiador sobre su

juventud y distrajo sus miradas, apartándolas de su pobreza, y dando lugar a que sus úlceras se enconaran. Aquel fué su lujo, su suntuosidad nefanda, más onerosa que las gargantillas de perlas de que se adornan ciertos cuellos. El Poeta renuncia ahora, contrito, a aquel fausto vedado, y destruye la cola de pavo real que constituyó un trofeo impropio en su vida. La hermana, triste, lo contempla; y, no obstante las palabras duras que alguna vez salieran de sus labios, ahora sufre, como si cada gesto del hermano la despojase de una presea y la empobreciese todavía.

—¿Qué vas a hacer ahora—dice—con esos libros, en otro tiempo tan amados, que parecían formar parte de tu vida? ¿Vas a dejar la casa desnuda de todo ornamento?

El Poeta contesta:

—Sí; voy a desprenderme de esta riqueza inútil, que me está prohibida, a mí, tan pobre, más pobre ya que un jornalero. Venderé estos libros, los regalaré a quien pueda leerlos, a quien tenga en su casa siquiera una estancia digna en que alojarlos. ¡Aquí, ya lo ves, el polvo los desluce y avejenta, y llegará un día en que su letra, inspirada, se borrará! Yo soy muy pobre para tener tantos libros. Verdaderamente creamos los poetas demasiada belleza. Un libro único sería un tesoro en el desierto, y aquí tantos, ya lo ves, son una riqueza enojosa.

La hermana intercede:

—Podrías elegir los más interesantes, y comprar

algunas estanterías donde guardarlos. Todavía no somos demasiado pobres para eso.

El Poeta hace un gesto de desaliento. Luego reanuda con gesto inexorable la labor de repudio.

—¿Cómo elegir, si todos me son igualmente queridos? ¿Cómo elegir sin un dolor? Prefiero desprenderme de todos ellos a un tiempo. Soy demasiado pobre para conservarlos todos. Son muchos, son muchos; son incontables, hermana. Forman todos ellos una Biblioteca suntuosa. Y cada uno me es querido por algo, por una frase apasionada, por una dedicatoria fraternal, por un recuerdo íntimo, porque un libro leído con amor es como un libro escrito.

—¿Y no podrías, aunque los tuvieras así en el suelo, como los pies santos del Cristo, conservarlos? Aunque a mí también me duele verlos tirados en el suelo, más todavía me duele renunciar a su posesión; porque eran la única riqueza de esta casa.

—Eran la única riqueza que me parecía accesible a mí, tan pobre. Pero ahora veo bien que ni aun esa me estaba permitida. Como ¿quién no podría aspirar a las piedras preciosas ni a los bellos lienzos, podría pretender la posesión del libro? El libro es más oneroso que todo, hermana. Porque nos arrebata el pan y el sueño; se apodera de nuestros ojos y de nuestra alma, y cuando parece que nosotros lo poseemos, es él quien nos posee. ¿No recuerdas, hermana, las veces que inclinado sobre sus páginas me olvidaba yo de la comida y el sueño, como si sus letras fuesen un

maná divino? ¿No sabes que por él me abandoné al desaliño y dejé de mirarme en los espejos, como si su letra suntuosamente me vistiese? En verdad el libro es lo más oneroso. Comprendo el gesto de respeto supersticioso con que las criaturas ignorantes contemplan el libro. Presienten, sin duda, todo su nefasto poder, todo el peligro que hay en aventurarse por sus páginas. El libro es el desierto en que los caminantes se extravían, la alta mar peligrosa, la mazmorra en que se pierden los ojos. ¿No has visto siempre el libro en manos descarnadas, o sobre rodillas harapientas? Oh, hermana; para acercarse al libro habría que ser enteramente miserable o enteramente regio. A seres como nosotros, el libro nos absorbe fatalmente.

Le hermana le oye en silencio, transida de su mismo espanto.

—¡Es verdad, es verdad!—murmura.

El hermano, prosigue:

—¿Qué precio sería bastante para remunerar al hombre que se abisma denodado en el libro y entre las hojas de ese terrible otoño? Más valeroso es que el minero y a más peligros se arriesga que el marino. Todo lo aventura en ese largo itinerario. Y, sin embargo, ya lo ves. El mundo sólo tiene una sonrisa de asombro y burla para el que pierde sus ojos en la nieve de esa terrible estepa. Sin embargo, yo he visto a hombres que levantaban el tronco de un árbol

sobre su hombro, desfallecer en la primera línea de esas trincheras negras.

—Tienes razón—dice la hermana—; con timidez me aventuro yo por entre sus caminos de letras. Y más de una vez he sentido que me extraviaba en esos horizontes plegados.

—El libro es más voraz que esa herramienta de hierro, cuya huella lacerante se advierte clara en la mano de un proletario. La letra del libro nos hiere en lo interno; mas no porque no se vean, son menos terribles sus heridas en lo íntimo de nuestra carne. La mano del obrero, deformada por la labor, corroída por los ácidos, es tan sólo el indicio benigno de lo que ha de ser el cerebro abollado, fofo como una seta, de un hombre pensador. Si fuera dable destapar las urnas cerebrales, ¡cuánta piedad no sentiríamos!

La hermana reflexiona asustada. El Poeta prosigue:

—¡Pues y si pudiera verse el corazón de los poetas! En otro tiempo, yo he sentido alguna vez envidia y hasta encono contra ciertos poetas que, momentáneamente, me parecían afortunados. Pero, ahora, ahora que los conozco bien, todos ellos me inspiran una gran piedad. Vanidosos, corroídos por la envidia y la ambición, sus mismos defectos son otras tantas llagas que me inspiran piedad. Su corazón sería, a la vista, una cosa todavía más lamentable que la mano deformada de un obrero. Ese callo, árido y triste, del jornalero anónimo, existe también en el cerebro del poeta, menos glorioso todavía, porque ni siquiera

puede mostrarse como un indicio de honradez y de santidad. He visto a hombres detenidos por la Guardia civil mostrar ese callo como su justificación. Pero los poetas ni siquiera de esa prerrogativa gozan, porque su labor no es estimada santa. Y tampoco les queda el consuelo de ser únicos en el don oneroso del canto. Porque todos ellos sufren y se afanan por lograr una gloria que no puede ser absoluta, sino compartida, y a pesar de todos sus esfuerzos por ser originales, trabajan en realidad con el mismo instrumento, con el mismo molde que al fin y al cabo tiene la medida de su sombrero. ¡Oh inefable piedad de la gloria de los poetas!

—¿Pero no eres más digno de piedad tú mismo, poeta en huelga, que ahora te desprendes de tu última ilusión?—dice la hermana con los ojos arrasados en llanto.

—No, porque de ahora en adelante voy a vivir en la verdad. Y los hombres que desdeñan la estatua, no podrán burlarse de mí. Ahora voy a vivir no para mi estatua, sino para mi cuerpo. Y no sé lo que será de mí: pero siento como si me hubiese sido anulado un voto. Ahora yo voy a estar al fin libre de ese ensueño que cohibía mis pasos. Ahora mis brazos se desdoblan y yo voy a ser un hombre como los demás. ¡Oh, qué terrible madurez me ha dado ese hombre! Yo soy un hombre desengañado, y tengo conmigo como un arma terrible mis cuarenta años ávidos de todo. ¡En adelante, hermana mía, yo tendré

piedad de ti y de mí, y huiré de esa belleza nefasta, inaccesible para los pobres. Como de una mala mujer, huiré del arte. ¡Y ya no tiritaremos más los dos en un eterno invierno, ante la belleza de un paisaje que no nos brinda ni una flor!

La hermana le contempla con indecible piedad, como si tuviera en las rodillas su cabeza cercenada. Y llena de susto, pregunta:

—¿Pero qué piensas hacer, hermano? ¿Por ventura caerías al fin en esa bohemia, cuyos cuadros terribles son la pesadilla de mis noches? ¿O te lanzarías a eso que llaman la acción, al obrar sin escrúpulos ni remordimientos? Tus cuarenta años puros, ¿se dejarían caer en un lodazal?

El hermano reflexiona un momento. De sobra sabe él que no podría ser nunca un hombre de presa como *Don Criterio*. Su única venganza contra el mundo que le desdeña, ha de ser el silencio de su voz mejor. En adelante, él será tacaño de esa voz, tacaño de sus ensueños y visiones. Dice a la hermana:

—No sé lo que haré en adelante. Desdeñado por los poderes, desengañado por ellos mismos acerca del valor del pensamiento, renuncio al deber de crear belleza que yo mismo me había impuesto. Me restaño la vena generosa con el sudario de mi juventud. ¡Seré como el amigo Irisarre!

La hermana suspira, porque en adelante, privado de la cimera de poeta, él será simplemente un hombre pobre y ella su triste hermana. Hay un silencio

largo. El poeta en huelga, sigue repudiando sus libros como un lujo culpable. De pronto acércanse a la puerta unos pasos discretos. Sale la hermana y cuchichea un instante. Luego entra acompañada de la asistenta. La mujerona viste ya un traje fino, casi fastuoso; parece una criada de teatro. Casi eclipsaría a la hermana del Poeta, si no fuera porque un rostro noble y pálido sigue siendo todavía el mejor marfil. Pero en todo su atavío, más cuidado y flamante, resalta la victoria del proletariado. La bandera negra de las huelgas, se ha trocado en un estandarte de 1.° de mayo. Con avidez mal disimulada, sigue a la señorita. La hermana del Poeta, dice:

—Oye, hombre. Dice la asistenta que, como ha oído que vas a desprenderte de los libros, te agradecería le dieses algunos... los que no quisieses.

—Sí—agrega la mujer—, alguna novela para que lea mi marido, ahora que como salen tan temprano, tiene tiempo... Lee muy mal, porque antes, como la jornada era tan larga, apenas si por la noche tenía tiempo para acostarse, y casi olvidó leer; pero ahora, podrá otra vez soltarse en la lectura... ¡Siempre le gustó mucho leer! Sólo que no podía... Pero ahora, ya es otra cosa... ¡Así que si el señorito!...

—Sí, mujer—interrumpe el Poeta, y le da a elegir entre los montones de libros. Ella elige novelas, novelas de enredo e instintivamente rechaza los libros de los poetas. Pero lo importante es que al fin el libro se le ha hecho accesible; los toma con avidez y

codicia como a algo precioso, largo tiempo anhelado ante los escaparates. Y aunque ahora todavía, ama el cuento, como los pueblos infantiles, más adelante amará el canto. Y el Poeta recapacita un momento. ¿Irán los proletarios a recoger la lira que abandonan los poetas? Mejor remunerados por una civilización que atiende en primer término a lo material, en posesión del ocio, primera condición del arte, lo convertirán en canto lírico, en creación, lavándose así de su tizne en las grandes fuentes castalias. Y ese arte proletario, nacido así de una súbita holgura en la vida, ¿qué carácter afectará? ¿Erigirá obras tan suntuosas como la de los antiguos mecenas, o patrocinará una labor mediocre, en la que el canto lírico tenga la sencillez de la copla o del himno entonado por los orfeones? ¿Algo más fino o semejante a las estrofas de la Internacional? Pero en todo caso, algo ajeno al profesionalismo y a la técnica torturada, algo más espontáneo y efímero también, más cordial, puesto que, efusión de seres remunerados por una labor útil, podrá, sin ocasionar desastres y tragedias, estar exenta de precio. Quizá los proletarios puedan hacer en lo porvenir la ofrenda impagable que hoy se ven obligados a rehusar los poetas...

XXV



IEL a aquella huelga, solitariamente proclamada, y de la que no hablarán los periódicos, el Poeta ya no escribe. Liquida el legajo lírico que le dejó su juventud, y se abstiene de aumentarlo. Así no volverá a verse más preso en esas redes lasas del ensueño, que entorpecieron su vida. Comprende, al fin, como el amigo Irisarre, los peligros de fomentar esa embriaguez, reputada gloriosa, del artista, esa locura lúcida que convierte cada cerebro de escritor en una bomba explosiva. No ha vuelto a sentarse en el diván de los poetas. Infúndele horror ahora como un arrecife de naufragios. Imagínase que el rojo de ese diván es sangre de poetas, de los poetas que se sientan en él y que se desangran por ocultas heridas. Algunas veces, llegan hasta él rumores de aquellas veladas lamentables. Atormentados por todas las indigencias y por su terrible vanidad, los poetas adoptan cada vez actitudes más desesperadas. Se hacen bolcheviques, hablan de asaltar las Academias. Los unos,

despechados, inventan modos de escribir herméticos, para no ser comprendidos de los demás, vengándose así del desdén del vulgo. Los otros, al contrario, se hacen demagógicos, solicitando un puesto en los cortejos del 1.° de mayo. Sobre toda esa locura, el Poeta evoca la figura de don Manuel, que debe de ser ya un triste y venerable marfil. El Poeta siente horror ante esas evocaciones. Él cada día se aparta más de la juvenil locura, y hace una ofrenda al genio esquivo, rasgando borradores, en otro tiempo llenos de augurios engañosos. Los rasga someramente, por respeto a la emoción antigua; estruja los blancos papeles y los deja caer a sus pies, como una nevada. Los papeles, lentamente se estiran, se dilatan como flores, y llenan el cuarto de suspiros. Y. el Poeta se siente arrullado por esas músicas antiguas. Un pasado lírico, henchido de ardor, se congela en esos copos de papel. Porque él no escribirá ya versos; se ha restañado la vena generosa y, en adelante, su pluma será una cosa simplemente útil, humilde y respetable, como esos instrumentos del trabajo que se exhiben en los cortejos cívicos.

De todo su pasado de poeta, sólo un recuerdo perdura en su memoria, con el sentido de un triunfo: el beso que en su mano lacerada imprimiera una noche la ingenua poetisa; aquel beso piadoso, restañador de su sangre, beso de verónica que en vez de lienzo ofreciera sus labios. Ese recuerdo le embriaga y le incita a imaginar pensamientos pavorosos. ¿Aca-

so tuvo ese beso un sentido de amor? La poetisa, joven y apasionada, desdeñada por los poetas crueles, ¿vió en él acaso algo más que el *maestro*? ¿Sintió acaso el anhelo de ser algo más que una musa? ¿Fué él quizá tan torpe que no supo interpretar el sentido verdadero de aquella simpatía literaria? El recuerdo de ese beso tortura y embriaga al Poeta. ¿Qué será de la ingenua cantora? ¿Se habrá vuelto a hundir en la sombra modesta de donde un poeta la sacó para exponerla, más asequible que una estrella, a las luces de los divanes literarios, único fulgor con que quiso alumbrarla la gloria? ¿Perdurará en su alma el horror de aquella noche, cuando vió correr la sangre del *maestro* y el arte se le reveló de pronto como una lucha cruenta?... Y el Poeta, sin querer, orienta sus pasos hacia los funestos divanes... Pero he aquí que en el camino encuentra a Chepilo, el heroico copista. El ingenuo poetastro le saluda con una reverencia profunda que le asemeja a un corcovado:

—¡Oh, *maestro!*

—¿Qué hay, Chepilo?

El copista hace un gesto compungido.

—No hay papel, los editores no hacen libros. Estamos en huelga forzosa.

Añade:

—Yo me he contratado otra vez de traspunte; marcho a provincias. Volveré a imitar el canto de la codorniz, el lloro de los niños o el cascabeleo de las diligencias... Así, al menos se asegura la vida.

Luego, se explaya noticieril:

—Los poetas están desesperados; se desbandan, se vuelven a sus provincias. Algunos han formado una nueva escuela, que nadie entiende, y piden la muerte de los viejos.

De pronto se torna grave; parece revestirse de luto:

—¡Sabe usted, la musa del diván, Leonorcita, se murió!

—¡Cómo!—exclama el Poeta. Se resiste a imaginársela vestida de la mortaja irreparable; a consagrarla, muerta, por una evocación de su figura pálida.

Chepilo, añade:

—¡Sí; lo hemos sabido casualmente, porque su antiguo novio, el poeta romántico, se encontró con su madre y la vió vestida de luto!...

—¡Oh, dolor!—suspira el Poeta—. Pero ¿de qué ha muerto?

—Según parece, de anemia. ¿No recuerda usted lo pálida que estaba?

—¡Es verdad—rememora el Poeta—, estaba pálida, hasta parecer dorada! ¡Y ha muerto! ¡Ella, la poetisa, ha muerto del mal romántico que los poetas atribuyen a sus heroínas! Pero no, no ha muerto de eso. Ha muerto víctima de la tremenda crueldad del arte. La ha matado el arte; la han matado los poetas; porque cada poeta es semejante, en su inocente apariencia, a ese puñal bello y frío con que los ríos cortan los horizontes. La ha matado la belleza, porque la belleza es un ídolo impasible y frío entre el incien-

so, más fría en su ardor aparente que ese cielo poblado de ascuas que es, en realidad, una iluminada nevera. Ella se agostó en el diván de los poetas del ardor de no ser amada; porque ellos, deslumbrados por fabulosas visiones, apenas si reparaban en su humilde realidad. No era ni lo bastante bella, ni lo bastante desgraciada, con llagas visibles en el pecho como las que ostentan, bajo cristales, ciertas santas, para merecer un poema. Era simplemente una joven modesta que desea ser amada, y hace versos de amor, ingenuos como coplas. Entre una juventud más análoga, ella hubiera triunfado y resplandecido; pero en el diván de los poetas se obscurecía. Y, además, concibió el ansia de gloria, tortura normalmente perdonada a su sexo; nunca ya se hubiera resignado a ser una sombra doméstica. ¡Pobre Musa!

—¿Recuerda usted qué simpática era?—suspira Chepilo—. Traía incienso para quemarlo en nuestra mesa.

—Sí, era nuestra Verónica; el diván se hacía una cosa santa por ella; el mármol trivial donde ella quemaba el incienso, se convertía en un ara. Chepilo, oígalo usted bien. No hay nada más terrible que un poeta. Un poeta es más terrible que un bandido, y hasta que un asesino, porque es el hombre que crea ídolos, y los adora desdeñando la realidad viva. El poeta es la criatura más exigente ante la vida, porque todo lo mide con una medida fabulosa, y no hay realidad que iguale a sus cosmoramas interiores. Es cruel e inexorable.

No tiene remordimientos ni escrúpulos, porque la conciencia de hacer una dádiva excepcional con su genio, hace que se considere autorizado a hundir la mano en todos los tesoros. ¡Oh terrible parasitismo del arte! Lo único que disculpa a los artistas y aun les hace lamentables, tanto que toda lástima parece insuficiente, es que ellos mismos son también víctimas del ídolo voraz y estéril; en realidad, se extenúan en un paisaje de frutos dorados, y manejando una materia tan explosiva como la imaginación, suelen perecer también ellos, como algunos nihilistas, al colocar la bomba en ciertos regazos delicados. Sacrifican víctimas al ídolo; pero, al fin, son ellos también víctimas. Esto es lo único que exime a los poetas. La muerte de esa criatura tierna, nos habla de una crueldad involuntaria más fatal que la de los puñales y hace inevitable para mí definitivamente—la vería siempre en él como un cadáver perdurable naufragado sobre una roca—el diván de los poetas. El arte es cruel y lo será siempre, porque nunca la humanidad será lo bastante rica para pagar la dádiva de los poetas y se resistirá a aceptar esa ofrenda agobiadora. Y los poetas aspirarán a cobrar esa ofrenda con cosas magníficas que hurtarán a la vida: cabezas de viejos o vidas de mujer. El arte es una cosa infame y hasta obscena, como todo lo excesivamente apasionado. Pero acaso el arte va a morir ahora tan seguramente como esa pobre poetisa; acaso va a extinguirse, lujo inútil y fatal, para renacer como copla.

Quizá el papel se acaba para que la estrofa renazca en el aire sonoro. La humanidad va a recogerle la lira al Individuo—atributo demasiado pesado para que un solo regazo lo sustente—para socializarla como otros trofeos. Los divanes de los poetas van a trocarse acaso en orfeones. Así se extinguirá la pavorosa indigencia del poeta, y repartido entre todos ese patrimonio peligroso de la inspiración, se tornará inofensivo como ciertos venenos diluídos. Los proletarios enriquecidos por el trabajo, van a recoger las liras de los poetas pobres. Yo ya les di la mía. ¡Adiós, Chepilo!

FINIS

POEMATIS ATQVE POETÆ
JUVENILIS ÆTATIS

ÍNDICE

Págs.

OBRAS DE R. CANSINOS - ASSENS

EL CANDELABRO DE LOS SIETE BRAZOS.—1914.—Renacimiento.

EL POBRE BABY.—1915.

EL MANTO DE LA VIRGEN.—1916...

LA ENCANTADORA.—1916.—Tres narraciones publicadas en *La Novela de bolsillo*; la primera premiada en el concurso de esta publicación.

EL SACRIFICIO DEL MÁS JOVEN.—1916.—*La Novela para todos*.

ESTÉTICA Y EROTISMO DE LA PENA DE MUERTE.—1917.—Renacimiento.

LA VENUS CANINA.- 1917.—*Los Contemporáneos*.

LA NUEVA LITERATURA: LOS HERMES. LAS ESCUELAS.—1917.—Dos tomos.—Edición Calleja.

EL SECRETO DE LA SABIDURÍA.—1918. (Parábola.)—Biblioteca Hispania.

LAS CUATRO GRACIAS.—1918. (Narraciones de amor.)—Editorial Mundo Latino.

EL DIVINO FRACASO.—1918. (Biblioteca Nueva.)

LA QUE TORNÓ DE LA MUERTE.—1918. (Novela.)—Colección Misterio.

EL ETERNO MILAGRO.—1919. (Novela.)—Premiada en la Biblioteca Patria.

POETAS Y PROSISTAS DEL NOVECIENTOS.—Estudios críticos.—1919. Editorial América.

EL CANTO NUPCIAL DE LOS ESCLAVOS.—Idilio.—1919.—Edición de *El Cuento Nuevo*.

LA MADONA DEL CARROSEL.—1920.—Editorial Mundo Latino.

LA SANTA NIÑA CATALINA.—1920.—Premio de la Biblioteca Patria.

ESPAÑA Y LOS JUDÍOS ESPAÑOLES (El retorno del éxodo).—1920. Editorial Monclús.

LAS BELLEZAS DEL TALMUD.—1920.—Editorial América.

EN LA TIERRA FLORIDA.—1921.—Editorial Mundo Latino.

CUENTOS JUDÍOS (precedidos de un estudio).—1921.—Editorial América.

LOS SOBRINOS DEL DIABLO.—1921.—Viuda e Hijos de Sanz Calleja.

LA DORADA.—1921.—Edición de *La Novela Corta*.

LA HUELGA DE LOS POETAS.—1921.—Editorial Mundo Latino.


PORTER

DEL MISMO AUTOR

Las cuatro gracias.

La madona del Carroso.

En la tierra florida.

Tip. Yagües.—Doctor Fourquet, 4.—Madrid

